This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

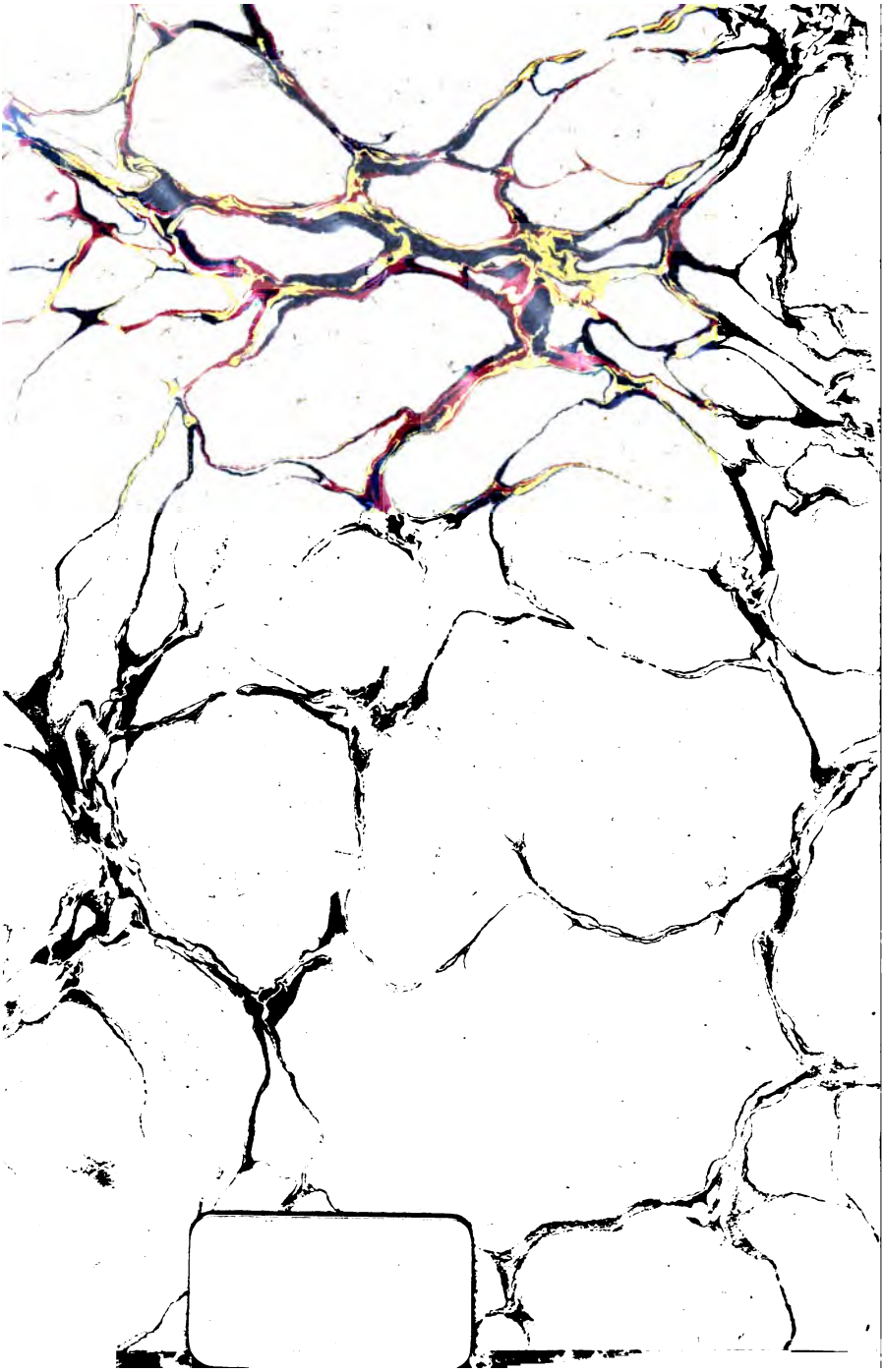
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

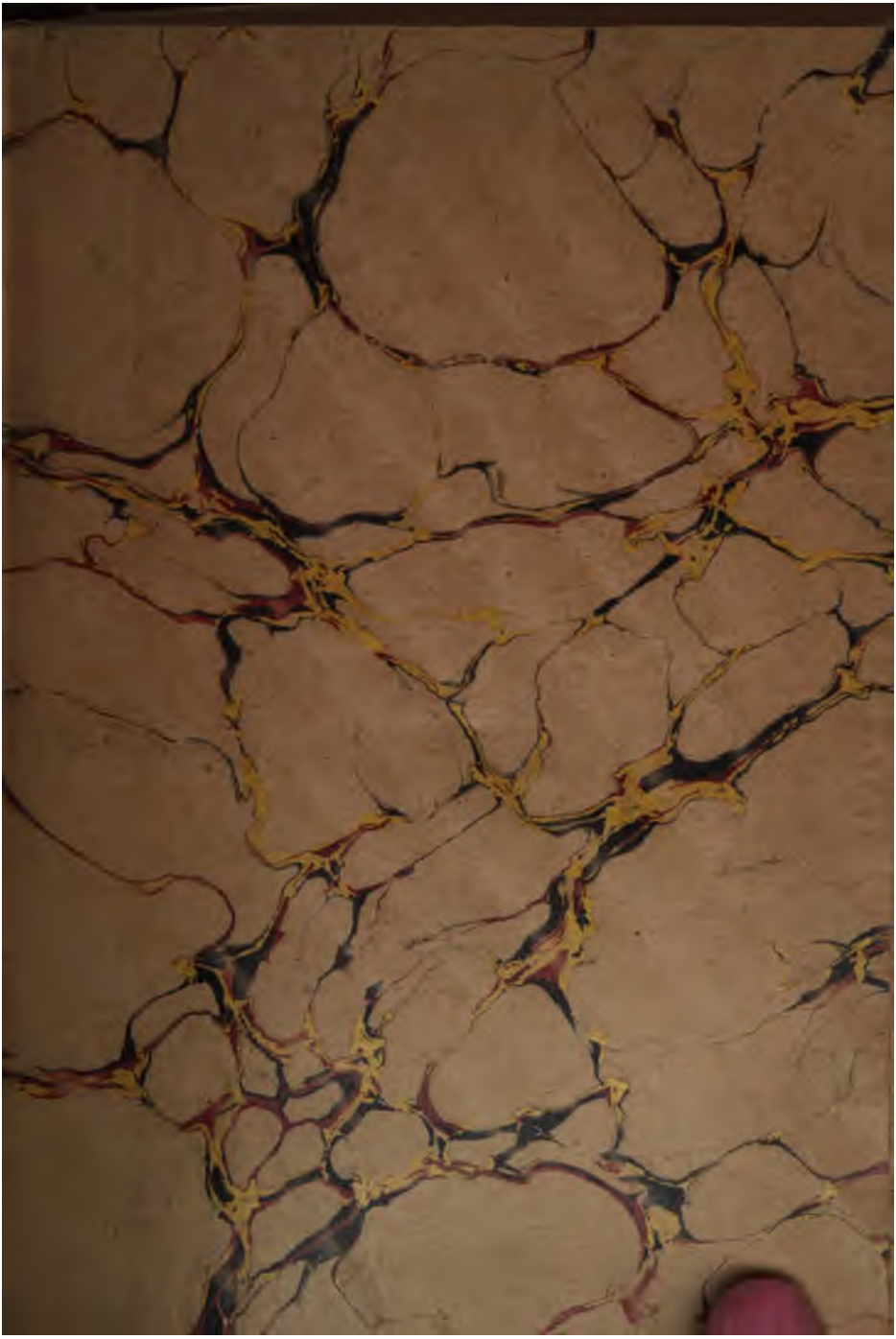
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`





TEATRO

TOMO DÉCIMOCUARTO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO DÉCIMOCUARTO

Manón Lescaut.
Los Buhos.
Abuela y nieta.

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1908

165167

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

MANÓN LESCAUT

HISTORIA DE AMOR EN SIETE CUADROS [1]

Estrenada en el Teatro Español, de Madrid, por la compañía Guerrero-Mendoza.

(1) En colaboración con D. Alfonso Danvila.

MANÓN LESCAUT

PRÓLOGO

Una hostería á la entrada de una gran ciudad.

ESCENA PRIMERA

HOSTELERA. — UNA MOZA. — UN MOZO. — UN CABALLERO ANCIANO. — OTRO JOVEN. — SOLDADOS.

HOSTELERA

Un poco de juicio, señores soldados... ¿Quién falta por pagar? *(Rumores entre los soldados.)*

MOZA

Éste... que es el peor mozo de todos, y pretende pagarme con un abrazo y todavía pide vuelta.

SOLDADO 1.º

El buen soldado no debe gastar otra moneda con las mujeres.

HOSTELERA

Con las mujeres, bueno... Pero mi vino no entiende de abrazos. Y es de lo que se trata. Á pagar. *(Suena un tambor.)*

SOLDADO 2.º

Y pronto, que tocan marcha.

SOLDADO 1.º

No vi hostelera más intratable. Si alguna vez los enemigos de Francia atacan vuestra hostería, no contéis con nosotros para defenderla. Tomad...

HOSTELERA

No murmure. Ahora que se ha pagado lo que se debe, como es razón, corre de mi cuenta obsequiaros con el mejor vino de mi casa. ¡Muchachos! Servid á estos valientes. *(El mozo y la moza sirven vino á los soldados.)*

SOLDADOS

¡Viva! ¡Viva!

HOSTELERA

Y yo también beberé. ¡Por los valientes soldados de Francia!

SOLDADO 1.º

¡Por la salud del Rey nuestro señor!

SOLDADO 2.º

¡Por el triunfo de nuestras armas! *(Suena el tambor.)*

UNOS

¡En marcha!

OTROS

¡Vamos, pronto! ¡Adiós! ¡Gracias!

HOSTELERA

¡Salud á todos! ¡Y alegría siempre!

MOZA

(Llorando). ¡Pobrecitos, pobrecitos! *(Salen.)*

MOZA

Yo no lo puedo remediar. Ya veis que sólo han parado aquí un momento, y ya me parece que son algo mío. ¡Qué corazón éste!

CABALLERO ANCIANO

Poco á propósito para moza de hostería, donde todo va de paso.

MOZA

¡Ya forman!... ¡Ya marchan!... ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Pobrecitos, pobrecitos! ¡Cuántos no volverán ó volverán estropeados!

CABALLERO ANCIANO

Esa es la guerra... Esa es la vida... Gente de paz, no de guerra como ésta, vemos pasar por aquí cada día... ¿Á cuántos vimos volver, y de los que volvieron, cuántos volvieron como marcharon?

CABALLERO JOVEN

Observo que habéis hecho de este camino vuestra escuela de Filosofía.

CABALLERO ANCIANO

Desde hace años éste es mi paseo acostumbrado. Me siento aquí todas las tardes y observo la

diversidad de gentes que por aquí pasan. Y como decís, no es mala escuela de Filosofía. Hoy fueron militares, ayer una compañía de comediantes, otro día una cuerda de forzados que deben embarcar para América, al otro una carreta bien cargada de mozas que fueron alegres y aun no perdieron del todo su alegría, aunque se ven conducidas, á pesar suyo, á endulzar la condena de los deportados... Y pasajeros de las condiciones más diversas... Unos gozosos, como quien va guiado por la esperanza á lograr una herencia, ó un empleo brillante ó un amor venturoso... Otros tristes, abatidos, como quien deja una tierra ingrata donde nada le fué propicio... Á veces, por lo que en ellos advierto al pasar, me doy á presumir la historia de algunos, y podéis creer que mis novelas, yo así las llamo, si no son verdadera historia...

CABALLERO JOVEN

Son más divertidas, seguramente. *(Entra una mujer.)*

MUJER

Señora Bidoux, ¿ha llegado el paquetito de que os hablé esta mañana?

HOSTELERA

Son las seis, y el correo no ha parecido. Sin duda trae más viajeros que de costumbre. ¡Por lo visto, lo esperáis impaciente!...

MUJER

Yo no. Mi señora... Le traen de París toda la

perfumería, y esta vez ha encargado un elixir de juventud que aseguran es maravilloso.

HOSTELERA

No hagáis caso. Mi marido murió por tomar esas drogas.

MUJER

¡Señora Bidoux!... ¡Si mi señora es viuda! *(Entra otra mujer.)*

MUJER 2.ª

Señora Bidoux, ¿habéis visto bajar del coche á mi marido?

HOSTELERA

Todavía tardará un rato en venir.

CABALLERO ANCIANO

Tenéis media hora para disimular vuestra tristeza.

MUJER 2.ª

Estoy acostumbrada á las separaciones. El oficio de mi marido es de viajar siempre.

CABALLERO JOVEN

¿Y sentís mucho sus ausencias?

MUJER 2.ª

Son viajes cortos.

CABALLERO ANCIANO

¡Es lástima! Porque de un viaje largo siempre se trae algo que contar. Y un matrimonio de

algunos años tiene tan pocas novedades que comunicarse...

MUJER 2.ª

Á mi marido nunca le falta conversación.

CABALLERO ANCIANO

El Cielo os le conserve tan elocuente. *(Entran el caballero de Grieux y Fabricio.)*

HOSTELERA

¿Cómo, señor caballero, aún en la ciudad?

GRIEUX

Sólo por hoy. Mañana me marcho; reservadme un sitio en el coche.

MUJER 2.ª

¡Qué mozo tan lindo! ¡Y qué cara de santo! ¿Quién es?

HOSTELERA

El caballero de Grieux, de familia muy principal.

MUJER 2.ª

¿Qué significa esa cruz blanca que lleva en el pecho?

HOSTELERA

La cruz de Malta. ¿No conocéis esa Orden?

MUJER 2.ª

¿Esa Orden, no es una en que los hombres no pueden casarse?

HOSTELERA

Cabal.

MUJER 2.ª

¿Es posible? ¿Y un joven así ha... Habiendo tantas mujeres que se volverían locas por él... ¿Verdad que sí? ¡Pero locas!

HOSTELERA

¡Por lo visto!

FABRICIO

¿Conque mañana me dejáis solo?

GRIEUX

Sí, amigo mío. La vida nos separa, pero mi corazón queda con el vuestro. Creed que mi único pesar al salir de aquí será no teneros siempre á mi lado. Fuera de complacer á mi padre en todo, nada me interesa como conservar por siempre vuestra amistad, digna de compararse con los ejemplos más grandes de la antigüedad.

FABRICIO

¡Qué feliz me hacéis con vuestras palabras! Vuestra ausencia será más llevadera, sabiendo que siempre os acordaréis de mí.

MUJER 2.ª

¿No oís? Es el coche, el coche.

CABALLERO ANCIANO

Viene cargado de mujeres.

CABALLERO JOVEN

Y de mujeres bonitas.

FABRICIO

Aguardadme un instante. Voy á hablar con el encargado para que os reserve un buen sitio para mañana..., y quiero además recomendaros muy especialmente.

GRIEUX

Aquí os aguardo, excelente amigo. *(Sale Fabricio. Pasan viajeros.)*

CABALLERO JOVEN

(Á una dama.) ¡Lindo talle! Y aun dicen que en Francia se acabaron las mujeres hermosas.

DAMA

Caballero, soy española.

CABALLERO ANCIANO

Ya sabéis que desde vuestro rey Felipe V no hay Pirineos. *(Entran Manón y un viejo).*

VIEJO

Quedaos aqui un momento, Manón... No os mováis mientras cuido de la instalación de nuestro equipaje.

MANÓN

Perded cuidado.

VIEJO

¿Os encontráis bien? ¿Deseáis algo?

MANÓN

Nada... Todo me es igual.

VIEJO

¿Volvemos á las lagrimitas? ¿Aun no habéis llorado bastante?

MANÓN

He de llorar toda mi vida... Es el único consuelo que me queda. Dejadme, dejadme. *(Sale el viejo.)*

CABALLERO ANCIANO

¿Habéis reparado?

CABALLERO JOVEN

Nunca vi llorar tan sin consuelo... He aquí una de vuestras interesantes novelas que empieza.

CABALLERO ANCIANO

Ó que termina. Algún amor contrariado..., algún casamiento forzoso... Ved; el joven caballero de Malta la contempla compadecido. Se vé que lucha por acercarse... Desconfía de las lágrimas de ella ó de su propia compasión... Ya se decide..., ya se acerca... Desde más lejos observaremos.

CABALLERO JOVEN

¡Gastáis humor! ¿Qué puede importaros?

CABALLERO ANCIANO

Y á vos menos; acompañadme. Para vuestra ociosidad todo es pasatiempo. Para mi filosofía todo es interesante. *(Salen.)*

GRIEUX

Señorita.

MANÓN

Caballero.

GRIEUX

Perdonad mi atrevimiento. No quisiera que lo atribuyerais á vana curiosidad y menos á causa más natural, aunque muy distinta de la verdadera. Soy hombre, vos mujer, joven y linda...

MANÓN

¡Gracias! Pero no debo estarlo mucho.

GRIEUX

Pudierais juzgar mal de mí. ¡Pero os veo llorar con tan honda tristeza! Vuestra juventud y vuestra cara dicen que no merecéis la pena que os aflige. ¿Será indiscreción preguntaros la causa, ofreceros cuanto soy y cuanto valgo para aliviar vuestra tristeza, si es posible?

MANÓN

¿Posible? No, no es posible.

GRIEUX

¿Es la primera vez que venís á esta ciudad? ¿Venís en busca de algún pariente, ó quizás os trae alguna desgracia?

MANÓN

No, no... Gracias á Dios, mis padres viven... Ellos son los que me envían á un convento porque quieren que sea religiosa.

GRIEUX.

¿Tan desengañada estáis del mundo?

MANÓN

Si creéis que es por mi gusto...

GRIEUX

¿Os llevan á la fuerza? ¿Y son vuestros padres los que os obligan? ¿Por qué? ¿Los habéis ofendido en algo?

MANÓN

¡Pobre de mí! Creed que soy la hija más cariñosa y más amante de mis padres. Pero son muy severos. Su religiosidad es tan escrupulosa... Les han aconsejado personas respetables... Dicen que mi genio es demasiado alegre, que en el mundo era segura mi perdición, que corría grave riesgo de condenarme...

GRIEUX

¿Y en qué fundaban sus temores, si en vuestra cara resplandece la más pura inocencia?

MANÓN

Figuraos. ¡Mi casa era tan triste! Yo reía y cantaba todo el día, me agradaba componerme..., ya veis; mis galas no eran muchas. Pero una flor, una cinta... Cuando no hallaba cosa mejor, con papeles de colores improvisaba mi tocado. Un día fué el disgusto grande... Arranqué á un gallo del corral las plumas de la cola, dos hermosas plumas verdes, y adorné con ellas mi peinado como yo había visto en una estampa á las damas

de la corte. Mis padres se escandalizaron, los graves señores dijeron que no habían visto nada semejante. Uno de ellos.—os advierto que cuando venía á casa y me hallaba sola, y muchas veces á hurtadillas de mis padres, me decía unas cosas...—Pues bien: éste mismo exclamó horrorizado: «¡Qué criatura; ya veis sus inclinaciones!... Lo mismo que ha desplumado al gallo, desplumaría á los hombres.» Yo al oirle, sin comprender lo que había querido decir, me eché á llorar como ahora, porque me pareció imposible que yo fuera nunca buena si aquello les parecía tan mal á todos. Ya veis si tengo razón para estar triste, para llorar toda mi vida.

GRIEUX

¡Graciosa criatura! ¿No comprenden que el ofreceros á Dios, sin vuestra voluntad, es mil veces más digno de condenación que abandonaros en medio de la calle? ¿Y vos, no comprendéis que al consentir en ese sacrificio cometéis el mayor pecado, el de ser infiel á vuestro divino Esposo? Vuestra belleza, vuestra juventud, vuestra inocencia, ¿no han podido conmover á vuestros verdugos? No; esa cruel sentencia no puede ejecutarse.

MANÓN

¿Y qué he de hacer? De sobra comprendo que seré muy desgraciada, pero sin duda es esa la voluntad del Cielo, cuando no me concede los medios de evitarlo.

GRIEUX

¿Decís...? ¡Ah! Vuestras palabras me revelan lo que yo mismo no acertaba á explicarme: la misteriosa simpatía, el impulso superior á mi voluntad, que me dió atrevimiento para hablaros. Sí, es la voluntad del Cielo. No hay duda. Sus designios son inescrutables... Si el medio de salvaros existiera, si alguien estuviera dispuesto á libraros de la tiranía de vuestros padres...

MANÓN

Le preguntaría primero qué sentimiento le movía á ello. ¿Por compasión nada más?

GRIEUX

¿Lo sé yo mismo? Sólo sé que al penetrar en el secreto de vuestra tristeza, algo más triste que la tristeza misma se ha esclarecido en mi corazón. Era apatía, indiferencia por todo lo que adormecía mi alma y me llevaba resignado por una falta de voluntad que á todos parecía virtud. En los dos se manifiesta bien clara la voluntad del Cielo. Es indudable. Yo por mí, nunca hubiera hablado como hablo ahora, sin darme cuenta... ¡Yo, que he callado á todo, que he callado siempre! Que ni á rezar acertaba con palabras, sino con el pensamiento. Y ahora ya lo veis, quisiera deciros en un instante cuanto os digo y cuanto pienso y cuanto he callado en mi vida.

MANÓN

Habláis muy bien y pudieran engañarme vuestras palabras.

GRIEUX

¿Os suenan á mentira?

MANÓN

Me suenan á palabras oídas en sueños, á palabras que yo oía muy lejos... ¿Por qué mentir? Os confieso que si hallarais un medio de libertarme, más que la vida os debería.

GRIEUX

Disponed de mí.

MANÓN

¡Silencio! Vuelve mi acompañante.

GRIEUX

Entonces os dejo, pero volveré á veros.

MANÓN

Ya os ha visto hablando conmigo.

GRIEUX

Entonces...

MANÓN

Esperad. Él sabe que en esta ciudad tengo algunos parientes que él no conoce. Pasaréis por uno de ellos. Esa cruz y vuestro porte le quitarán toda sospecha. ¿Vuestro nombre?...

GRIEUX

El caballero de Grieux. ¿El vuestro?...

MANÓN

Manón Lescaut. *(Entra el viejo.)*

VIEJO

Cuando queráis, Manón... Todo está preparado. Caballero...

MANÓN

Os presento á mi primo.

VIEJO

¿Vuestro primo?

MANÓN

El caballero de Grieux. Habéis oído á mis padres hablar de él muchas veces. El señor es un antiguo amigo de mi familia. Puesto que la casualidad ha sido tan generosa deparándome vuestro encuentro en esta ciudad, me atreveré á rogaros que dilatéis por lo menos un día mi entrada en el convento, para tener el gusto de cenar juntos esta noche.

VIEJO

Sabéis que vuestros padres...

GRIEUX

Prima mía, debéis obedecer. Creedme. Se trata de salvaros.

VIEJO

¡Vamos, Manón!

MANÓN

Un instante. *(Bajo á de Grieux.)* ¿No me engañáis?

GRIEUX

¿En qué?

MANÓN

¿Sois realmente lo que decís? ¿No tendré que arrepentirme de haber confiado en vós? ¿No os avergonzaréis de unir vuestra nobleza á mi humilde condición?

GRIEUX

¡Mi nobleza! ¡Si vierais qué mal corresponde con mis medios de fortuna!...

MANÓN

¿Sois pobre?

GRIEUX

Mis economías llegan á la enorme suma de cincuenta escudos.

MANÓN

Las mías al doble. No tenemos por qué inquietarnos. Preparad una silla de postas y volved á buscarme.

VIEJO

Manón.

MANÓN

Voy, voy... Hasta muy pronto, querido primo. *(Entra Fabricio, que ha oído las últimas palabras.)*

FABRICIO

¿Es pariente vuestra esta joven?

GRIEUX

Sí. Una sorpresa. Permitid que os presente... Mi amigo Fabricio... Mi prima, la señorita...

MANÓN

Manón Lescaut, para servirle. *(Sale con el viejo.)*

FABRICIO

¿Manón Lescaut? Nunca os he oído hablar de vuestro parentesco con esa familia. El apellido no revela muy noble origen.

GRIEUX

Parientes lejanos... Pariente de parientes.

FABRICIO

¿Conocíais antes á esa joven, ó teníais noticias de su llegada?

GRIEUX

No. Ha sido una sorpresa, una casualidad.

FABRICIO

Y ese parentesco...

GRIEUX

Fabricio, amigo mío; si adivináis que os he mentido, ¿por qué os complacéis en mi confusión?

FABRICIO

Porque os quiero bien y os conozco demasiado, acaso mejor que vos mismo, para saber que si hasta ahora os inclinasteis á la virtud, fué porque sólo ejemplos y palabras de virtud os guiaron. Pero que lo mismo os inclinaréis al mal, si sabe persuadiros con palabras seductoras, porque no tenéis voluntad, no la tuvisteis nunca.

GRIEUX

Veréis si es firme mi voluntad. Os aseguro que ha de sorprender á todos.

FABRICIO

¿Qué decís? Y si así fuera, ¿no puedo saberlo? ¿Será la primera vez que no confiéis en mí?

GRIEUX

No creo que esté obligado á daros cuenta de todas mis acciones y de todos mis pensamientos. Decís que no tengo voluntad y á cada paso queréis imponerme la vuestra.

FABRICIO

Nunca me hablasteis así. No tenéis razón para hablarme de ese modo.

GRIEUX

Perdonadme. Un sentimiento desconocido, inexplicable, ha despertado en mi alma energías jamás sospechadas. Quisiera rebelarme contra todo, pero sé que es injusto rebelarme contra vuestra amistad. Sé que nadie mejor puede comprender por qué causa tan otro me siento que me parece como si antes no hubiera vivido ó hubiera vivido sin conocerme. ¡Todo me habla un nuevo lenguaje, todo tiene un nuevo sentido para mí! Hasta ahora, sin mérito de mi parte, por desmayo de la voluntad y por natural repugnancia hacia el vicio y el desorden, seguí el camino que me trazaron; desde este momento, feliz ó desgraciado, quiero vivir por mi voluntad, para mi conciencia.

FABRICIO

En una palabra: amáis.

GRIEUX

Si es amor despertar á nueva vida en un instante, percibir en un solo latido del corazón más verdades que en diez años de estudios con los más sabios maestros, sí, amo.

FABRICIO

¿Á esa mujer? ¡Manón Lescaut! Á quien nunca habéis visto hasta ahora, de quien nada sabéis sino lo que haya querido contaros... Y por ella lo sacrificáis todo: vuestra familia vuestro nombre, vuestro porvenir... Porque sin duda pensáis seguirla... ¿No es eso? Á ella y á su ridículo acompañante.

GRIEUX

No. El acompañante se quedará aquí. Nosotros huiremos, huiremos adonde nos lleve nuestra fortuna.

FABRICIO

¡Oh, amor, amor! ¡Más poderoso que la muerte misma! ¿Es posible cambiar así á un hombre sólo al rozarle con tus alas? ¿Y pensaste, desdichado, que yo, vuestro amigo, os dejaré cometer esa locura sin oponerme á ella con todas mis fuerzas?

GRIEUX

¿Seríais capaz?... Mal hice en confiarme á vuestra lealtad.

FABRICIO

No, de Grieux... Es por vuestro bien, por vuestro honor, por lo que debo hablaros así. Corréis á un precipicio... Pensad un momento en vuestro anciano padre, en la pena que vais á causarle, y á vuestros hermanos, y á vuestros maestros..., á cuantos veían en vos un futuro prelado, una gloria de la Iglesia... Pensad que no es fácil retroceder en el camino de perdición, que podéis arrepentiros tarde...

GRIEUX

Tampoco la felicidad vuelve, cuando una vez ha pasado junto á nosotros.

FABRICIO

¡De Grieux!

GRIEUX

¡Basta! Creí que erais un amigo pronto á servirme en todo, y para convencerme de ello quise confiaros un secreto. Es cierto que amo, y en esto no os he engañado. Respecto á nuestra fuga, comprenderéis que no es fácil de realizar. Por lo pronto, he convidado á comer á mi amiga esta noche y os convido también.

FABRICIO

Perdonad si rehuso.

GRIEUX

No insisto. Sé cuánto os desagradaría parecer nuestro cómplice, engañando al acompañante de Manón con nuestro fingido parentesco. Mañana temprano os espero en mi casa.

FABRICIO

¿Mañana?

GRIEUX

Sí. ¿Creéis que no estaré aquí mañana? Conoceréis á mi adorada y juzgaréis por vos mismo si es digna del sacrificio que me reprocháis.

FABRICIO

¡Adiós, ciego amigo! Dios quiera iluminaros y convenceros del afecto que habla en mí al aconsejaros como os aconsejo.

GRIEUX

¡Adiós, Fabricio! Y creed que de todos modos agradezco vuestro interés. *(Sale Fabricio. Manón se asoma á una ventana de la hostería.)*

MANÓN

¡Mi caballero!

GRIEUX

¡Manón! ¿Y vuestro acompañante?

MANÓN

Duerme, fatigado del viaje, mientras preparan la comida. Pero antes de que despierte quiero saber si es él ó soy yo quien duerme y sueña... ¿Venís?...

GRIEUX

No, imposible.

MANÓN

¡Si estáis arrepentido!... Tenéis razón. Vuestra generosidad acaso os trajera desgracia. ¡Adiós!

GRIEUX

No; aguardad, Manón. ¿Tenéis dispuesto vuestro equipaje?

MANÓN

Todo está dispuesto.

GRIEUX

¿Me querréis siempre como yo os quiero? ¿Como os he querido desde el primer momento en que nos vimos?

MANON

¡Sí, sí!

GRIEUX

Ganemos tiempo. Cerca de aquí vive una persona de mi confianza que nos proporcionará un coche. Huiremos á alguna gran ciudad, desde donde escribiré á mi padre pidiéndole el permiso para nuestro casamiento.

MANÓN

¿No os arrepentiréis nunca?

GRIEUX

¡Ven! La luna se esconde para proteger nuestra huída... Cáminaremos muy juntos para que imaginen que es una sola persona la que se aleja...

MANÓN

Y una sola será nuestra alma...

GRIEUX

Y nuestra vida, siempre...

MANÓN

¡Siempre! *(Se abrazan. Sale la moza.)*

MOZA

¿Qué veo? El caballero y la damisela...

GRIEUX

¡Silencio!

MANÓN

¡Por piedad! Si habláis, me pierdo para siempre. Compasión de dos enamorados.

GRIEUX

(Dando dinero á la moza.) Ni una palabra, ni una palabra...

MOZA

¿Qué he de hablar? Si justamente es mi debilidad. Todo lo que sea amor y quererse... ¡Yo he querido tanto y á tantos! ¡Y qué pago he llevado! Pero no escarmiento. Cuando se tiene este corazón... No, por ahí no; por este lado vais más seguros... Á los que se han marchado por aquí, nunca les han cogido... ¡Y qué parejita tan linda!

GRIEUX

Gracias, gracias... ¿Qué tienes? No tiembles... Vamos, vamos... *(Salen Manón y de Grieux.)*

MOZA

¡Si ya lo decia yo!... Lo de Malta no era posible... ¡Pobre caballerito! ¿Había de morirse así?...

FABRICIO

(Entra seguido de unos embozados.) ¡Silencio! Mucho cuidado... No le hagáis daño... La mordaza y en seguida...

MOZA

¿Unos embozados? ¡Ladrones, socorro, ladrones! *(Gran estrépito. Unos viajeros se asoman á las ventanas y otros salen.)*

VIEJO

(Asomado á la ventana.) ¡Manón, Manón!

MOZA

Sí; llamadla, llamadla. Se ha escapado.

VIEJO

¡Ah, pícara! ¡Se ha escapado! ¡Si ya lo decíamos todos!

FABRICIO

¡Llegué tarde!

VIEJO

¡Manón! ¡Manón! ¿Cómo me presento yo ahora á sus padres? ¿Por qué reís como estúpidos? No era mi mujer... ¿Es eso lo que os hace reir?

MUJERES

¡Ja, ja, ja!

FABRICIO

¡Amor, amor! Siempre vencerás á la razón... ¡Siempre irás unido á la locura! *(Telón.)*

FIN DEL PRÓLOGO

CUADRO PRIMERO

Casa de MANÓN. Habitación modesta.

ESCENA PRIMERA

LISETA, leyendo.

Por un escritorio, 200 libras. Por un servicio de Sèvres, dobles cifras de mirto y rosas, 12 escudos... Por tres pares de chapines sin talones, bordados en oro... Por un *deshabillé* con lazos en escalón á la satisfacción perfecta... Por unos *pañiers* en góndola... Y sigue... En verdad, no sé qué cuesta más, si ser virtuosa ó dejar de serlo con decoro. *(Llaman á la puerta.)* Abrir sin enterarse antes de lo que hace la señora es falta imperdonable en persona de mi empleo. *(Sale y vuelve.)* ¡Pobre caballero! Tan bondadoso. ¡Y con una carita de santo que parece salido del convento! *(Abre la puerta y entra de Grieux.)*

GRIEUX

¿Por qué habéis tardado tanto en abrir?

LISETA

Perdonad; no había oído llamar.

GRIEUX

Si antes no oisteis, ¿por qué habéis venido ahora?

LISETA

Os oí cuando llamasteis por segunda vez.

GRIEUX

Sólo he llamado una.

LISETA

(Aparte.) ¡Torpe de mí! Pero también es cachaza la suya.

GRIEUX

De algún tiempo á esta parte observo algo que no me agrada... Sois perezosa, indiscreta, y sobre todo habladora por demás.

LISETA

(Aparte.) ¿Ah, ah!... regañas?

GRIEUX

Cuando vengo, jamás estáis donde debierais... Siempre andáis con tapujos y misterios.

LISETA

(Aparte.) ¡Esto ya es demasiado!

GRIEUX

Para intrigante no tenéis precio. Si continuáis así, me veré obligado á despediros.

LISETA

(Aparte.) Puesto que tú lo quieres, no te vendrá mal una leccioncita... *(Llora.)*

GRIEUX

¿Lloráis? ¡Qué ridiculez!... Como una moza de pueblo.

LISETA

¡Señor caballero! Os aseguro que si os he dado algún motivo de queja, no ha sido por mi culpa... Yo no hice sino lo que me han mandado.

GRIEUX

¿Lo que os han mandado? ¿Quién?

LISETA

La señora, que me tiene prohibido que os abra la puerta hasta que el señor Boutrón no haya salido por la escalera que da al patio.

GRIEUX

¿Qué dices? ¿El señor Boutrón? ¿El vecino rico?... ¿Qué infamia estás diciendo?

LISETA

¿Yo, señor...? (Me parece que el tiro ha sido certero. Para que me llames otra vez intrigante.)

GRIEUX

(Aparte.) ¿Será posible, Dios mío, será posible que Manón...? Es una calumnia de esta ruin mujer, que quiere despertar mis sospechas... ¡Sí, eso

es! Llamad á la señora. Decidla que estoy aquí, que la espero.

LISETA

La señora no está en casa, salió; volverá en seguida. Me encargó que os dijera...

GRIEUX

Está bien. Retiraos. Y cuidado con repetir á la señora una sola palabra referente á lo que acabáis de decirme. Id...

LISETA

(Aparte.) ¡Pobre caballero! ¡No sospechaba nada! Y yo creí que estaba en el secreto como otros muchos. Pícara lengua. ¿Será el sino de las mujeres no conocer que hemos hecho mal hasta que no tiene remedio? *(Sale.)*

GRIEUX

¡Es imposible! ¡Me ha dado tantas pruebas de su amor! ¡Es imposible!... ¡La ofendo con sospechar!... Hoy mismo... ¡No, no es posible, no es posible! ¡Si sabe que no vivo más que para ella, que mi único pecado es adorarla, quererla demasiado!... ¿Y qué mujer condena ese pecado? Necesito pedirle perdón por mi sospecha. ¿Y si fuera verdad? El señor Boutrón es rico... Desde que Manón se encargó de los gastos de nuestra casa, sus vestidos son más lujosos, nuestra mesa está mejor servida... ¿Será verdad? ¡Pero si apenas nos hemos separado! ¿Cuándo pudo hablar con él, verle?... *(Llaman á la puerta.)* ¡Qué im-

portuno! Liseta abrirá... Si fuera algún aviso, alguna carta... Es preciso saber. *(Abre la puerta y entra Lescaut.)*

LESCAUT

¡Salud, caballero! Permitid que me siente; vengo rendido.

GRIEUX

Estáis en vuestra casa.

LESCAUT

Ya lo sé. Y creed que esa seguridad es de las pocas cosas que me hacen llevadera la vida. ¡Si supierais qué triste y árida era mi existencia antes de que la casualidad me hiciera ver asomada á una ventana de esta casa á mi hermana Manón! ¡Oh! ¡El amor de la familia es la única verdad! ¡Yo puedo decirlo, que he vivido siempre separado de ella!

GRIEUX

¿Habéis perdido de nuevo?

LESCAUT

Como siempre. El hotel de Transilvania es fatal para mí. Un misisipiano se llevó todas mis ganancias en media hora.

GRIEUX

Sois incorregible.

LESCAUT

Tranquilizaos. Durará poco.

GRIEUX

¿Partís?

LESCAUT

Sí. Dicen que tendremos guerra en Italia.

GRIEUX

Esa resolución os honra. Aseguran que el rey saldrá á campaña.

LESCAUT

Es muy conveniente. Con su presencia los soldados cumplirán mejor con su deber, y los generales no faltarán al suyo tan escandalosamente.

GRIEUX

Si tan mal juzgáis de la guerra, ¿por qué vais á ella?

LESCAUT

Porque en ella se encuentra el ruido, el tumulto, las aventuras, sin las cuales no puedo vivir. Porque los hombres como yo necesitan ponerse en ocasiones en que pueda variar nuestra fortuna de un momento á otro.

GRIEUX

Me desconsuela que un hombre de vuestro mérito todo lo fíe á los azares de la fortuna.

LESCAUT

Cuando los hombres de mis méritos hablan así es porque no tienen un escudo y la escasez los convierte en filósofos.

GRIEUX

De buena gana os serviría, pero ya sabéis cómo ando de dinero. Hace pocos días acudí á vuestros consejos.

LESCAUT

¡Buen caso hicisteis de mis consejos! Hube de aguantar en pago vuestros aspavientos y vuestros insultos. Todo porque os propuse una bagatela que todo el mundo practica hoy y que no pasa de ser una broma de buen gusto y de positivos resultados.

GRIEUX

¡Jugar con ventaja!

LESCAUT

¿Qué recurso nos queda á las personas de calidad que no poseemos rentas, ni disfrutamos sueldos del rey, ni beneficio de la Iglesia? ¿Vamos á levantarnos la tapa de los sesos como cualquier pobrete? ¡Oh! ¡Si el mundo estuviera mejor ordenado, cuán distinta sería nuestra suerte! Hay tanto pícaro con dinero... Si ese dinero fuera mio...

GRIEUX

El dinero cambiaría de dueño y la picardía también. Y el mundo seguiría igual.

LESCAUT

¿También filósofo? ¡Pobre caballero! Estás *in extremis* de peculio como yo.

GRIEUX

Por mi parte, sólo me queda un recurso: escribir á mi padre. Desde mi fuga no le he dado noticia de mi persona. Por grande que fuera su enojo, le pintaré mi situación de tal modo, la felicidad en que vivo, que por fuerza habrá de conmoverse.

LESCAUT

Hablarle de vuestra felicidad y terminar pidiéndole dinero, no me parece que le dejará muy convencido. ¿Vuestro padre será algún caballero á la antigua? ¿Celoso de su autoridad paterna, del honor de su casa?

GRIEUX

En extremo.

LESCAUT

Mejor.

GRIEUX

¿Por qué?

LESCAUT

Yo me entiendo.

GRIEUX

Mi matrimonio con Manón es imposible sin su consentimiento, y yo deseo presentarme á los ojos de todos, legalizar nuestra situación... ¿No pienso bien?

LESCAUT

¡Qué sé yo! Para mí el matrimonio es el medio mejor de elegir una mujer... para otro. Cierto

que no me refiero á la encantadora Manón... Hablo en general.

GRIEUX

¿Preferís ser un solterón, un viejo egoísta?

LESCAUT

¿Egoísta, viejo?... ¡No lo sé! Lo que os aseguro es que una vejez como la de vuestro vecino el señor Boutrón me parece envidiable.

GRIEUX

¿El señor Boutrón? ¿Le conocéis?

LESCAUT

¿Conocer?... Sí. Es un amigo antiguo de nuestra familia. Mi padre y él fueron compañeros de armas.

GRIEUX

Por eso, sin duda, le conoce Manón... y le recibe aquí algunas veces. ¿No es eso?

LESCAUT

¿Aquí? No sé... Nunca me he tropezado con él.

GRIEUX

Pues no lo dudéis, estoy seguro.

LESCAUT

Cuando lo decís... vendrá. Un amigo antiguo y tan viejo y tan rico, digo, y tan bueno...

GRIEUX

Decidme, Lescaut. ¿Por qué me ha ocultado

Manón su amistad con ese caballero? ¿Por qué no me ha presentado á él para corresponder con mi agradecimiento á su cortesía? ¿Por qué sólo viene cuando está sola?

LESCAUT

¡Ta, ta, ta, caballero!... Ahora sí que no me parecéis nada filósofo. Las mujeres... ya sabéis... algún secretillo, sin duda... ¡Como sois tan escrupuloso y tan tímido... ¿Manón sabe cómo andáis de dinero?

GRIEUX

Sí; lo sabe.

LESCAUT

¿Y qué os dijo sobre el particular?

GRIEUX

Que no me preocupase, porque había encontrado recursos.

LESCAUT

¡Pues no lo dudéis! Manón ha escrito á nuestros padres, y éstos, dolidos de su situación y por medio del opulento, respetable vecino, le han enviado algunos recursos. No debía decíroslo, pero eso debe ser.

GRIEUX

¡Y sabiéndolo, querido Lescaut, tardabais tanto en decírmelo! ¡Si supierais qué feliz me hacéis con vuestra indiscreción!...

LESCAUT

¿De veras?

GRIEUX

No sabéis el infierno que me atormentaba desde que llegasteis. Las dudas, las sospechas horribles... Todo pasó. Soy dichoso; más dichoso que nunca. Perdonad que os deje. Necesito ver á Manón, arrojarme á sus pies, pedirla que me perdone por haber dudado; corro á su encuentro.

LESCAUT

¿Pero qué os pasa?

GRIEUX

Figuraos que... ¿Pero qué voy á deciros? Os reiríais de mí. Si no amasteis nunca, ¿qué significa para vos esa divina palabra? ¡Amor! *(Sale.)*

LESCAUT

¡Amor! ¡Amor!... Qué afán el de estos muchachos en complicar la vida con embelecos. *(Entra Liseta.)*

LISETA

Señor Lescaut, pronto viene mi señora.

LESCAUT

¿Pero está en casa?

LISETA

Sí; dije al caballero que había salido porque le escribía una carta y... *(Lescaut la besa.)* Estaos quieto... Vais á obligarme...

LESCAUT

¿Á qué? ¿Á devolvérmelo? Yo te excusaré ese

trabajo. *(Vuelve á besarla.)* Y Manón, ¿está triste? ¿Llora? ¿Recuerda la fecha en que vivimos?

LISETA

Creo que sí, aunque nada diga. Suspira de vez en cuando, y me ha enviado por dos veces á comprar carmín de Portugal.

LESCAUT

Me tranquilizo.

LISETA

¡Ay, señor Lescaut! ¿Por qué tendremos las mujeres un corazón sensible?

LESCAUT

¡Para eso le tenéis bien parapetado!... Para que podáis defenderle mejor.

LISETA

¡Ay, señor! Si vierais de qué poco sirven los parapetos... De seguro que vos no habéis amado nunca.

LESCAUT

¡Pues te equivocas! Tuve un grande amor.

LISETA

¿Y qué os sucedió?

LESCAUT

Fuimos lo bastante dichosos para cansarnos pronto..., lo bastante sinceros para confesarlo, y lo bastante cuerdos para separarnos sin escenas

de esas que constituyen la felicidad de los amantes... Desde entonces...

LISETA

Sí; desde entonces, cuando se trata de mujeres, sois como César: llegáis, veis y vencéis.

LESCAUT

Algunas veces voy más de prisa. No veo siquiera. Pero si alguna vez me decido á querer, te tendré presente, Liseta discretísima. Yo te prometo que nunca te separarás de Manón, y serás siempre su criada.

LISETA

¿Entonces creéis que nunca llegaré á señora?

LESCAUT

Si no llegas no será por falta de merecimientos.

LISETA

He aquí á la bella Manón. *(Entra Manón.)*

MANÓN

¡Querido hermano! ¿Qué ha sido de ti desde ayer? ¿Qué noticias me traes del mundo? ¿Te gusta este vestido? ¿Me hallas elegante?

LESCAUT

Encantadora; como siempre. No es extraño que trastornes el juicio de jóvenes y viejos. Para ti se han hecho las cosas singulares, las galas más costosas, los diamantes... Todo es necesario á tu vida, como el aroma á las flores.

MANÓN

Me han contado que en el baile de anoche en el palacio Condé invitaron á doce mujeres alegres para animar la fiesta... ¿Qué se propondría Su Alteza con esa broma?

LESCAUT

¡Nada más claro! Realzar por el contraste la virtud de las duquesas.

MANÓN

¡Si vieras qué deseo más grande tengo de poseer una carroza con hermosos caballos y muchos servidores, y después de cansarme eligiendo frivolidades presentarme los jueves en el paseo á la moda, ó por los bulevares con un traje de seda bordado en oro, el escote orlado de encajes, una sospecha de rojo en las mejillas, el pelo empolvado y coronando mis cabellos un grupo de plumas azul pálido, que al erguirse sobre un enrejado de brillantes oscilen suavemente, como negándose con gracia á los deseos y á la admiración de los que me contemplan!

LESCAUT

Nada más fácil, Manón. Queredlo, y seréis la reina de París.

MANÓN

Luego, por la noche, las cenas galantes, las noches blancas *de Cours la Reine,* noches alegres en que la gente ríe, canta, murmura palabras maliciosas, y donde á cada paso surgen aventuras, se

reconocen antiguos amigos; noches, en fin, en que el amor revolotea locamente por los corazones, hasta que la luz del día desvanece el encanto de la noche, como la razón el encanto de nuestros placeres. ¿Por qué llegará nunca el día? ¿Por qué habrá que ser razonable?

LESCAUT

Según eso, estás resuelta; ya no dudas.

MANÓN

No. Ya no dudo. Disponedlo todo. Á la hora convenida estaré en el coche... Y pronto, antes de que tenga tiempo de arrepentirme. Y ahora, á escribir... Le escribiré... es lo mejor. Empecé una carta y no sé qué decirle.

LESCAUT

Liseta, vigila.

LISETA

Descuidad, señor Lescaut. No le perderé de vista un momento. *(Sale Lescaut.)* ¿La señora quiere que prepare ya la cena?

MANÓN

Sí; prepáralo todo. Como tú quieras. *(Escribiendo.)* «La fidelidad es una virtud desprovista de sentido...» Creí que venía...

LISETA

¡Señora! Os atormentáis por no confiar á nadie vuestros pensamientos. ¿Por qué no sois franca conmigo? ¿Quién mejor que yo puede comprender lo que os sucede?

MANÓN

¿Lo que me sucede? Si yo lo supiera... Pero es el caso, querida Liseta, que mi mayor tormento es ignorar mis verdaderos sentimientos... Yo nunca he sabido lo que era cariño hasta ahora.

LISETA

¿Y vuestro hermano, vuestros padres?...

MANÓN

Mi hermano... ¡Ya le conoces! En cuanto á mis padres, ¡si vieras qué despego, qué severidad para castigar mis pecadillos! Algunas veces me daban ganas de pedirles perdón por haber nacido. Otras, en cambio, me daban ganas de huir, de escaparme, de venir á este París con el que yo soñaba á todas horas, como si una voz interior me dijera que aquí me esperaba la felicidad.

LISETA

¿Y sois feliz? ¿Habéis conseguido cuanto soñabais?

MANÓN

No, Liseta. La idea de ser una mujer á la moda, de reinar como soberana entre las mujeres, mi inclinación natural al lujo, á los placeres, me ha dominado siempre, y ahora más que nunca. ¡Ahora, que los admiro de cerca y se ofrecen tentadores á todas horas! Dime, Liseta, ¿crees que podré llegar á lo que ambiciono?

LISETA

¡Ay, señora! Me parece que aun estáis en las

primeras letras. De cualidades naturales no hablemos, porque son admirables; pero de gracias cultivadas carecéis en absoluto. No sabéis quejaros de vapores, ni administráis con habilidad vuestra jaqueca, ni los ratones, ni las arañas os asustan hasta haceros caer en convulsiones. Y si pasamos á los floreos del lenguaje, sois tan sencilla, que llamáis á las cosas por su nombre.

MANÓN

¿Pues cómo he de llamarlas?

LISETA

Con elegantes circunloquios que den en qué pensar á cuantos escuchan absortos. Si pedís un coche, no sabéis hacerle esperar á la puerta una hora siquiera. Á la persona que tratáis con amabilidad un día, la recibís con el mismo agrado al siguiente... En una palabra; es preciso que estudiéis esas mil menudencias que distinguen á una mujer á la moda de una burguesa enriquecida. El abanico, por ejemplo, que un filósofo llamó «la espada de las mujeres...» ¿Habéis leido el libro de Carracioldi?

MANÓN

No.

LISETA

Es todo un tratado. Unas veces se apoya sobre las mejillas, otras sobre el escote con un clic, clic, nuncio de cólera mal contenida. Tan pronto aletea como suaves alas de paloma, mostrando el placer y la satisfacción, como se cierra de golpe

cual si dijera un «acabad, caballero», que se presta á todo género de interpretaciones.

MANÓN

¡Eres un prodigio, Liseta! Nunca podré aprender cuanto me falta, sin variar por completo mi modo de ser.

LISETA

No desmayéis. Hoy una cosa, mañana otra, podéis ir renovando toda vuestra persona.

MANÓN

Y si no renuevo el corazón, ¿qué habré conseguido?

LISETA

Ya veo que amáis á vuestro caballero como no se estila que las mujeres amen á los hombres.

MANÓN

¿Te parece poco martirio quererle tanto y verme obligada á abandonarle? ¿Consentir que me separen de él? ¿Saber que con el tiempo habrá otra mujer que goce de su amor, que le haga olvidar á su Manón, á Manón ingrata, traidora, falsa?... ¡No, no es posible! Yo le hablaré, yo le haré comprender...

LISETA

Los hombres son muy egoístas. Cuando ellos están contentos á nuestro lado, creen que es una razón para que nosotras lo estemos.

MANÓN

¡Ay, Liseta! ¿Por qué á tan divino sentimiento como el amor han de mezclarse las preocupaciones de la vida? Los enamorados debieran vivir sólo para su amor.

LISETA

Sí. Como á San Pedro y San Pablo en el desierto, que dos cuervos les trajeran el pan en el pico todos los días.

MANÓN

De todo sabes.

LISETA

Me eduqué en un convento, y allí se aprende de todo... hasta Historia Sagrada. Era ése el milagro que os convendría..., ¿no es eso?

MANÓN

Dos cuervos, no. Son pajarracos horribles. Pero un ángel bueno ó un hada benéfica, que se cuidara de atender á nuestras necesidades... ¡Tener que pensar todos los días en que falta dinero, en que hemos de reducir nuestros gastos, escatimar nuestros caprichos, entablar discusiones desagradables que originan disgustos...

LISETA

¡Pero es que si al amor le pintan niño y desnudito es para mostrarnos de cuántos cuidados necesita para no morir de frío! ¡Estancias tapizadas, mullidas alfombras, manjares delicados y toda suerte de halagos y de mimos...

MANÓN

Sí, es cierto... ¡No hay remedio! ¡Hemos soñado, y acabó el sueño!

LISETA

¡Cuidado!... El señor caballero. Estad atenta cuando oigáis ruido en la calle... Con vuestro permiso, serviré la cena. *(Sale Liseta y entra de Grieux.)*

GRIEUX

¡Manón!

MANÓN

¡Ah! ¿Eres tú?

GRIEUX

¿Es así como me recibes?

MANÓN

Creí que no vendrías.

GRIEUX

¿Podía dejar de venir? ¡Bien sabes que no! ¡Manón! ¡Manón! No sé por qué leo en tus miradas más tristeza que cariño... ¿Qué te sucede?

MANÓN

¿Para qué quieres saberlo? ¿No eres dichoso cuando te miro?

GRIEUX

¿Estás preocupada? Yo también. ¿Cómo andamos de dinero? Poco debe quedar.

MANÓN

¿Para qué hablar ahora de dinero? ¿Para qué entristecernos con preocupaciones enojosas? No pienses ahora en nada... Siéntate... La cena está dispuesta... Cenemos... ¿Tienes apetito? ¿Por qué me miras así?

GRIEUX

Manón, ¿eres dichosa?

MANÓN

Sí lo soy. Muy dichosa.

GRIEUX

Sí lo somos. Lo seremos aún más. ¡Si vieras cómo recuerdo, hora por hora, cuánta ha sido nuestra felicidad desde el momento en que nos vimos!

MANÓN

¡Ya ha pasado tiempo!

GRIEUX

¿Te parece mucho?

MANÓN

No. Es que en este tiempo me parece haber vivido más de una vida. *(Entra Liseta con un plato.)*

LISETA

Ternillas de ternera á la Pompadour.

GRIEUX

¿No sabes?... Por fin me he decidido á escribir á mi padre.

MANÓN

¿Te has atrevido?

GRIEUX

Sí; antes debí hacerlo. Si no se compadece de nosotros, tendremos que dejar París.

MANÓN

¡Dejar mi París!

GRIEUX

¿Y qué importa, si nuestro cariño va con nosotros? Viviremos en el campo; yo trabajaré si es preciso.

MANÓN

Pero si tu padre enviara dinero...

GRIEUX

Aun así, debemos marcharnos. En París, yo te conozco, me conozco también... No sabremos resistir á las mil tentaciones con que nos brinda á cada instante.

MANÓN

¡Sé de tantas personas que sin más rentas que nosotros viven con la mayor ostentación! Sin duda hay recursos que desconocemos, y de que muchos se valen. ¿No te habló mi hermano sobre el particular?

GRIEUX

Sí, Manón. Pero no quiero que tú lo repitas. Son recursos indignos de un hombre de honor, que por nada del mundo puedo yo aceptar.

MANÓN

¿Por nada del mundo? Bien está. ¿Ni por nuestro amor? Entonces, cuando nos sea forzoso separarnos...

GRIEUX

¡Separarnos! ¿Qué dices? ¡Separarnos! Lo dices porque piensas que soy yo el que puede proponerlo; ¿no es eso? Y quieres oir de mis labios que antes de pensar siquiera en separarnos lo aceptaría todo: el deshonor, la vergüenza, la muerte... ¡Y la muerte, juntos! Porque si pienso alguna vez en que ella sola es capaz de separarnos algún día, pienso también que será por un momento no más. Pero en la vida, ¿quién podrá separarnos? ¡No, no lo pensaste! ¿Verdad que no, Manón? Quisiste saber si yo lo pensaba, y por eso lo has dicho.

MANÓN

Por eso.

GRIEUX

¡Juntos, juntos siempre! Para mí fueron tus primeras palabras de cariño, tus primeros juramentos de amor, tu primer beso apasionado... ¡Para mí despertaste á la vida, como yo desperté! ¡Es uno nuestro amor con nuestra vida!

MANÓN

¡Sí, amor mío! Juntos siempre, siempre así. Déjame soñar... Si es preciso dejar París, lo dejaremos... Llévame donde quieras, llévame en tus brazos como una niña dormida... Y háblame

siempre así, de nuestro amor, y sólo de nuestro amor... No me dejes despertar, no me dejes abrir los ojos; ciérralos á fuerza de besos.

LISETA

¡Señor!... Sube gente.

GRIEUX

¿Quién será?

MANÓN

Espera... Te dejo.

LISETA

(Bajo á Manón.) Señora... Aguardan... Es la señal.

MANÓN

¡Sí, sí!... No abras aún... Espera... ¡Adiós, amigo mío, adiós! *(Sale Manón.)*

LISETA

(Abre la puerta y entra el Conde de Grieux seguido de criados.)

GRIEUX

¡Ah! ¿Qué es esto? ¡Soltad, soltad!... ¡Padre!

CONDE

¡Por fin, caballero! No me habían engañado. ¡Soltadle, soltadle! Él vendrá por su voluntad. Dejadnos.

GRIEUX

¿Qué traición es ésta? Sin duda es Fabricio quien os ha avisado. ¡Amigo traidor!

CONDE

No busques lejos á los que te han vendido, cuando los tienes cerca. El señor Boutrón fué el que me dió noticias de tu paradero. Él, que ha sabido substituirte en el corazón de tu princesa.

GRIEUX

¡Miente el miserable!

CONDE

¿Aun te resistes á perder la ilusión de tus amores? Diez y ocho días hace que huiste con ella, siete que yo recibí el aviso de su nuevo amigo. Quedan unos once días en que puedes vanagloriarte de haber sido el único.

GRIEUX

¡Basta de burlas, que me destrozan el alma! ¡Matadme de una vez! Y ese viejo infame pretende...

CONDE

Pretende ser el amante de tu adorada. Por ella ha sabido que eras mi hijo. Y como los dos deseaban deshacerse de ti, él y tu amante me han facilitado esta entrevista inesperada. Puedes estar orgulloso de tus triunfos. Sabes vencer, caballero, pero no sabes conservar tus conquistas.

GRIEUX

¡No, no es verdad! Manón no ha podido venderme. ¡Es incapaz de tal infamia! Es ese hombre quien os ha engañado á vos y á mí. ¡Manón, Manón mia!

CONDE

Estás ciego, estás loco...

GRIEUX

¡Manón, Manón! Dejadme.

LISETA

Esta carta ha dejado mi señora para vos.

GRIEUX

Traed.

CONDE

Repito que fué ella quien os ha entregado á mi autoridad. Olvidad su nombre y agradeced la indulgencia con que estoy dispuesto á perdonaros.

GRIEUX

(Leyendo.) «Mi querido caballero: Te juro que eres el único ídolo de mi corazón, y que á nadie podré amar en el mundo como te adoro. Pero comprende, pobrecito mío, que en la situación en que nos vemos, la fidelidad, más que virtud, es tontería. ¿Consideras que puede existir el amor donde falta qué comer? La necesidad nos pondría en el caso de bostezar de hambre cuando creyéramos suspirar de amor. Te adoro, y de ello puedes estar seguro, pero te suplico que por algún tiempo me dejes la administración de nuestra fortuna. ¡Desgraciado el que caiga en mis redes, porque desde ahora sólo trabajaré para ver á mi caballero rico y dichoso! Mi hermano te dará noticias de tu Manón y te dirá lo que he llo-

rado cuando me he visto obligada á separarme de ti.» *(Hablado.)* ¡Padre, padre! ¡Llévame donde no pueda verla, donde no oiga pronunciar su nombre, donde vuelva á encontrar la calma, la paz del corazón, tu cariño, padre mío!

CONDE

¡Desgraciado! ¿Aun la amas?

GRIEUX

Sí, padre, sí; con toda mi alma. *(Telón.)*

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Un salón en San Sulpicio.

ESCENA PRIMERA

EL HERMANO PROCOPIO, UNA VIUDA BEATA

PROCOPIO

¿Estáis segura de lo que decís? ¿Mujeres de ésas en la casa de Dios?

VIUDA

¡Sí, sí! Yo misma las he visto. ¡Un escándalo, hermano Procopio! ¡Este es peor que el jansenismo! Porque si dan en frecuentar la iglesia esas correntonas y se presentan como nosotras, no sé en qué nos vamos á distinguir...

PROCOPIO

Decís muy bien, señora Michón. ¡Esa es la consecuencia de las dichosas tribunas reservadas que se han puesto en el trascoro! ¡Siempre lo dije! Detrás de la celosía dorada, ¿quién distingue la casta de pájara que se oculta?

VIUDA

¿Habéis dicho pájara, hermano?

PROCOPIO

¡Pájara he dicho, Dios me perdone! ¿Pero quién no se indigna, si los que gobiernan y debieran dar ejemplo son los peores? Luego la pícara moda que ha de mezclarse en todo... Como se trata del abate de Grieux, del serafín de la Iglesia, como le llama una amiga nuestra, á quien por caridad no nombro, pero que ya podéis figuraros quién es...

VIUDA

La señora Rabuteaux, de seguro. Para ella todos son serafines; así vive en la gloria. ¿Y es cierto lo que se murmura, hermano? ¿Que nuestro lindo teólogo, el serafín de la señora Rabuteaux, vuelve á la Iglesia, como la oveja descarriada, después de un desengaño amoroso?

PROCOPIO

Ya sé que eso se cuenta. Y esa curiosidad trae aquí á más de cuatro... Vienen por verle la carita, como van á ver el sitio en que hubo un incendio, ó se dió una batalla, ó se cometió un crimen. ¡Ociosa curiosidad, hermana, de que el Señor nos libre! Pero no creáis esa historia. ¡Si no hay más que verle! Es un niño, una azucena cándida.

VIUDA

Dicen que será una gloria de la Iglesia... Ya se le indica para una dignidad... Nunca tuve yo el don de profecía, ó será cardenal muy pronto. Ya tengo gana de ver una eminencia en buen esta-

do. ¿No creéis que la religión entra mucho por la vista?

PROCOPIO

Como veis, no han de faltarle devotos. ¡Concurso más lucido! La nobleza más linajuda de París se ha apresurado á responder á la invitación del conde de Grieux para asistir al ejercicio teológico de su virtuoso hijo. Y si no me engaño, creo que... ¿No digo? La princesa de Módena. Su Alteza en persona se digna honrar nuestra santa casa. ¡Qué honor para sus pobres servidores! ¡Una hija de Francia!

VIUDA

Su Alteza la princesa de Módena, la sobrina del rey; la que, según dicen, no quiere volver á Italia al lado de su marido porque...

PROCOPIO

No divaguéis. ¿Quién da crédito á esas patrañas? ¿Ni quién habla de eso después de dos años?

OBISPO

Dígnese Vuestra Alteza pasar por aquí. El conde de Grieux y su hijo agradecerán en lo que vale tan señalado favor.

PRINCESA

¿Monseñor? ¿Vos en París? ¿Cómo tenéis abandonada vuestra diócesis? ¿No teméis que se queje por vuestro abandono?

OBISPO

¡Ah, señora! No confundáis á la Iglesia con los príncipes italianos.

PRINCESA

Yo sigo el consejo que mi tía, la duquesa de Lorena, me dió al partir para Módena: «Hija mía, sed agradable á vuestros nuevos súbditos; apresuraos á obsequiar á vuestro marido con dos ó tres infantes, y regresad en seguida á París. Es el único sitio en que las princesas como vos y como yo pueden vivir tranquilas.» ¡Pobres modeneses! Estoy segura de su cariño.

OBISPO

¡Es tan natural que los súbditos amen á una princesa que vive á trescientas leguas de ellos!

PRINCESA

Deben agradecer mi permanencia en París. En su afán por hacerme grata su estancia en Módena, llevaban camino de arruinarse. Á mi llegada hicieron ostentación de riqueza y buen gusto.

OBISPO

Entonces hicieron lo que debian y ahora deben lo que hicieron.

PRINCESA

Por eso no quiero volver. Vivo aquí retirada en la intimidad.

OBISPO

Con cincuenta personas á diario en vuestro palacio.

PRINCESA

¡Monseñor! Cincuenta personas constituyen la intimidad de una princesa. ¿Qué diríais si me hubieseis visto anoche llorar en presencia de todos por la separación de mi esposo y de mis hijos?

OBISPO

Diría que Vuestra Alteza es capaz de conseguir cuanto se proponga.

PRINCESA

Se me calumnia mucho, monseñor. Necesito de vuestros consejos, de vuestra experiencia.

OBISPO

Nada más fácil. ¿Habéis leído mi última «Pastoral»?

PRINCESA

No, monseñor. ¿Y vos?

OBISPO

¡Alteza!

PRINCESA

Pensaba en otra cosa. Mi impaciencia por oir al disertante... Cuentan de él una historia..., una historia de amor... ¿No podéis referirme algunos detalles?

OBISPO

¡Señora! La historia fué como dice Vuestra Alteza, una historia de amor. Los detalles puede vuestra alteza figurárselos mejor que yo pudiera referírselos.

PRINCESA

Entremos en la iglesia y prescindid de tributarme honores hasta la salida. No quiero turbar la devoción. *(Salen la Princesa, el Obispo y la comitiva.)*

VIUDA

¡Qué señorío y qué finura! Cuando hablan parece que se arrojan ramos de flores. ¿Me guardaréis algo de la colación de Su Alteza, hermano? Ya sabéis que si por algún lado me llevaría el diablo sería por la golosina.

PROCOPIO

No creáis que á estas horas no ha llevado ya sus asaltos... Á cada instante nos traen una dama desmayada, cuando no es un abate, que es peor que diez damas.

VIUDA

¿No es el conde de Grieux padre de nuestro santo?

PROCOPIO

¡El mismo! Con el señor Fabricio, gran amigo de su hijo. Vamos, hermana, que he de atender á mis menesteres.

VIUDA

¡Que Dios bendiga al padre de tal hijo! Los jansenistas rabiarán á estas horas. *(Salen la Viuda y el hermano Procopio. Han entrado el conde de Grieux y Fabricio.)*

FABRICIO

¿No os atrevéis á permanecer en la iglesia mientras habla vuestro hijo?

CONDE

Temo no poder sobreponerme á la emoción, amigo mío. Vos sabéis si este día es feliz para mí; tanto, que por demasiado feliz me asusta.

FABRICIO

¿No estáis seguro de su arrepentimiento? Su conducta en este tiempo es una garantía para lo futuro.

CONDE

Dios nos oiga, Fabricio. Vos, que por vuestra amistad, y sin que el respeto le impida descubriros su pensamiento, habéis tenido ocasión de oirle, ¿sabéis si todavía se acuerda...?

FABRICIO

En mucho tiempo no pronunció su nombre, no preguntó nunca por ella. Si yo, con habilidad, procuraba tantear su corazón, el silencio más impenetrable era su defensa. Temía yo entonces por lo mismo. ¡Aquel silencio podía guardar tantos pensamientos! Pero hace pocos días él fué quien me preguntó si alguna vez en París había vuelto á verla. Le respondí que una sola vez, en la Comedia, lujosamente ataviada. Una magnífica carroza la esperaba á la salida y, según oí murmurar á las gentes, las liberalidades de un marqués pagaban la costa.

CONDE

¿Y mi hijo?

FABRICIO

Me oyó sin inmutarse, y sólo tuvo palabras de piedad y arrepentimiento. Entonces me aseguré de que estaba salvado, y nada tenéis que temer.

CONDE

Desconfío tanto de este fervor y de este entusiasmo de ahora... ¿No serán todavía, bajo otro aspecto, llamaradas de aquella hoguera? Ved el tema de su discurso: «Del amor divino»... ¡El amor!... ¡Siempre el amor! *(Entran la Mariscala y un abate.)*

MARISCALA

Veréis cómo llegamos tarde por culpa vuestra. Siempre os sucede lo mismo. Por la mañana no se puede contar con vos para nada.

ABATE

Culpad á vuestra amiga la marquesa, que me entretiene en su tertulia hasta el amanecer. ¡No sabe estar sin mí!

MARISCALA

Ya se conoce.

ABATE

Anoche serían las cuatro cuando nos acostamos.

MARISCALA

¿En plural?

ABATE

Ese plural está compuesto de dos singulares. ¡Ah! El conde de Grieux está aquí. Tranquilizaos; aun no debe haber empezado el ejercicio.

MARISCALA

¡Señor conde! Pasáis delante de mí sin mirarme.

CONDE

Si os hubiera visto, señora mariscala, creed que no hubiera pasado.

MARISCALA

La galantería de la época del gran rey... Aprended, abate. ¿Y vos, conde, sepultado en vuestra provincia sin acordaros de vuestros buenos amigos de Paris?

CONDE

Señora..., á mi edad... ¿Qué lucido papel puedo yo representar en la corte?

MARISCALA

Si todos pensáramos así, Paris se quedaría desierto. Ya veis, para representar un papel como el mío sería preciso ser hermosa y joven.

ABATE

¡Ah, señora! Vos sois la mejor demostración de lo contrario.

MARISCALA

Señor abate... No tratéis de parecer grosero por el afán de agradar á las señoras.

CONDE

Ahora reparo... ¿Estáis de luto? ¿Habéis tenido alguna desgracia?

MARISCALA

Desgracia, no. Es que me he quedado viuda hace dos meses.

CONDE

¡El pobre mariscal! ¿Cómo fué? Su salud parecía excelente.

MARISCALA

No me lo recordéis. Fué una cosa horrible... En el primer momento, sí creíamos todos que se moría, pero de pronto mejoró tanto, que el médico le había permitido comer y levantarse... Dos horas antes de morir estuvo hablando como siempre. Recuerdo que me dijo: «¿Me han limpiado la casaca? ¡Tradme el papagayo!» Y estuvo dándole sopitas de chocolate. ¡Ya veis, con todo su conocimiento y su inteligencia de siempre!

CONDE

¡Vaya por Dios! Como al veros os hallé tan risueña... no pensaba...

MARISCALA

¡Ayer, ayer era cuando debíais haberme visto! Hay días en que sin saber por qué le recuerdo más que otros.

ABATE

Si hubiera muerto joven le recordarías todos los días.

MARISCALA

Pero no os he hablado de vuestro hijo, y vengo únicamente por verle. Dicen que es un santo, y en sus discursos admirables... ¿Quién me dijo el otro día que le había oído hablar del infierno como un ángel? Todos le pronostican un porvenir glorioso.

ABATE

Creed que el porvenir es de los eclesiásticos. Si Su Majestad se decidiera á confiar el gobierno en manos de cualquiera de nosotros, del más modesto, de mí mismo...

MARISCALA

¿Creéis, señor abate, que por haber tenido bastante talento para hacer la desgracia de varias mujeres poseéis bastante para hacer la felicidad del Estado?

CONDE

¡Siempre lo mismo! Para vos no pasa el tiempo.

MARISCALA

Eso dicen mis acredores.

CONDE

¡Cómo! ¿todavía estáis en su poder?

MARISCALA

Cuanto más quiero arreglar mis asuntos, más los embrollo. El rey me ha págado tres veces mis deudas, la reina me ha nombrado su dama de honor para proporcionarme un sueldo, la fa-

vorita me ha asociado á sus juegos, el primer ministro me ha enseñado á hacer trampas... ¡Todo inútil! Cada día me arruino un poco más.

CONDE

Permitidme un consejo. Dejad la Corte, retiraos, como yo, á una de vuestras posesiones...

MARISCALA

Ya lo he pensado. Pero... ¿y si emprendo el viaje y luego me aburro? Además, ésa es la única esperanza que me queda, y no quiero perderla. ¿No sabéis que debe uno reservar siempre un sitio adonde no vaya nunca, pero donde uno crea que será muy dichoso cuando se decida á ir?

ABATE

Cierto. Esa idea ha bastado para que se acredite el Paraíso.

MARISCALA

Es inútil aconsejarme; seguiré como hasta ahora. Y si no me muero á tiempo, me retiraré á un convento, adonde llevaré mi tertulia como tantas otras, ó me entregaré á la devoción como Su Alteza. *(Entran la Princesa, damas cortesanos, el Obispo, etc.)*

DAMA 1.ª

¡Admirable! ¡Qué elocuencia!

DAMA 2.ª

¡Qué fuego!

DAMA 3.ª

¡Y qué voz tan dulce!

CORTESANO 1.º

Su Alteza se ha desmayado... Acercad un sillón.

TODOS

(Á un tiempo.) ¿Qué ha sido? ¿Qué pasa? ¡Un frasco de sales! Abrid las ventanas.

OBISPO

¡Señores, señores!... Si no habláramos más que cuatro á la vez...

DAMA 1.ª

Ha sido un vapor... Un frasco de sales.

OBISPO

Tomad el mío. Me las traen de Inglaterra con mis encajes.

CONDE

Veo que ha terminado, señora mariscala... ¿Me permitiréis que vaya á abrazar á mi hijo?

MARISCALA

¡Y yo sin oirle! Siempre me sucede lo mismo. *(Sale el Conde.)*

OBISPO

¡Ya vuelve, ya vuelve! Las azucenas se convierten en rosas.

MARISCALA

¿Qué le ha sucedido á Su Alteza?

PRINCESA

¡Ah, la mariscala de Luxemburgo!... Nada. ¡El calor, la emoción!... ¿No habéis oído?... Todos lloraban.

MARISCALA

¿También Vuestra Alteza?

PRINCESA

Yo también hubiera llorado, pero esta noche ceno en palacio. ¡Qué hombre, mariscala! Mejor dicho, ¡qué santo! ¡Qué conceptos sobre el amor divino! ¡Qué pintura sobre las penas del infierno! El demonio parecía hermoso pintado por él.

DAMA 1.ª

¡Edificante, edificante!

CORTESANO 1.º

Un Lacordaire.

OBISPO

Á mí, declaro que me ha aburrido. No salí antes por no escandalizar al auditorio.

PRINCESA

¿Escandalizarle vos? ¡Qué idea!... *(Entran de Grieux, Fabricio y el Conde.)*

TODOS

¡Muy bien, muy bien! ¡Admirable!

DAMA 2.ª

¡Sois la honra y el orgullo de San Sulpicio!

DAMA 3.ª

¡Qué oración!

CORTESANO

¡Qué ciencia!

DAMA 1.ª

Habéis humillado á vuestro adversario.

CONDE

¡Hijo mío!

OBISPO

¡Señor abate! Su Alteza desea felicitaros por vuestro triunfo.

GRIEUX

¡Señora... tanta honra!

PRINCESA

Espero que no será ésta la última vez que oiga vuestra palabra, que os aseguro me ha conmovido profundamente.

GRIEUX

Señora...

PRINCESA

Si de algo vale mi protección, podéis disponer de mí.

GRIEUX

Nada ambiciono. Por ahora mis estudios reclaman por completo mi atención y la soledad y el silencio.

PRINCESA

Sin embargo, el trato de gentes, la buena sociedad convienen á un joven de vuestras esperanzas. Para hablar del cielo hay que conocer al mundo.

ABATE

(Bajo á la Mariscala.) La princesa omite los otros enemigos.

PRINCESA

Mi casa está siempre abierta para vos.

GRIEUX

Si alguna vez mis superiores me permiten salir de San Sulpicio, creed...

CONDE

¡Monseñor! El público aguarda vuestra bendición. Con permiso de Su Alteza.

OBISPO

Vamos. Señora, acompañadme. Á la salida debemos tributaros los honores.

PRINCESA

Vamos... ¡Es demasiado tímido! Como todos los hombres de mérito, pierde mucho de cerca. *(Salen todos menos de Grieux y Fabricio.)*

GRIEUX

¡Fabricio, amigo mío!

FABRICIO

¿Estáis contento?

GRIEUX

Sí. No por vanidad de este triunfo mundano, que por mí nada estimo. Si algo dije digno de este lugar, fué la palabra de Dios que habló por mis labios. ¿Y ahora estáis seguro de mí? Aquí

me tenéis tan cambiado, que cuando pienso en el tiempo transcurrido y en las locuras pasadas, me desconozco á mí mismo. Sin vuestros consejos, sin vuestra amistad, ¡qué hubiera sido de mí!

FABRICIO

Vuestra conversión es mi mayor consuelo en esta vida. ¿Qué os sucede?

GRIEUX

¡La emoción, el cansancio!... Creed que una fuerza superior era la que me obligaba á hablar, la que me sostenía.

FABRICIO

Descansad un momento. Yo debo ir con vuestro padre, compartir con él la molestia de saludar á tanta gente. Él también está muy emocionado. Esperadnos aquí y reposad, si os dejan. *(Sale Fabricio. Entra el hermano Procopio.)*

PROCOPIO

Señor abate, señor abate... Perdonad... Una dama.

GRIEUX

¡Qué inoportunidad!

PROCOPIO

Conmovida por vuestra palabra, desea hablaros. Acaso una conversión, un milagro... ¡Quién sabe!

GRIEUX

Hacedla entrar. *(Sale el hermano Procopio. Á poco entra Manón.)* ¡Manón! ¡Manón!

MANÓN

Sí, yo soy. ¿Esperabas, ó temías verme?

GRIEUX

¿Por qué has venido? ¿Por qué has venido?

MANÓN

Porque no podía vivir sin tu perdón.

GRIEUX

Te he perdonado. Lo he perdonado todo. ¿Por qué has venido?

MANÓN

Porque te quiero siempre...; porque no puedo vivir sin tu cariño.

GRIEUX

¡Calla, calla! Habla de perdón, no hables de cariño.

MANÓN

Desde que supe que estabas en París, mi único pensamiento era verte. ¡He llorado tanto!

GRIEUX

¡Manón! Déjame...; no puedo oirte..., no debo escucharte... ¡Déjame, déjame; en nombre Dios de te lo pido!

MANÓN

Sí. Fuí traidora, perjura. Merezco que me odies; pero no puedo vivir sin ti. Tu amor era mi vida. Fuí traidora porque me hicieron creer que debía sacrificar tu cariño por tu felicidad, para que tu padre te perdonara, para que algún día agradecieras mi sacrificio... Pero no era verdad, me querías demasiado y para ti no existía más felicidad en el mundo que mi cariño..., y mi sacrificio debió parecerte una traición infame, y me odiaste y maldeciste mi nombre. ¿No es cierto?

GRIEUX

¡Manón!

MANÓN

Pero no pudiste dejar de quererme, y como yo en ti, pensabas en mí siempre... Y recordaba nuestros días de amor, nuestras palabras de cariño, nuestras caricias, y sólo recordarlas era la única alegría de mi vida.

GRIEUX

Calla, calla. ¡Dios mío!

MANÓN

Si yo hubiera creido que eras dichoso...

GRIEUX

¡Lo era! Dios había devuelto la paz á mi corazón.

MANÓN

No, no es verdad... Si tú tampoco has podido olvidarme. Si me hubieras olvidado, hubieras

buscado en nuevos amores y placeres el olvido ó el aturdimiento... Pero no, te refugiaste en la soledad para pensar siempre en tu Manón, siempre... Si dijiste que pensabas en Dios, engañaste á todos, te engañaste á ti mismo. ¿Verdad que no dejaste de pensar en mí sólo, en mí siempre... como yo en ti? ¡Si no es posible otra cosa aunque diéramos la vida porque no fuera!

GRIEUX

¡Traidora Manón, traidora! Siempre la mentira...

MANÓN

Si no me defiendo, si no me disculpo... Lloro nada más; ya lo ves, lloro...

GRIEUX

No, no llores así...; no me mires así tampoco. ¿Qué pretendes de mí? ¿Por qué viniste?

MANÓN

¿Nunca pensaste que pudiera volver á verte?

GRIEUX

No lo pensé..., no quería pensarlo. Sabía que al verte lo olvidaría todo... No llores, no hables... Si te perdono, si te he perdonado... ¡Calla, calla, Manón!

MANÓN

¡Oh, amor mío, amor mío! ¡Mi único amor! ¡Tú sólo y para siempre.

GRIEUX

¿No ves cómo tiemblo entre tus brazos? ¿Qué fácil te fué engañarme, qué fácil triunfar de un corazón que era tuyo?... ¿Qué has hecho de mi voluntad, que has hecho de mi vida que no puedo dejar de adorarte?

MANÓN

Porque no puedes dudar de mi cariño, porque crees en él á pesar de todo... Salgamos pronto... ¡Ven!

GRIEUX

¡Manón! Déjame que lea en tus ojos... ¡Mi padre no volverá á llamarme hijo! ¡Nunca volverá á mí la paz del alma! Todo por ti y en pago de tus traiciones, el engaño siempre... Manón, mírame... quiero leer mi destino en tus ojos...

MANÓN

¡La muerte mil veces antes que ofender tu cariño! Vienen, la fiesta termina... Mi carroza nos espera... *(Suena el órgano.)*

GRIEUX

Sí; vamos, vamos... ¿Oyes? Da las gracias á Dios por mi salvación... ¡la salvación de mi alma!

MANÓN

Vamos, vamos pronto.

GRIEUX

Sí, donde quieras... Pero sé mía siempre... ¡Soy tuyo! Siempre contigo. Siempre con tu amor.

Siempre tuyo... *(Salen Manón y de Grieux. Pasa la princesa de Módena bajo palio por la galería del fondo seguida de su comitiva. Entran damas, caballeros, el conde de Grieux y Fabricio, el hermano Procopio y la viuda.)*

FABRICIO

¡De Grieux! ¿Dónde está?... ¡De Grieux!

PROCOPIO

¿No sabéis? ¡Es horrible! *(Habla bajo con Fabricio.)*

VIUDA

¿Quién lo creyera? ¡Será el demonio en forma de mujer!

FABRICIO

(Viendo al Conde.) ¡Silencio!

CONDE

Querido Fabricio, amigo mío... No mata la felicidad... ¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?

FABRICIO

(¿Cómo decirle ahora...? Debo callar...) Descansa. Se sintió algo indispuesto... *(Damas y caballeros se despiden del Conde.)* ¡Ah! ¡Cuando sepa...! ¡Pobre amigo mío, triste condenado al amor, no hay salvación para ti si el amor no te salva! *(Telón.)*

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Un jardín. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

LISETA, EL ABATE

ABATE

Gentil camarista, podéis anunciar á vuestra señora que vuestro esclavo el marqués no tardará en llegar más rendido que nunca. Me suplicó que le precediera para reparar algún descuido de sus criados.

LISETA

Los criados del señor marqués muestran bien á quién sirven. En todo se advierte la opulencia del dueño y su discreción al aconsejarse para todo de vos, que sois el único en París como árbitro del buen tono y de toda clase de delicadezas.

ABATE

¿Qué le parece á vuestra hermosa señora de este nido de amores?

LISETA

Mi señora, por desgracia, no ha llegado todavía á la elevación de sentimientos que permite apreciar las menores delicadezas en materias de buen gusto. Prefiere mejor la bambolla de ostentación á ese arte delicado que sabe ofrecer diamantes entre rosas, de tal modo que las rosas parezcan de más estima, y los diamantes, cual gotas de rocío, sin valor alguno.

ABATE

Graciosa Liseta, eres en todo superior á tu condición, y me admira cómo puedes hallarte gustosa en ella. Entre nosotros, ¿juzgas que tu señora es más digna que tú de trastornar el juicio á un opulento señor como el marqués?

LISETA

¡Y si el marqués supiese cómo es correspondido!

ABATE

Tu señora, sin duda, ama á otro. Un amante de su gusto y de su condición. ¿No es eso?

LISETA

No debo murmurar, y ya temo haber dicho demasiado.

ABATE

No, discretísima Liseta. El marqués es una persona respetable. Yo soy su amigo más leal y desinteresado, y por nada de este mundo consentiré en que sea juguete de una mujer indigna. ¡Pobre

marqués! Tan generoso con sus amigos, tan confiado, tan... No es tu señora la amiga que conviene á un personaje de calidad, y si el marqués perdiera el juicio por tu señora...

LISETA

Ella; silencio.

ABATE

¿Y si el marqués perdiera el juicio? ¿Quién podría culparle si la causa es el amor de tu señora? No; no seré yo quien le censure, aunque le vea arruinarse y enloquecer por ella. Como los ancianos de Troya olvidaban los estragos de la terrible guerra al ver pasar por el ágora á la divina Elena, así yo exclamaría al contemplar la hermosura de la sin par Manón: ¡Es justo, es justo cuanto por ella padezcamos; que si el estrago aun fuera mayor que el de Troya, no es menor que la de Elena su hermosura!

ESCENA II

DICHOS y MANÓN

MANÓN

¡Oh, señor abate! Os agradezco la lisonja.

ABATE

¡Hermosa Manón! ¡Sí, es justo, es justo! ¿Me escuchabais?

MANÓN

Y creí entenderos.

LISETA

Antes, antes debíais haberle oído.

MANÓN

El abate es muy gentil cortesano. Por algo alcanzó los tiempos de la Regencia.

ABATE

¡Oh qué tiempos! Mi señor, el marqués, me envía á pediros licencia, en su nombre, para besaros la mano y serviros con una cena y una serenata á la hora que dignéis señalar á vuestro esclavo.

MANÓN

¿Viste mayor rendimiento, Liseta?

LISETA

Bien podéis estar orgullosa.

MANÓN

Decid á monseñor el marqués que la más herida de sus víctimas tendrá como único alivio recibir el bálsamo de su presencia, unido á las inestimables bagatelas que nos anunciasteis, á la hora en que el brillante Febo oculta su rutilante cabellera dejando paso á la noche envuelta en el negro manto de sus horrores.

LISETA

¡Admirable respuesta!

ABATE

Veo con gusto que tu señora adopta el estilo de las personas de calidad.

LISETA

¡Tales maestros ha tenido!

ABATE

Tú, sin duda alguna.

LISETA

¡Ay, pobre de mí! Si me tratarais á fondo os convenceríais muy pronto de mi ignorancia.

ABATE

Desagradable situación, que no debéis prolongar mucho tiempo. *(Á Manón.)* Á vuestras órdedenes. *(Abrazando á Liseta.)* Graciosa Liseta...

LISETA

¡Ay! *(Liseta dá un grito.)*

MANÓN

¿Qué sucede?

ABATE

Vuestra doncella, que no está acostumbrada á las ceremonias cortesanas.

LISETA

¿Á eso llamáis ceremonias?

ABATE

(Bajo á Liseta.) Hemos de hablar.

LISETA

Conseguiréis por fin adormecer el argos de mi decoro.

ABATE

(Á Manón.) Hermosa Manón, hasta muy pronto.

ESCENA III

MANÓN y LISETA

MANÓN

Liseta: ¿hay algo que corregir en mi tocado? ¿Cómo van los *paniers?* ¿Se distingue bien *el asesino?* ¿Qué me falta para parecer una dama de buen tono?

LISETA

Nada, señora. Tenéis dinero, que es lo único que establece diferencia hoy día entre las gentes.

MANÓN

¿Dinero? ¡Si supieras que no le tengo apego alguno!

LISETA

Eso no impide que no podáis vivir tranquila en cuanto teméis que os pueda faltar.

MANÓN

No, no; en verdad te digo que desprecio el dinero y que por mi gusto nada haría por procurármelo si la gente fuera capaz de divertirme

gratuitamente. Pero, lo confieso, sin diversiones, sin pasatiempos, sin galas, no sabría vivir. Y cuando me faltan no sé dominar mi disgusto.

LISETA

¿De modo que el pobre caballero...?

MANÓN

No me le nombres. Le amo. ¡Si supieras cómo le amo!

LISETA

¡Lástima que no pueda ofreceros sino constancia y fidelidad! ¿Qué haréis en estas circunstancias?

MANÓN

¡Pobrecillo! Aun no lo sé. Pero confío en que mi amor triunfará como siempre.

LISETA

¿Pero esta noche, cuando reciba vuestro aviso...?

MANÓN

No temas. Para enviarle la noticia de mi traslado á esta casa tan hermosa escogí una mensajera tan linda y tan aleccionada, que sin duda habrá sido muy bien acogida por el caballero.

LISETA

Y lo decís con esa calma. ¿No sentís celos?

MANÓN

¡Celos! ¿Por qué? La verdadera fidelidad, la que yo exijo y la que yo guardo, es la fidelidad del corazón; lo demás nada significa.

LISETA

Ahora sí que os digo, señora, que habéis aprovechado mis lecciones y que estoy orgullosa en serviros. *(Voces y ruido de espadas dentro.)*

ESCENA IV

DICHAS y LESCAUT

MANÓN

¿Qué ruido es ése?

LISETA

Son militares, señora. Riñen.

UNA VOZ

(Dentro.) Guardaos bien, señor Lescaut. Ahora escapáis, pero juro que he de mataros como á un perro.

LESCAUT

(Dentro.) Abrid, abrid pronto con mil diablos.

MANÓN

Es mi hermano. Abre pronto, Liseta.

LISETA

Señor Lescaut.

MANÓN

¿Qué ha sucedido?

LESCAUT

Mil pestes de mil diablos. ¿Así se atropella en pleno París á un caballero? ¡Hatajo de bribones! ¡Y pensar que á uno se lo deben todo! ¡Que sin mis afanes ninguno sería lo que es hoy! ¡Hay para renegar del mundo!

LISETA

Ya se alejan. No... se paran. Hablan entre sí. ¡Dios mío, se han apostado en la esquina y de allí no se mueven! Sin duda esperan á que salgáis. ¡Estáis perdido, señor Lescaut!

LESCAUT

¡Lo veremos! Saldré por la otra calle, y mañana, gracias al dinero del señor marqués, seremos ricos, podré pagar mis deudas y no habrá ningún peligro.

MANÓN

¿Son deudas de juego?

LESCAUT

Una miseria. Porque perdieron cien escudos en una hora, quieren que yo les preste y si no batirse conmigo... ¡Batirse! ¡Entre compañeros!

MANÓN

Es preciso pagar, pagar sin pérdida de tiempo.

LESCAUT

¿Y con qué? La suerte nos ha vuelto las espaldas. Sólo queda el marqués.

MANÓN

¡El marqués! Siempre has de malograr las mejores proporciones. ¡Qué sé yo! ¡Son tan pocos los recursos que se nos ofrecen á las mujeres!

LESCAUT

Sí, uno sólo. Aprovecharse de la tontería de los hombres. ¿Quién duda que la Providencia ha dispuesto el mundo sabiamente? La mayoría de los grandes y de los ricos son tontos. Cualquiera que conozca un poco el mundo habrá de confesarlo. Y ése es un rasgo de justicia admirable, porque si á la riqueza unieran el talento, lo tendrían todo; ¿y qué sería del resto de los infelices mortales? Las cualidades del cuerpo y del ingenio nos han sido concedidas para defendernos de la pobreza. Unos participan de la riqueza de los grandes sirviendo sus placeres, otros engañándoles, otros instruyéndoles. Sea como sea, el caso es obtener el mismo resultado : vivir á costa suya, porque los pobres no tenemos otro origen de rentas que la tontería de los ricos.

LISETA

¡Qué talento de hombre!

MANÓN

Tienes razón. Cierto que el amor es más poderoso que todas las riquezas y vale más que todos los tesoros, pero por desgracia no se puede vivir sin ellos, porque nada es tan desagradable para un amante delicado como verse reducido á la

grosería y á la vulgaridad de una situación miserable. *(Llaman á la puerta.)*

LESCAUT

Será el marqués.

LISETA

No; es el caballero.

MANÓN

¡El caballero! Me engañé. Me quiere más de lo que yo imaginaba.

LESCAUT

¡Qué contrariedad!

LISETA

¿Qué hago?

MANÓN

Abre y déjale entrar sin demostrar asombro. *(Á Lescaut.)* Tú escóndete, y, atento á lo que hablemos, aparece en el momento oportuno.

LESCAUT

Temo que llevada de tu afición al caballero cometas alguna tontería.

MANÓN

Te engañas.

LESCAUT

Así sea, y no olvides nuestros proyectos.

MANÓN

Descuida. *(Vanse Liseta y Lescaut.)*

ESCENA V

MANÓN y DE GRIEUX

MANÓN

¡Ah! ¿eres tú, amor mío? ¡Quién te hubiera esperado á estas horas y en esta casa!

GRIEUX

Manón, no me esperabas; es cierto.

MANÓN

Sin duda.

GRIEUX

Cruel, infame, traidora. ¿Y de qué puedo quejarme? ¿No lo sabía? ¿No lo sé? ¡Siempre traiciones! ¡Siempre! Pero ésta será la última, porque con ella te pierdo para siempre.

MANÓN

¿Qué dices? ¡Qué locura! ¿Para siempre? ¿Por qué?

GRIEUX

¿Lo preguntas? Tienes razón. ¿Por qué? ¡Si no es ahora mayor tu traición y mi desventura que otras veces! ¡Si te conocía! ¡Si debí prever lo que sucede! ¡Si lo esperaba! El recurso de enviarme una preciosa muchacha para darme aviso de tu ausencia demuestra la idea que tienes de mi cariño.

MANÓN

Sí, sí, en efecto. Debo ser muy culpable, pero que el Cielo me castigue, aunque ya es bastante castigo tu enojo, si tuve propósito de ofenderte.

GRIEUX

Es verdad; nada crees que puede ofenderme. Tantas bajezas, tantas infamias he cometido por mi cariño, que apenas concibes que una más pueda sublevar en mi corazón todavía, no mi dignidad de caballero ni mi voluntad de hombre, pero siquiera mi cariño hacia ti, lo único que me queda en el mundo, lo único por que puedo conocerme, porque ya nada soy, si no soy tuyo. Pero no me arrastrarás á más infamias, huiré de ti para siempre, y el Cielo me confunda si vuelvo á tu presencia. ¡Quédate, quédate con tu nuevo amante! ¡Goza con su amor! Aborréceme. ¡Destroza mi corazón, como destrozaste mi honra, mi vida entera! Nada me importa. ¡Para siempre maldita seas! ¡Maldito yo! ¡Maldito mi amor!

MANÓN

Tú lo quieres, huye de mí. Vuelve á tu familia. Déjame sola. Puesto que no sabemos más que atormentarnos, nuestra separación será lo único razonable de nuestra vida.

GRIEUX

¡Y hablas así! ¡Separarnos! Bien sabes que nos une un amor fatal que me hizo olvidar todos los deberes, todos los afectos. Recuerda lo que he sufrido por ti, á lo que he llegado.

MANÓN

Sí; tu fuga de San Sulpicio, tu porvenir.

GRIEUX

No, no; más aún: mi envilecimiento, tu prisión, nuestra fuga. La muerte de un hombre. No es sólo el sacrificio; es la deshonra, es el crimen. ¡Y hablas de separarnos!

MANÓN

Yo nunca. ¡Si te adoro con toda mi alma!

GRIEUX

Si me quisieras, no habrías seguido los consejos que te han traído aquí. Tú no sabes el tormento de mis celos desesperados. Tú no sabes como te quiero.

MANÓN

¡Amor mío!

ESCENA VI

DICHOS y LESCAUT

LESCAUT

(Aparte.) Creo que es el momento más oportuno para presentarme. *(Alto.)* ¡Caballero!

GRIEUX

¡Infame! ¿Vienes á complacerte en tu obra? ¿Á proponerme alguna nueva villanía? ¿Á recordarme las lecciones para hacer fullerías en el juego?

LESCAUT

¡Fullerías! ¡Fullerías! ¡Qué modo tan grosero de calificar los hábiles recursos admitidos para corregir la estúpida ceguedad de la fortuna!

GRIEUX

¡Vuestras lecciones! ¡Qué poco tardé en aprovecharlas! ¡Con qué habilidad aprendí á escamotear una carta valiéndome de los vuelos de encajes de mis mangas! ¡Nadie desconfiaba de mí! ¡Nadie podía pensar que el amor, tan noble sentimiento, me arrastraba á tan indigna villanía!

LESCAUT

Siempre esa viveza juvenil. Aguardáis para insultarme el preciso momento en que pensaba más seriamente que nunca en conseguir vuestra felicidad de un modo estable. ¿No es cierto, Manón?

MANÓN

Sí, pero calla.

GRIEUX

Decid, decid. ¿Qué nuevo embrollo habéis discurrido?

LESCAUT

Si no me oís en calma. Sabed que el marqués de Saint-Leger, par de Francia, chambelán, gran cordón de San Luis...

GRIEUX

Basta, basta; sí... se ha enamorado de Manón y le ofrece esta casa, diamantes, carrozas, dinero...

¿No es eso? ¿Y tú lo aceptas? ¿Lo aceptaste ya? ¡Y también su amor á cambio del mío!

MANÓN

Eso, no... Tu amor nunca.

LESCAUT

Al contrario. Ya veis qué magnífica mansión para vuestros amores. Qué jardín encantado éste. Qué magníficas estancias dentro. Ya veréis, ya veréis. Podéis vivir aquí tan felices...

GRIEUX

¡Aquí!

LESCAUT

El marqués se muestra tan apasionado, que cualquier deseo de Manón es una orden para él.

MANÓN

¡Pobre señor! Todo se lo cree. Le dije que además de Lescaut tenía yo otro hermano más joven, de quien nunca me había separado, porque era el mayor cariño de mi vida; tanto, que sin él no podría hallarme gustosa en parte alguna.

LESCAUT

El buen marqués se conmovió profundamente al oirlo. Hasta se le saltaron las lágrimas. ¡Gran corazón!

MANÓN

Y entonces me prometió admitirte en su compañía, pagar tus estudios, señalarte una pensión

de cuatrocientas libras mensuales, que hacen al año...

GRIEUX

Manón, Manón, ¡y tú creíste! ¡Tan bajo he caído para que os atreváis á proponerme semejante infamia!

LESCAUT

Basta, basta. Sólo se trata de que representéis por esta noche el papel que os hemos indicado. El marqués quedó en regalar á Manón un magnífico collar de perlas y en ofrecerle por anticipado la mitad de su pensión anual. Es necesario que nos ayudéis á engañarle, y esta misma noche...

GRIEUX

Esta misma noche.

MANÓN

Sí, te lo aseguro; huiremos muy lejos de aquí. Los dos solos, solos con nuestro amor.

LESCAUT

Silencio; el marqués llega con sus músicos y sus criados. Recíbele tú, por lo pronto, Manón, y prepara la presentación de nuestro hermano. Yo concluiré de instruir á nuestro caballero entretanto.

GRIEUX

¡Manón!

LESCAUT

Vamos. ¿Qué teméis? Desde allí observaréis

cuanto aquí ocurra. ¡Mala peste en el amor y en los enamorados! *(Vanse de Grieux y Lescaut.)*

ESCENA VII

MANÓN y el MARQUÉS

MANÓN

Monseñor.

MARQUÉS

Hermosa Manón, perdonad si, ladrón de mí mismo, robé con mi tardanza un breve instante á mi felicidad.

MANÓN

Según dicen, la mayor felicidad es la que se espera y no la que se logra.

MARQUÉS

No hay esperanza que valga, la realidad; si esa realidad es vuestra presencia, hermosa mía. ¿Qué os parece de esta mansión indigna de poseeros?

MANÓN

Un encanto, señor.

MARQUÉS

No, no está mal. Ese diablo de abate sabe hacer las cosas. ¿En qué consistirá, bella Manón, que las personas que mejor nos sirven son precisamente las que mejor nos engañan?

MANÓN

¿Quién puede engañar á un caballero como vos, todo nobleza y entendimiento? ¿Y para qué engañaros, si vuestra generosidad se anticipa á todo?

MARQUÉS

Encantadora criatura, ¡que la inocencia sea siempre en tu corazón como ahora. ¡Hola, traed acá eso! *(Criado ofreciendo á Manón un collar de perlas.)* ¿Qué os parece?

MANÓN

Señor, me honráis demasiado.

MARQUÉS

Merecéis esto y mucho más. ¿Aceptaréis un ligero refresco? Perdonad que por esta noche os sirvan mis criados, pero vuestra instalación tan precipitada no permitió que hasta mañana estuviera completo vuestro servicio.

MANÓN

¡Qué delicadeza en todas vuestras acciones! ¡Cómo sabéis ganar el corazón! Habéis debido inspirar muchas pasiones.

MARQUÉS

¿Os han dicho...? Se exagera mucho.

MANÓN

No, no; duelos, raptos, suicidios. De todo se os atribuye la causa. La verdad, no me sorprende.

¡Tenéis una manera tan dulce de encadenar á vuestras esclavas!

MARQUÉS

¡Adorable ingenuidad! ¿Mis brazos serán también capaces de encadenarte?

MANÓN

Señor...

ESCENA VIII

DICHOS, DE GRIEUX y LESCAUT

GRIEUX

No puedo más. Manón se propasa en sus bromas con el vejete.

LESCAUT

Todo lo echará á perder este loco.

GRIEUX

Manón, Manón...

MANÓN

¡Ah! Permitid que os presente á mi hermano el menor; de quien os hablé tanto, en el que cifro todas mis esperanzas y todo mi cariño. Es un poco desconfiado y tímido. Su vocación religiosa, la falta de trato con personas de calidad...; espero que á vuestro lado y con vuestro ejemplo perderá esa cortedad que tanto le perjudica.

LESCAUT

Sí, caballerito. Observad siempre al señor marqués; que él sea en todo vuestro espejo. Observándole siempre, aprenderéis el modo de no ser ridículo nunca.

MARQUÉS

¡Pobre joven! ¡Si parece muy corto! Pero más vale así. Demasiado pronto se hará cargo de las ventajas de su gentil figura. Y es menester que andéis con cuidado en París, donde todos son perniciosos ejemplos, donde los jóvenes como vos se dejan arrastrar con terrible frecuencia á los placeres y al desorden, ruina del cuerpo y perdición del alma. Huid de las mujeres sobre todo; nunca os lo aconsejaré bastante.

MANÓN

Perded cuidado. Yo me encargaré de que eso no suceda. Pero no será necesario. El infeliz es tan bueno, que sólo piensa en sus estudios y en entrar pronto en el Seminario.

MARQUÉS

¡Cómo se os parece! ¿No es verdad que es el vivo retrato de Manón? No podríais negar que sois hermanos.

GRIEUX

¡Nuestros corazones están tan unidos! ¡Nos queremos tanto!

MARQUÉS

Es muy simpático el muchacho. Lástima que no le acompañe algo más la experiencia del mundo.

GRIEUX

¿Del mundo, monseñor? No lo conozco mucho, es verdad; pero por lo que de él he vislumbrado, creo, y no sin razón, que abunda en gente mucho más tonta que yo.

MARQUÉS

No está mal la respuesta para un provinciano. *(Á Manón.)* Vuestra mano. Es uno de mis principios: observar delante de los criados toda clase de ceremonias, aun en los actos menos solemnes de la vida. Es el único medio de que nos guarden respeto.

MANÓN

La solemnidad añade siempre un picante atractivo á cualquier situación.

LISETA

(Sirviendo un plato.) Pastel de venado fiambre. *(Manón y de Grieux ríen.)*

LESCAUT

(Aparte.) ¡Habrá locos! *(Alto.)* Perdonadlos, señor marqués. Son unos chiquillos. La juventud, la alegría que les causan vuestros favores, vuestra presencia...

MARQUÉS

¡Oh! Si no me ofendo. Al contrario, me alegra su alegría. Nunca falta á mi lado, yo os lo asegu-

ro. Es un hecho innegable que donde yo estoy, ha de reirse la gente. También á mí ese plato me ha recordado una graciosa historia. Al principio de los amores del rey *(Todos se levantan)* con la marquesa de Pompadour, entonces madame d'Estiolles, le seguía en sus cacerías, vestida de amazona y procurando por todos los medios fijar la atención de Su Majestad. La primera vez que Luis XV se dignó distinguirla, envió al marido la cabeza de un soberbio venado muerto por su real mano, y el marqués ordenó que fuera disecada inmediatamente, y la colocó en el sitio de honor de su salón con un letrero debajo que decía: «Recuerdo de Su Majestad el rey cristianísimo de Francia á monsieur d'Estiolles».

MANÓN

¡Oh! Es muy gracioso.

GRIEUX

Muy gracioso.

MARQUÉS

No me lo han contado. Yo lo he visto.

GRIEUX

¿Y no creéis que hay muchos señores como M. d'Estiolles capaces de ponerse en ridículo? Yo sé de alguno...

MARQUÉS

Decid, decid; me divierten mucho esas historias.

LESCAUT

(Bajo á de Grieux.) Sois un indiscreto y bebéis demasiado.

MARQUÉS

Decid, decid; esa historia os la habrá contado alguna devota. Ahora yo también guardo mi sorpresa. Veréis, veréis. Tirad de esta parte; más fuerte; así. *(Tirando del centro de la mesa y aparece lleno de monedas de oro.)*

MANÓN

¡Oro!

MARQUÉS

Para vos, en recuerdo de esta noche y de esta fiesta.

LESCAUT

Sois generoso.

MARQUÉS

Cumplo lo prometido.

MANÓN

Señor marqués, no debo aceptar.

MARQUÉS

¿Por qué no, niña mía?

ABATE

Los músicos esperan vuestras órdenes.

MARQUÉS

Disimulemos, Manón, por vuestros hermanos. Comprendo que he conseguido conmoveros y

que empezáis á amarme, pero, os lo ruego, disimulad ahora.

MANÓN

¡Si supierais qué trabajo me cuesta!

MARQUÉS

(Es una perla, una verdadera perla.) ¿Por qué no bailáis un minué con vuestro hermano?

MANÓN

Graciosa idea.

LESCAUT

Liseta y el abate pueden acompañarles. Vamos, ¿qué tardais? Un minué á lo cortesano. *(Música y baile.)*

GRIEUX

(Mientras bailan.) Te adoro.

MANÓN

Calla. Todo está preparado.

ABATE

(Á Liseta.) No pienso más que en ti desde que te conozco.

LISETA

Y yo en vos. No sé por qué, pero es lo cierto.

MANÓN

(Á de Grieux.) No olvides tu papel.

ABATE

(Á Liseta.) El hermanito de tu señora parece muy despierto.

LISETA

¿Lo habéis notado?

ABATE

¡Si fueses franca conmigo!...

LISETA

¡Si pudiera una fiar en los hombres!

MARQUÉS

No, no es así; no es eso. Manón baila á la perfección, pero el joven descuida los detalles. Muy poco ceremonioso. Bien se advierte que no son los salones su campo de batalla. ¡Diantre con la educación eclesiástica! Ahora veréis; observad, así... un paseo... saludo... otro... besáis la mano... así, así.

LESCAUT

(Bajo á Liseta.) Cuando se retiren los músicos te puedes retirar también, Liseta. Yo saldré por la puerta excusada á la otra calle, donde harás acercar una carroza, y aunque oigas gritos, no te alarmes; se trata de una broma.

LISETA

Está bien. (Algo traman. ¡Si esta vez pudiese yo sacar partido de sus enredos!)

ABATE

(Á de Grieux.) Vuestra hermana es admirable.

GRIEUX

¿Es vuestra opinión?

ABATE

Y también la vuestra. ¿No es así?

GRIEUX

¿Qué queréis decirme?

ABATE

Que no creo que vuestra inocencia sea tanta como dicen, que no es ésta la primera vez que os veo, y que no es tan fácil engañarme como al señor marqués. Sois atrevido.

GRIEUX

Y vos impertinente.

ABATE

(Ya nos veremos.)

MARQUÉS

(Al abate.) Retiraos y despedid á los músicos y á los criados. ¡Diablo de tos!

MANÓN

Os habéis fatigado.

MARQUÉS

No, no...

GRIEUX

(Á Manón.) ¡Cómo alejarle!

MANÓN

(Aparte á de Grieux.) Ahora verás. *(Al Marqués.)* ¿Qué os sucede, señor?

MARQUÉS

Á mí, nada; no os alarméis. ¿Y á vos? ¡Estáis muy pálida! ¡Vaciláis! Vuestras manos están yertas. ¡Manón!

MANÓN

No sé... el *champagne*... el baile... parece que todo da vueltas... ¡Ah! *(Cae desmayada.)*

MARQUÉS

Se ha desmayado. ¡Manón! ¡Manón!

GRIEUX

¡Dios mío! Manón, vuelve en ti.

MARQUÉS

Aquí, un frasco de sales. Si estuviera el abate .. Él está muy acostumbrado á estas cosas.

LISETA

No hay nadie, monseñor. Todos se han retirado.

GRIEUX

Ya vuelve.

MARQUÉS

Pobrecilla. ¿Cómo os encontráis?

MANÓN

Muy mal. Creo morirme.

MARQUÉS

No temáis. Por fortuna, esta noche me tendréis á vuestro lado.

MANÓN

No; esta noche, por favor, os lo suplico, no debéis permanecer aquí.

MARQUÉS

Lo malo es que despedí mi carroza, y á estas horas... ¿No sería mejor que...?

MANÓN

Como gustéis; soy vuestra esclava... pero... ¡Ay! *(Vuelve á desmayarse.)*

GRIEUX

Manón se muere; su pulso no late.

LISETA

¡Señora! ¡Señora!

LESCAUT

Es necesario avisar á un médico. ¿Y á cuál? Nosotros no conocemos; vos sin duda...

MARQUÉS

Sí... sí... Un médico...; pero á estas horas...

LESCAUT

Ante todo, debéis retiraros. Manón está muy emocionada. No dudéis de su cariño. Pero no se pierde en un día toda una vida de virtud.

MARQUÉS

Sí, sí, comprendo. ¡Qué contrariedad! ¡Yo sin abrigo! ¡En cuerpo! ¡Á estas horas!

LESCAUT

No os apuréis; os prestaré mi capote, y no habréis andado cien pasos cuando encontréis alguna silla de manos.

MANÓN

Sí, alejaos por esta noche; os lo suplico.

MARQUÉS

Mañana enviaré á saber de vuestra salud.

MANÓN

Gracias, marqués. No sé por qué mi corazón me anuncia que no volveré á veros.

MARQUÉS

¡Loca aprensión! Creed que sólo consiento en dejaros porque veo que quedáis entre personas que os quieren.

MANÓN

Sí, mi pobre hermano; ved cómo me contempla...

MARQUÉS

Retiraos á descansar. Acompañadla.

MANÓN

No se separará de mí. Liseta, alumbra al señor marqués hasta la calle.

MARQUÉS

Buenas noches, señores. Manón...

LESCAUT

(Á Liseta.) Dejadnos. Yo le acompañaré... Disculpadla, señor; es tan inocente, tan tímida...

MARQUÉS

Es encantadora, encantadora. Acabará por volverme loco. Hasta mañana. Adiós, Manón. *(Salen por un lado el Marqués y Lescaut, y por otro Manón y de Grieux.)*

ESCENA IX

LISETA.

¡Pobre señor! Bien representada á fe mía. Y ahora, mientras el marqués toma el fresco por esas calles... Manón y el caballero... ¡Qué ruido! ¿Serán los que perseguían al señor Lescaut? Habrán confundido al pobre marqués... Sí..., el capote del señor Lescaut... No hay duda... Todo ha sido intencionado, y pretenden burlar al marqués como á tantos otros... Y esta vez no han contado conmigo. No merezco ya su confianza... ¡Bien está! Ganaré en cambio la del marqués, y... ¿quién sabe? La fortuna no llama á nuestra puerta más que una vez en la vida; la cuestión es acertar cuando llama. ¿No dije? Ellos son... Y en traje de marcha. No me engañé. *(Se oculta.)*

ESCENA X

MANÓN y DE GRIEUX

MANÓN

¡Silencio! Liseta habrá salido á buscar la carroza. Mi hermano volverá pronto. Guarda el dinero, las joyas.

GRIEUX

¡Manón, Manón!

MANÓN

No es ahora ocasión de reproches. Además, ningún mal hacemos; son regalos ofrecidos de buena voluntad. Dispongo de lo mío. ¿Eh? ¿Qué es eso?

GRIEUX

Ruido de espadas... Una pendencia. Tu hermano tal vez.

ESCENA XI

DICHOS y LESCAUT

MANÓN

¿Qué ocurre?

LESCAUT

Nada. ¡Lance más chistoso! ¿No queríais veros libres del marqués? Sin duda los pícaros que me aguardaban apostados en esa esquina le han confundido conmigo y... ¡Silencio!

GRIEUX

Sois un miserable. Si á ese caballero le ocurre algo por culpa vuestra...

LESCAUT

Siempre lo mismo. Le compadecéis y le robáis al mismo tiempo... No os comprendo.

GRIEUX

Sí, tenéis razón... Basta; huyamos.

MANÓN

(Á Lescaut.) Ve tu delante. Nosotros te seguimos. No te separes de mí. Te quiero, te quiero mucho.

GRIEUX

¡Manón!

MANÓN

Tengo miedo.

GRIEUX

Vamos.

LESCAUT

Deteneos. La puerta del jardín está cerrada por fuera.

GRIEUX

¡Vendidos!

MANÓN

No; alguna distracción. Liseta es fiel.

LESCAUT

No hay mujer que lo sea. Pero es igual. Saldremos por la puerta principal. Voy á ver. *(Sale.)*

MANÓN

¡Gente!

GRIEUX

Estamos perdidos.

MANÓN

Tengo miedo..., tengo miedo.

GRIEUX

No, tú no; nada temas á mi lado, suceda lo que suceda. Es por tus locuras, cierto, pero son tuyas, son mías; es nuestro amor... No tiembles, no temas.

ESCENA XII

DICHOS, el MARQUÉS y GUARDIAS

MANÓN

¡Ah!

MARQUÉS

¡Muy bien, muy bien los hermanitos! ¿Es éste el respeto que os merece el nombre de vuestro padre, señor caballero de Grieux?

GRIEUX

¿Sabéis mi nombre?

MARQUÉS

Cuidado no se escape el no menos digno señor Lescaut.

GUARDIA

No escapará.

MARQUÉS

Y en cuanto á vos, damisela, os felicito por la farsa representada.

GRIEUX

Un momento, os lo suplico. Por muy severo que seáis, señor marqués, nunca juzgaréis mi conducta con la severidad que yo mismo la juzgo; pero si pensáis que mi afrenta no es bastante castigo todavía, disponed de mí á vuestro antojo, pero sólo de mí.

MARQUÉS

Cumplid mis órdenes; el uno al Châtelet, la otra á San Lázaro.

MANÓN

¡Ah, defiéndeme!... ¡Tened piedad!

GRIEUX

¡Atrás, miserables! No intentéis separarnos. No busquéis venganza indigna de un caballero en una mujer. Ved qué no haré por ella, que es mi vida, mi juventud... toda mi alma. Si por ella era capaz de huir como un ladrón cobarde, ¡no he de matar por ella, frente á frente, como un caballero que defiende y ampara á una mujer!

MARQUÉS

¡Basta de insolencias! *(Vuelve Lescaut huyendo.)*

LESCAUT

(Dentro.) ¡Ah, miserables! Aun me esperabais. Os acordaréis de mí.

VOZ

(Dentro.) Disparad sobre él. *(Dentro.)* Para que esta noche vayas á cenar con el diablo. *(Suena un tiro. Entra Lescaut tambaleándose.)*

MANÓN

¡Oh!

LESCAUT

Á traición. Bien está. El mundo era pequeño para mí... Gracias, muchacho. *(Cae.)*

MANÓN

¡Muerto! ¡Muerto! ¡Qué horror! ¡Cuánta sangre!

GRIEUX

Es la fatalidad de nuestro amor. ¿Es un crimen amarse tanto en la tierra?... No nos persigas más, muerte implacable; ven á nosotros, y que puedan amarse libres nuestras almas. *(Telón.)*

CUADRO CUARTO

Un locutorio en el Châtelet.

ESCENA PRIMERA

El CONDE DE GRIEUX y el SUPERIOR

CONDE

Decís que mi desgraciado hijo...

SUPERIOR

No temáis por él; se halla perfectamente alojado y atendido. El pobre caballero es tan sumiso, tan bondadoso, que aquí no podemos explicarnos los delitos de que se le acusa. Dos cosas me asombran en él: una, cómo poseyendo tan excelentes cualidades, ha podido entregarse á los excesos y al libertinaje; otra, la docilidad con que escucha mis consejos y mis instrucciones, después de haber vivido tanto tiempo en el mayor desenfreno.

CONDE

¿Y creéis...?

SUPERIOR

Que si fuera efecto del arrepentimiento, es sin duda un señalado favor de la misericordia del

cielo, y si es efecto de su bondad natural, tan excelente fondo de carácter me hace confiar en su vuelta á la vida honrada y honesta, cual cumple á un caballero de su clase.

CONDE

Y decidme: ¿pregunta por mí? ¿No ha deseado la presencia en esta casa de alguno de sus antiguos amigos?

SUPERIOR

Ignora vuestra llegada y tiembla ante la idea de comparecer á vuestra presencia. Sólo ha manifestado deseos de ver á su amigo Fabricio, pero por desgracia no se hallaba en París. Pasa los días entregado á la lectura; de continuo me pide libros.

CONDE

De amor, de entretenimiento seguramente.

SUPERIOR

Al contrario; graves y morales autores que comenta y anota con admirable acierto.

CONDE

¿Y su corazón? El recuerdo de esa fatal criatura causa de todos sus errores.... ¿Nada os ha dicho?

SUPERIOR

En los primeros días, la separación de su amada y la incertidumbre de su suerte era su constante preocupación. Me refirió toda la historia de sus amores, y confieso que me conmovió profundamente. Después cesó de hablar de ella, y

desde hace algún tiempo ni siquiera pronuncia su nombre. Seguramente la reflexión le habrá hecho comprender la locura de ese afecto y hasta es seguro que hoy abomina de él.

CONDE

Entonces, nada sabe de la suerte reservada á esa mujer.

SUPERIOR

Nada sabe, ni creo, á juzgar por su tranquilidad, que le preocupe otra cosa que su arrepentimiento y vuestro perdón.

CONDE

¡Dios quiera escucharos! Hasta hoy no había querido presentarme á mi hijo, ni quise anunciarle mi llegada á París. Hoy tengo concedida su libertad, espero recibir la orden dentro de poco; pero antes quise cerciorarme de su arrepentimiento, y las noticias que me dais no pueden ser más gratas. *(Entra un lego.)*

LEGO

Señor conde, un caballero pregunta por vos.

CONDE

Voy al punto. Padre, tened la bondad de llamar entretanto á mi pobre hijo; habladle al alma y preparadle para nuestra entrevista.

SUPERIOR

Hermano, haced llegar al caballero de Grieux, traed al locutorio su sombrero y su espada; el caballero debe dejar hoy esta casa. Si algo os

pregunta, como de costumbre, nada le respondáis. *(Sale el lego.)* Señor conde, os repito que su arrepentimiento es sincero. *(Sale el Conde.)*

ESCENA II

El SUPERIOR y el CABALLERO DE GRIEUX

GRIEUX

¿Me habéis hecho llamar, padre mío? ¿Tenéis alguna noticia que darme?

SUPERIOR

Sí, hijo mío. Acabo de hablar con una persona que se interesa por vos y á quien amáis sobre todo en el mundo.

GRIEUX

¡Sobre todo en el mundo!

SUPERIOR

Una persona de quien, no obstante vuestro secreto deseo, me habéis hablado muy pocas veces.

GRIEUX

¡Qué queréis!... ¡temía...!

SUPERIOR

¿Qué temíais? ¿Su desprecio, su enojo? Esa persona no ha dejado de pensar en vos desde vuestro cautiverio. Su deseo era obtener vuestra libertad, correr á vuestro lado...

GRIEUX

¿Por qué me habláis así? ¿Por qué me hacéis soñar con un imposible?

SUPERIOR

Y si esa persona hubiera conseguido su propósito, si estuviera muy cerca...

GRIEUX

¡Aquí! ¿Está aquí? ¿Decís verdad?... ¿Podré verla?...

SUPERIOR

Muy pronto... Llegad.

GRIEUX

No, no lo creo. No es posible... ¡Ma...! ¡Mi padre!...

ESCENA III

DICHOS y el CONDE

CONDE

(Al superior.) Dejadnos. *(Sale el superior.)* Sentaos; caballero, sentaos. Al escándalo de vuestra vida debo el haber descubierto vuestro paradero. Esa es la ventaja de un mérito como el vuestro, que no puede permanecer oculto mucho tiempo. Habéis elegido el camino más fácil de la celebridad, y no desconfio de veros dentro de poco expuesto á la admiración de todo el mundo sobre el tablado de la plaza de Grève. Nada respondéis.

Ved; con ese aspecto de humildad hipócrita, ¿no le juzgaría cualquiera el hombre más honrado del mundo?

GRIEUX

Perdonad, señor; no es humildad hipócrita la mia, es la actitud que corresponde á un hijo bien nacido que ama y que respeta á su padre y nada siente más que haberle ofendido. No me juzguéis como á un criminal sin corazón y sin conciencia; bien sabéis que el amor, sólo el amor, es la causa de todas mis culpas.

CONDE

¡El amor! Decid el vicio y el libertinaje. No hay amor que baste á disculpar tanto envilecimiento. Tu conducta con el marqués no es la de un amante celoso. Y cuando no vacilaste en deshonrar así mi nombre, mal puedes imaginar la vergüenza que me ha costado tener que implorar tu perdón de una persona á quien tanto ofendiste.

GRIEUX

¿Del marqués?...

CONDE

Por mi respeto, por mi nombre, ha consentido en concederlo, y gracias á él podrás salir libre de aquí; pero antes quiero yo, exijo, que tú mismo le pidas perdón y le agradezcas su bondad, que ha sabido excusar como ligereza juvenil tan grave falta. Sólo con esa condición podrás volver á mi lado ó continuar en París tus estudios...; como prefieras.

GRIEUX

Está bien. Os obedeceré en todo. No dudéis de mi cariño ni de mi respeto hacia vos.

CONDE

El marqués espera. Él mismo ha traído la orden de vuestra libertad.

GRIEUX

¿Espera aquí? Padre mío, no quisiera verle ahora..., todavía no... No exijáis de mí ese sacrificio.

CONDE

¿No sabes que sólo á su generosidad debes tu perdón?

GRIEUX

Esa generosidad...

CONDE

¿Dudas de ella? En su mano estaba decidir de tu suerte. Si su intención hubiera sido vengarse de ti, á estas horas estarías perdido para siempre.

GRIEUX

¿Tan grande es su poder? Entonces... Si, decís bien, la libertad cuanto antes. Avisad al marqués; estoy dispuesto á solicitar su perdón, á humillarme ante él si es preciso.

CONDE

¿Nada más tienes que decirme? ¿Nada más quieres saber?

GRIEUX

Sí, padre; desearía saber... No, no; nada quiero saber. Toda mi gratitud, todo mi cariño para vos, padre mío; pero llevadme de aquí, llevadme de aquí cuanto antes. *(Entra el Marqués.)*

ESCENA IV

DICHOS y el MARQUÉS

MARQUÉS

¡Ah, el caballero de Grieux! ¿Quién había de decir que volveríamos á hallarnos? Aunque esta vez en mejor compañía. Habéis perdido aquel aspecto de inocentón que tan bien os sentaba cuando nos conocimos.

GRIEUX

¡Señor marqués!

CONDE

Ya le habéis perdonado.

MARQUÉS

Os felicito por el cambio de familia. Aquélla no correspondía á un caballero como vos. Vuestra fué la culpa de cuanto ha ocurrido; si desde luego me hubierais revelado vuestro nombre en lugar de engañarme, mi casa y cuanto yo poseo hubiera quedado á vuestra disposición. Ya comprendo que no fué culpa vuestra; sois joven, inexperto; sino de los enredadores que os aconsejaban. Pero bien escarmentado estáis. En

cuanto á mí, sólo deseo que aceptéis el único favor que no podéis rechazar de mi mano, vuestra libertad.

GRIEUX

Agradezco la nobleza de vuestro proceder, y con toda mi alma quisiera corresponderos algún día.

MARQUÉS

Nada más fácil, caballero. Seguid siempre el camino de la virtud, ya que habéis visto adónde conduce el del vicio. Huid de peligrosas compañías, de amores livianos y mujeres impúdicas; imitad en todo...

GRIEUX

¿Á vos?

MARQUÉS

Á mí..., á vuestro padre... No pretendo mostrarme como un modelo de virtudes... ¡Ay!, la imperfección de la naturaleza humana nos impide muchas veces realizar los mejores propósitos; pero en medio de nuestros mayores extravíos, procuremos siquiera guardar el mayor decoro, el buen tono debido. ¡Ah! ¡si considerásemos lo que son los placeres, lo que es el amor, lo que es el pecado, lo que son las mujeres! ¡Ah, las mujeres! ¿Quién os ha traído á esta situación? Una mujer. Y estoy seguro de que todavía no la habéis olvidado, no obstante su vergonzosa acción, ya bien castigada.

GRIEUX

¿Castigada? Según eso... ¿Dónde está? ¿No está aquí, en el Châtelet como yo?

CONDE

(Bajo al Marqués.) Callad.

MARQUÉS

Ya lo veis. Hablando de ella, ya le tenéis confuso, pálido, tembloroso... No, caballero; no está en el Châtelet; yo no podía dejar impune burla tan horrenda, ni vuestro padre consentir en la libertad de quien ya por dos veces le arrebató su hijo. Esa desdichada mozuela aprende virtud en el hospital.

GRIEUX

¿En la cárcel?

MARQUÉS

Por ahora. Después... ¿No habéis oído hablar de nuestras colonias del Mississipí, y de las quejas de su gobernador por la falta de pobladores?

CONDE

No le digáis...

GRIEUX

Seguid, seguid.

MARQUÉS

Pues bien; el prefecto de Policía ha dispuesto el envío de esas desgraciadas que aquí sólo pueden ser ocasión de escándalos y de delitos, y allí pueden hallar un hogar, un esposo. Os aseguro que vuestra inocente Manón será allí muy dichosa.

GRIEUX

¡Manón! ¿Ha dicho que Manón?... ¡Miserable!

CONDE

¡Hijo! ¡Qué locura! Detente.

GRIEUX

¡Dejadme, dejadme! ¡Venganza tan baja en la más adorable criatura! ¡Y venís á ofrecerme la libertad y vuestro perdón como un alarde generoso! No; nada quiero de vos, miserable; sólo tu vida... y mil vidas que tuvieras para darte mil muertes, y sentir entre mis manos tu dolor y tu espanto en cada una de ellas.

MARQUÉS

¡Favor! ¡Socorro! ¡Ah de la guardia! ¡Pronto!

GRIEUX

(Al Conde.) Dejadme, os digo. Ese miserable es capaz de cumplir cuanto ha dicho.

CONDE

¡Loco! ¡Desdichado! ¿Dónde vas?

GRIEUX

Á salvar á Manón; ¿dónde queréis que vaya? Á salvarla ó á correr juntos la misma suerte.

CONDE

No lo conseguirás.

GRIEUX

Cuando nada pueda, podré á lo menos morir á su lado.

CONDE

Este era tu arrepentimiento, estas tus promesas...

GRIEUX

Mentira, mentira todo. Necesitaba mi libertad; fuí hipócrita. Para mí no existe en el mundo más que Manón; su amor, la única razón de mi vida.

CONDE

El marqués hará revocar la orden de tu libertad.

GRIEUX

Antes habré salido de París... Hay tiempo.

CONDE

Y si fuera yo quien impidiera tu fuga, si fuera yo el que te obligara á permanecer aquí...

GRIEUX

No, no es verdad. No queráis que me olvide de todo.

CONDE

¡Ingrato! ¿Quieres separarte de mí para siempre?

GRIEUX

No, padre; pero impedid ese horrible castigo que amenaza á Manón. Evitadlo, y tendréis en mí al hijo más obediente. Conseguid su libertad á cambio de la mía, si queréis. Castigadme á mí solo, pero á ella no, á ella no... Sed piadoso; recordad que soy vuestro hijo, que amasteis como

yo, porque de vuestro amor he nacido. Acordaos de mi madre, por quien lloráis todavía; pensad lo que hubierais sido capaz de hacer si alguien hubiera pretendido separarla de vuestro lado; la hubierais defendido hasta la muerte. ¿No es eso?

CONDE

Desdichado. ¿Cómo te atreves á recordar á tu madre frente á esa mujerzuela?

GRIEUX

¡Padre!

CONDE

Una sola palabra mía, y eres preso de nuevo.

GRIEUX

Tengo espada, y venderé cara mi libertad y mi vida. No, padre, no me detengáis; dejadme, dejadme si no queréis que me arranque la vida por mi mano aquí mismo.

CONDE

¡Ingrato! Vive, corre á tu perdición, y maldito sea ese amor, funesto para todos.

GRIEUX

Os juro que sólo volveré muerto. *(Sale.) (Entran el Marqués, el Superior y dos guardias.)*

SUPERIOR

El caballero de Grieux... ¿No está aquí? ¿Dónde está?

MARQUÉS

Seguidme. No le dejéis escapar.

SUPERIOR

(Bajo al Conde.) ¿Ha huído? ¿Verdad?

CONDE

Si; ¿qué queréis? Tanta es la fuerza de su amor, que no supe oponerme á ella. *(Vuelven los guardias.)*

GUARDIA

Huyó; ha huído.

MARQUÉS

¡Ah! ¡Y fuisteis vos quien le dejó escapar, señor conde de Grieux!

CONDE

Yo, si... su padre. Ponedme preso en su lugar.

SUPERIOR

¿Qué decís, señor conde? El señor marqués sabrá respetar vuestro dolor, y rogará con nosotros por la salvación de vuestro hijo. *(Telón.)*

FIN DEL CUADRO CUARTO

CUADRO QUINTO

La misma decoración del prólogo.

ESCENA PRIMERA

Al fondo, diversas personas alborotando. Después, MARGOT, la RUBIA y otras mozas.

VOCES

¡Fuera! ¡Fuera!

OTRAS

¡Que se asomen! ¡Que se asomen!

MUJER

¡Qué descaro de mujeres!

OTRA MUJER

¿Habéis visto, vecina? ¡Y aun tienen humor para pintarse!

UN HOMBRE

Éstas vienen de París.

UN VIEJO

Y la verdad es que algunas no son del todo feas.

UN HOMBRE

¿Habéis reparado en la gorda?

VOCES

¡Qué se asomen! ¡Qué se asomen!

UNA MUJER

Se las llevan á América.

OTRA MUJER

¡Lástima no se las llevaran á todas de una vez! Así viviríamos más tranquilas las mujeres honradas. ¡Pero son tantas, que no se acaban nunca! ¡Qué perdición! *(Margot, la Rubia y otras mujeres se asoman á las ventanas de la hostería.)*

VOCES

¡Fuera! ¡Fuera!

MARGOT

¡Indecentes!

UNA MUJER

¿No os da vergüenza de que os vean, sabiendo quien sois?

MARGOT

Pues si no estáis para vernos, ¿qué hacéis con esa cara de bobos?

OTRA

¿No habéis visto mujeres nunca?

RUBIA

¡Si todas las de este pueblo son como la muestra!

LAS MUJERES

¡Descaradas!

MARGOT

¡Pobrecitos hombres! Mira, mira aquel vejete cómo se le encandilan los ojos. ¡Eh, buen hombre, que te llama la muerte!

RUBIA

Corre, que te coge por una canilla. *(Risas, voces.)*

UNA VIEJA

(Á un joven.) ¿Qué haces aquí, bergante, mirando á esas desvergonzadas? Vamos á casa.

MARGOT

Adiós, amor mío; no hagas caso de tu abuela.

VIEJA

Deslenguada; ¡es mi marido!

MARGOT

¿Cuánto te cuesta?

MUJERES

Vamos á tirarles piedras.

MARGOT

(Y las otras mozas.) ¡Hipócritas, indecentes, provincianas! *(Sale la hostelera.)*

HOSTELERA

Cuidado; nada de tirar piedras, que es mi casa, señores, y yo no tengo nada que ver con lo que me trae á ella la justicia. Y vosotras, silencio y adentro, ó llamaré á la guardia. *(Risas y voces. Entra Fabricio.)*

FABRICIO

¿Qué gente tan alborotada es esa que albergáis hoy en vuestra casa?

HOSTELERA

¡Ay, señor Fabricio! No es gente, por fortuna, que pueda interesaros. Mozas alegres que vienen conducidas por unos guardias para ser embarcadas en El Havre con rumbo á América. Algunas son lindas y desvergonzadas, y ahí tenéis el motivo del alboroto. ¡Los hombres! ¡Ni aun viéndolas así escarmientan! ¡Empecatados!

FABRICIO

¡Infelices mujeres! ¿Y no habrá ninguna entre ellas capaz de arrepentimiento?

HOSTELERA

Alguna habrá; no todas son como las de allá arriba. ¡Cualquiera diría que las llevaban á una fiesta! Pero antes vi á una de ellas, ¡pobrecilla!, ¡me dió mucha pena! Parece muy enferma. Y yo juraría que su cara no me es desconocida. *(Ruido dentro.)*

FABRICIO

¿Qué ocurre?

HOSTELERA

Alguna pendencia. No os metáis en ella, que vos no sois hombre de armas tomar. Mejor haríamos en ver á esa infeliz y procurarla algún consuelo con vuestras palabras. Yo no puedo creer que sea como las otras. *(Á un guardia.)* Se-

ñor guardia, ¿podríamos ver á esa joven que está en la salita baja?

GUARDIA

¡Buena pieza! De milagro no se nos ha escapado. Dos veces han intentado robárnosla delante de nuestras narices. Por fortuna, ya estamos avisados. Lo peor es que con su carita y sus maneras de damisela engaña á la gente y á todos inspira compasión.

FABRICIO

¿De dónde viene?

GUARDIA

De San Lázaro, de donde la sacaron de orden del prefecto, y ya sabéis que en San Lázaro no se encierra á nadie por haber practicado la virtud con exceso. Es muy orgullosa. No hemos logrado sacarle una palabra del cuerpo en todo el viaje. Las otras, en cambio, son todas muy buenas muchachas, muy alegres y muy conformes con su suerte. Todo el tiempo han venido cantanto y bromeando. Pero ésta, ésta no hace caso más que de su amante, que la sigue como un perro dondequiera que vamos. *(La voz de de Grieux, dentro.)*

GRIEUX

¡Dejadme, dejadme; canalla, miserable!

FABRICIO

Esa voz, juraría...

HOSTELERA

Dejaos de ruidos... Venid, venid á ver á esa joven. *(Vanse la hostelera y Fabricio.)*

VOCES

¿Qué sucede? ¿Qué ocurre?

MARGOT

(Y las mozas.) ¡Fuego! ¡fuego! *(La gente corre.)* ¡Cobardes! ¡Gallinas! ¡Se han asustado!

RUBIA

Es el caballero bonito. *(Entran de Grieux y unos guardias.)*

GUARDIA

Ea, dejadnos en paz. ¡Cuando no se tiene dinero, no se importuna á la gente!

GRIEUX

¡Por favor! ¿Queréis que os suplique de rodillas?

GUARDIA

No hay favor. Dinero, busca dinero si quieres hablar con tu damisela. ¿No te da vergüenza seguir así á una mujer como ésa?

GRIEUX

¡Miserables! ¡Miserables!

MARGOT

¿Por qué no le dejáis hablar con ella, miserables?

RUBIA

¡Bien le dejabais cuando tenía dinero!

GUARDIA

Silencio vosotras.

GRIEUX

Un instante, uno solo, ¿qué os cuesta? Yo prometo pagar al llegar al Havre. Vuestro es cuanto poseo; tomad mi espada, mi traje. Llevadme atado, arrastras si queréis; pero dejadme hablarla, dejadme verla. Está enferma, acaso en peligro de muerte; dejadme, por piedad.

GUARDIA

No necesita de tus cuidados. Ya le acompaña un caballero que sabrá consolarla.

GRIEUX

¿Un hombre dices? ¿Y cómo habéis permitido? ¡Ah, canalla! *(Arremete contra ellos.)*

MARGOT

(Y las mozas.) ¡Mátalos, mátalos!

GUARDIA

Fuera de las ventanas pronto.

MARGOT

No queremos. ¡Á ellos! ¡Mátalos, mátalos!

GUARDIA

Sujetadle..., la espada..., asi... *(Á las mujeres, apuntando con una pistola.)* ¡Como no calléis! *(Todas dan un gran chillido.)*

TODAS

¡Ay, cierra, cierra!

GUARDIA

¡Bah, caballerete! Te hemos vencido. Y ahora nos las pagarás todas juntas

GUARDIA 2.º

Arrojadle al río.

GUARDIA 1.º

Ahora te presentaremos á tu amante á ver qué le pareces así.

GRIEUX

¿No habrá quien se compadezca de mí? ¿Ha de permitirse esta iniquidad? ¿No hallaré un amigo? ¡Un amigo!

FABRICIO

¡De Grieux!

GRIEUX

¡Ah! ¡Fabricio! ¡Fabricio! El Cielo te envía á la más desdichada criatura de la tierra.

FABRICIO

¡Pobre amigo mío! ¡En qué estado vuelvo á encontraros! *(Á los guardias.)* Y vosotros, ¿cómo os atrevéis á tratar así á una persona de calidad, bastante conocida para que paguéis cara vuestra insolencia? Y vos, que parecéis el jefe, dos palabras. *(Habla con el guardia.)*

MOZA DE LA HOSTERÍA

No me engaño, Dios santo; es el caballero de Grieux. El que una tarde se escapó con esa jovencita que descansa ahí al lado. Sí; yo protegí su fuga. ¡Pobrecillos, pobrecillos! ¡Qué de desdichas

habrán pasado! ¡Todavía recuerdo cómo se abrazaban por el camino! ¡Y ahora!... Si está visto; en este mundo no se puede querer con tranquilidad.

GUARDIA

Está bien; descuidad. Se hará lo que deseáis. Y gracias.

FABRICIO

Prevenid á esa joven. Y traedla aquí cuando yo me aleje. *(Salen los guardias y quedan solos Fabricio y de Grieux.)* Y nosotros, amigos del alma, hablemos. ¿Qué nuevas desdichas os han ocurrido desde que escapasteis de vuestra prisión? Contádmelo todo; bien sabéis que mi amistad por vos es infinita, y mi indulgencia para vuestros pecados tanta, que me parece también un pecado.

GRIEUX

¡Ah, Fabricio! ¡Fabricio, mi verdadero y único amigo! Creisteis al pensar en mí alguna vez que cuando volvierais á verme me hallaríais arrepentido, olvidado por completo de mi amor, ¿no es así? Os engañasteis. Mi amor es el mismo, mi vida es la misma. Perseguir la felicidad y hallar siempre á mi paso el dolor, la vergüenza y el crimen.

FABRICIO

¡Siempre esa mujer! Comprendéis que es ella la causa de todos vuestros infortunios, y no podéis dejar de amarla. Contradicción entre vuestro pensamiento y vuestra conducta, que no honra ciertamente á vuestra razón.

GRIEUX

Contradicción, no. ¡Realidad de la vida! ¡Miseria eterna suya! Vos mismo sois religioso, y ¿no buscáis la felicidad de vuestra salvación por caminos de penitencia y de penalidades, y halláis placer en ello, porque esperáis que pueda conduciros á un término dichoso? ¿Por qué juzgáis entonces contradictoria é insensata mi conducta, si mi vida y la vuestra y la vida entera del mundo se funden en un solo sentimiento, el amor divino, eterno, infinito?

FABRICIO

Vuestras palabras son impías. El amor de Manón es todo para vos, y por seguir á esa desventurada abandonáis vuestra casa, á vuestro padre, salís de París con la esperanza insensata de salvarla y de uniros á ella para siempre, cuando ya veis que es imposible.

GRIEUX

¡Imposible, imposible! Tenéis razón...; pero ese es mi destino. En París lo he intentado todo para obtener su libertad; la súplica, la astucia, la fuerza; todo ha sido inútil. Entonces decidí seguirla si fuera al fin del mundo... En el camino jugué mi última carta...

FABRICIO

Según oí, intentasteis un rapto. ¡Qué locura!

GRIEUX

Sí; cuatro hombres me habían prometido su auxilio mediante una suma considerable que

pude reunir en París, pidiendo prestado á mis amigos y jugando con ventaja sobre ese dinero... Pero los traidores me abandonaron, me encontré solo á merced de los arqueros; tuve que ofrecerles cuanto me quedaba para que me permitieran hablar con Manón. El deseo de lucro les hizo consentir al principio en lo que ellos creyeron un capricho de joven libertino; pero cuando se dieron cuenta de mi pasión y concluyeron con mi dinero, empezó mi martirio. Y ahora que me ven sin un escudo tienen la crueldad de rechazarme si pretendo acercarme á Manón, que está enferma, herida de muerte... y no me permiten atenderla, llorar con ella... Hace un instante quise acercarme á su lado, á pesar de las amenazas de los soldados, y uno de ellos me golpeó con su fusil...; me maltrataron sin piedad, ya lo visteis. Para poder continuar á pie mi camino, me vi obligado á vender un mal caballo que hasta aquí me había traído... Ya no tengo nada que darles. Ya no me será permitido verla de cerca...; pero aun de lejos la seguiré, la seguiré siempre á pie, arrastrando, destrozando mi cuerpo hasta dejar la última gota de sangre en el camino, hasta que la última mirada se apague en mis ojos... ¡Ved si puede ser más desdichado vuestro infeliz amigo!

FABRICIO

¿Y no os queda otra esperanza?

GRIEUX

Mi última esperanza está en vos, en vos sólo.

FABRICIO

Ya sabéis que nunca fuí avaro, y cuanto poseí fué siempre vuestro...; pero antes de emprender el viaje á América, que será vuestra extrema locura, reflexionad un instante; prescindid de que soy yo quien os aconseja, vuestro amigo leal. Yo nada os diré... Pensad vos solo; un instante de reflexión, nada más que un instante, que hable una vez vuestra conciencia, y una vez siquiera escuchadla.

GRIEUX

Nada quiero pensar. Adiós, proyectos gloriosos, vínculos de familia, respetos del mundo, cuanto me separe de mi amor, mi única vida. Y en cuanto á vos, amigo del alma, por quien habló siempre la voz de mi arrepentimiento y de mi conciencia, que fuisteis siempre justo, pero nunca implacable, abrazadme por última vez, y adiós para siempre en esta vida.

FABRICIO

Para siempre, no. Aun espero, aun confío. No digáis para siempre. Hasta la vista. Alguien llega á buscaros. Adiós, adiós, amigo mío. *(Sale Fabricio. Entra Manón.)*

GRIEUX

¡Manón! ¡Manón! ¿Qué sueño es éste? ¿Tú aquí á mi lado, cerca, entre mis brazos?

MANÓN

Yo, siempre yo. ¿Y Fabricio? ¿Por qué le dejaste partir? ¿No sabes que gracias á él los arque-

ros me dejaron venir á tu lado? ¿No sabes que la hostelera me dió dinero de su parte y además consiguió del jefe que nos permita seguir juntos todo el viaje?

GRIEUX

¡Fabricio! ¿Fabricio ha hecho eso?

MANÓN

¿No lo sabías? Corre á mostrarle nuestra gratitud. Mira: ¡dinero! ¡dinero! Con él podré comprar otro vestido, ropa limpia, algo delicado que no hiera mi cuerpo, mi pobre carne, que no se acostumbra á estas asperezas.

GRIEUX

Tu cuerpo hermoso, todo suavidad y delicadeza, que sólo nació para ser acariciado por sedas y encajes, y pieles y flores... y mis besos.

MANÓN

Vuelve á tu amigo. Debiste seguirle. Debiste volver con él. Desde aquí, donde empezó nuestra vida, nuestro sueño de amor. ¡Puedes creer que soñaste todo este tiempo, que todo fué mentira!

GRIEUX

Sí, aquí fué; ¿te acuerdas? En este mismo sitio te vi bajar del coche. ¡Cómo llorabas! Entre tus manos apretabas tu pobre hatillo, en que guardabas tus únicas galas, tus galas de niña.

MANÓN

Es verdad; mi vestido de seda, mis zapatos de raso, mi cofia de encajes, las primeras y las únicas

prendas de lujo que mis padres me habían permitido. No quise separarme de ellas; cuando pensaba que al llegar al convento la toca cubriría para siempre mi cabeza, y sólo de estameña se vestiría mi cuerpo, lloraba, lloraba... por toda mi juventud, por todos mis sueños. Cuando te vi, no podría explicarte lo que me sucedió: me pareció que me esperabas; que de antemano, desde mucho tiempo antes, habíamos convenido en encontrarnos; no fué sorpresa al verte, ni escuché tus palabras, porque era yo la que pensaba por ti lo que sin duda tú debías decirme, y era aquello sin duda lo que dijiste, porque te hallé tan verdadero, tan generoso.

GRIEUX

¿Cómo supimos burlar á todos?

MANÓN

¿Te acuerdas de mi preceptor?

GRIEUX

¿Te acuerdas cómo corríamos por aquel camino? Teníamos alas en los pies.

MANÓN

Y en el corazón.

GRIEUX

Todo nos sonreía. ¡Eran tan jóvenes nuestras almas!

MANÓN

La luna clareaba por entre los árboles y las sombras de las ramas parecían al moverse personas que nos perseguían. Tuve miedo.

GRIEUX

Y yo te estrechaba entre mis brazos, burlándome de tu miedo... y los dos reíamos locamente; nuestras risas despertaron á los pájaros que comenzaron á cantar, creyendo sin duda que amanecía.

MANÓN

¡Fuimos muy felices!

GRIEUX

Y lo seremos todavía... Los dos hemos perdido cuanto los hombres estiman, pero nos queda nuestro amor. Aquí, en América. ¿Qué importa? ¡Si estaremos unidos, si lo estaremos siempre!

MANÓN

No, no me seguirás. No podré perdonarme nunca por haber destruído tu vida, y cuando pienso en cuanto has sacrificado por mí, siento que mi vida y todo lo que ahora padezco no bastan á pagar las lágrimas y las tristezas que te he causado.

GRIEUX

¡Calla, calla, Manón! No pensemos en nada, no recordemos nada. Cuando muere el amor es cuando recuerda, y el mío existe con más fuerza que nunca y sólo vive de esperanzas... Seremos muy dichosos en América, lejos de cuanto se oponía á nuestra felicidad. Serás mi esposa, mi esposa al fin, por siempre. Y nuestro amor habrá triunfado de todo. El amor que en esta horrible miseria y abandono en que nos vemos, aun es bastante á

compensarnos de todo, aun es bastante á que podamos llamarnos felices.

MANÓN

Sí, es verdad. ¡Nuestro amor siempre! Lejos de aquí..., esposos... ¡Qué hermoso sueño! Pero tengo miedo... nuestra vida, nuestro pasado.

GRIEUX

Lo expiamos ya en nuestro dolor. La vida nos debe una compensación si no es un crimen amarse sobre la tierra. *(Entran las mozas, guardias y gente.)*

MOZAS

¡Manón! ¡Manón!

GUARDIA 1.º

Basta de charla. Es la hora. En marcha.

GUARDIA 2.º

En marcha.

MANÓN

Ya lo ves. Es la realidad que vuelve á despertarnos cuando más nos alejaban de ella nuestros sueños.

GUARDIA

¡Arriba, en marcha! Y vos, caballero, podéis seguirnos como os convenga.

GENTE

¡Fuera! ¡Fuera!

HOSTELERA

Ya se las llevan. ¡Buen viaje!

LAS MOZAS

¡Viva el amor!

MARGOT

Manón, ¡pobrecilla! Ven aquí. Estás helada. Te abrigaré con mi chal.

RUBIA

Bebe este vino que me han regalado.

MARGOT

Después de todo, ¿por qué lloras? Tú eres la más dichosa de todas. Aun tienes quien te quiera.

RUBIA

Y quien te siga. Caballero bonito, ¿verdad que no dejarás á tu Manón?

GRIEUX

Nunca.

MANÓN

Nunca... es verdad.

MARGOT

Así me gusta. ¡Hasta la muerte! ¡Viva el amor!

MOZAS

¡Viva el amor!

FIN DEL CUADRO QUINTO

EPÍLOGO

Una llanura sin fin. Amanece.

ESCENA ÚNICA

MANÓN y DE GRIEUX

GRIEUX

¡Manón!... Amanece... El sol no tardará en abrasarnos. Vamos... Mis fuerzas te ayudarán á atravesar esta tierra de maldición.

MANÓN

¿Por qué la maldices, si sólo en ella fuimos dichosos con nuestro amor? Bendita tierra, donde se quiere sin interés, sin inconstancia, sin celos... Todos vienen á buscar oro en ella... Nosotros hallamos un tesoro mayor... ¡Sí, es un desierto! Pero nadie nos persigue, nada nos separa, es todo nuestro... sin fin, como nuestro amor.

GRIEUX

¡Manón, Manón! No hables así... Tu voz parece que viene de muy lejos, tus miradas me dan miedo.

MANÓN

¿Por qué, amor mío, alma de mi alma?... ¿Nunca pensaste en que la muerte podía separarnos

algún día? ¡Éramos tan felices ahora!... Nuestra felicidad no podía durar.

GRIEUX

¿Qué mal hacía á nadie nuestro amor, que vivió siempre en lucha contra todo?

MANÓN

¡Y nos hubiéramos amado tanto si no hubiéramos tenido que luchar...! ¡No puedo más!... ¡Me muero!

GRIEUX

Morir, no... Es el cansancio... Vamos, un esfuerzo.

MANÓN

¡Morir, sí! Morir dulcemente... Dejaré el mundo como quien está triste y deja una fiesta en que todos ríen alegres y no quiere turbar su alegría... Calladamente, muy calladamente... No quisiera morir, nunca pensé en la muerte... ¡Me asustaba tanto! Apenas si pensé en ella alguna vez en la iglesia al ver una tumba... Pero estaba adornada con tantas luces y tantas flores y brocados de oro, que no me asustaba. Parecía alegre. Ahora sí, ahora me asusta... ¡Tengo miedo, tengo miedo!...

GRIEUX

¡Pobre Manón! Mi egoísmo y mi orgullo nos trajeron á este desierto en lugar de dejarte vivir en Nueva Orleáns tranquila, adorada, más feliz que en mi triste compañía.

MANÓN

¡Loco!... ¡Eres capaz de acusarte! No es culpa nuestra, no es culpa tuya...

GRIEUX

¡El engaño! Siempre el engaño es nuestra vida. Al presentarnos al gobernador como casados, al descubrir el amor de su sobrino por ti, al darle muerte...

MANÓN

Querían separarnos otra vez, cuando creíamos que nadie podría separarnos, cuando creíamos haber interpuesto el mar entre nuestro amor y nuestras desdichas.

GRIEUX

Estábamos solos, desamparados, pobres... No era posible sino morir ó matar.

MANÓN

¡Siempre lo mismo! ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre por nuestro triste amor!... ¿Cuando te acuerdes de mí, te acordarás de todo?... ¡No; dime que no! Te acordarás sólo de tu Manón enamorada, de tu Manón, que nació para quererte... y te quiso hasta morir. Esa es mi historia... La otra no; nunca la recuerdes.

GRIEUX

Basta de lágrimas, Manón. El día avanza, mis brazos te esperan...

MANÓN

¡Sí, sí! Llévame...; no quiero morir aquí. Ayúdame. Mi voluntad me dará fuerzas... Que tus brazos me sirvan de cárcel... No dejes escapar mi vida... Aun puedo caminar... Aun puedo... ¿Lo ves? Aun nos esperan días felices... ¡Quién sabe!...

GRIEUX

Yo te llevaré en brazos como á una niña... No tardaremos en encontrar gente. ¡Manón! ¡Socorro!... ¡Socorro! ¡Nadie!... ¡Solos!

MANÓN

¡Solos! Todos nos abandonan.

GRIEUX

¿De qué me sirve la vida, de qué me sirve toda la sangre de mis venas si no puedo verterla por salvarte? ¡Maldito yo, maldita mi vida!

MANÓN

Acércate... Tus palabras no llegan á mí... Que sienta tu corazón junto al mío... ¡Así, así!... Habla ahora. Recuerda nuestros amores, cuando nos conocimos, nuestra huída á París, nuestra casa..., mis vestidos..., nuestras fiestas... ¡Todo era alegre, alegre!... Después mis engaños, mis traiciones... No, no me hables de esto, no lo recuerdes nunca.

GRIEUX

¡Calla, calla!... De nuestra vida sólo queda un recuerdo... ¡El recuerdo de nuestro amor infinito!... ¡Amor! ¡Amor!... Esa es nuestra historia.

MANÓN

¡Amor! ¡Amor!

GRIEUX

¡Esa es la historia de Manón de Lescaut!

MANÓN

Esa es la historia de... *(Muere.)*

GRIEUX

¡Manón!... ¡Manón!... ¡Muerta!... ¡Manón!... ¡Manón!

FIN DE LA COMEDIA

LOS BUHOS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara el 8 de febrero de 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMALIA.....	SRA. RODRÍGUEZ.
LUISA.....	» RUIZ.
TRINIDAD.....	SRTA. ALBA.
DON FAUSTINO.....	SR. RUBIO.
DON MANUEL.....	» BARRAYCOA.

La acción en un pueblo cercano á Madrid. Derecha é izquierda, las del actor.

LOS BUHOS

ACTO PRIMERO

Sala-biblioteca de don Faustino, en una casa de un pueblo.

ESCENA PRIMERA

DON FAUSTINO y DON MANUEL, estudiando y escribiendo.

FAUSTINO

Nada, no doy con el texto. Fío en su memoria de usted. Será como usted dice.

MANUEL

Esté usted seguro.

FAUSTINO

Sí, sí; su memoria de usted es admirable; la mía lo fué; ya flaquea. Bueno, escriba usted, y dejémoslo por hoy... ¡Cinco horas de trabajo! Y hoy no nos ha cundido mucho.

MANUEL

Es la parte más delicada, don Faustino; toda de erudición, de comprobaciones. No se edifica un

monumento como un castillo de naipes; es obra para siglos; es natural que no sea obra de un día.

FAUSTINO

¿Verdad que sí? Será una obra. Una obra que bien valdrá una vida. Casi toda la mía la empleé en ella. ¡Mi obra! ¡Mi vida! Mi Diccionario de Ciencias naturales. No existe, no existirá ninguno tan completo, tan razonado, de tan amplio espíritu. Tratándose de la ciencia, de la verdad, usted lo sabe, yo no me caso con nadie; yo podré estar equivocado, pero nunca por apasionamientos ni por tesón, como ese desgraciado de Pérez Junquera. ¿Usted ha visto mayor disparate que su último libro? Eso es el desatino por el desatino... Y ahí le tiene usted, académico, cargado de cruces, celebrado por la prensa y por todo el mundo.

MANUEL

Consiguió lo ideal en este país: que el hombre sea conocido y las obras ignoradas.

FAUSTINO

¡Ay, mi querido amigo! Si yo no le conociera á usted y no supiera muy bien que usted prefiere la propia y segura estimación de su conciencia á toda esa vulgar vanagloria, atendiendo sólo al provecho, le diría á usted: ese, ese es el camino; en vez de visitar bibliotecas, visite usted ministerios; en vez de corresponder con sabios obscuros, corresponda usted con personajes de viso; desgaste usted suela y tacones, y no sus ojos y su inteligencia, y procure usted hacer siempre más del pavón de Juno que del buho de Minerva.

MANUEL

¡Don Faustino! Y si yo siguiera sus consejos, que en usted sólo puede ser ironía, ¿cómo podría llamar á usted maestro con orgullo?

FAUSTINO

¡Bravo, bravo! Orgullo el mío de tener á usted, no por discípulo, por compañero.

ESCENA II

DICHOS y TRINIDAD, por la segunda izquierda.

TRINIDAD

¿Dan ustedes su permiso?

FAUSTINO

Adelante, Trinidad, adelante.

TRINIDAD

¿Cuándo quieren ustedes almorzar?

FAUSTINO

Ahora mismo. ¿No es verdad, don Manuel? ¿Qué nos has preparado?

TRINIDAD

¿Preparar? Nada.

FAUSTINO

¡Esa es buena! ¿Y nos preguntas si queremos almorzar?

TRINIDAD

Sí, señor, que lo pregunto; y hasta que no estén ustedes sentados á la mesa como Dios manda, no preparo nada; que todos los días es la misma canción, y desde que dicen ustedes: «Ya vamos», hasta que vienen ustedes, todo se pasa, todo se enfría y todo se lo lleva el demonio; y si grito, dicen ustedes que no se me puede aguantar; y si el almuerzo se echa á perder, luego poner faltas ya saben ustedes; que si esto no es hacer para con Dios y ganarme el cielo, no sé yo quién lo gane. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué daría yo por saber lo que tienen ustedes que leer tanto en esos condenados librotes, que ya no son ustedes tan chicos para tener que aprender nada? Y lo que yo les digo á ustedes es que todo el mundo tiene que hablar; y si no fuera porque en el pueblo les conoce á ustedes todo el mundo, el mejor día teníamos aquí á la justicia para hacer un registro de todo, porque murmurar ya se murmura.

MANUEL

¡Señora Trinidad!

FAUSTINO

Déjela usted; á mí me divierte. De modo que tú crees que si no estuviéramos bien con tanta gente principal... ¿Y qué se dice, qué se dice de nosotros?

TRINIDAD

Sin fin de cosas. Lo primero, que son ustedes unos herejes, porque sólo un día fueron ustedes

á la iglesia, y fué para curiosearlo todo y encaramarse por los altares sin devoción y sin respeto.

FAUSTINO

En eso tienen razón, y lo enmendaremos; ¡pero si nunca sabemos en qué día vivimos! Mira, desde ahora, todos los domingos, aunque te llamemos pesada, no nos dejes en paz hasta que vayamos á misa. Á mí no me gusta escandalizar en ninguna parte, y en estos pueblos menos. ¿No está usted conforme, don Manuel?

MANUEL

De toda conformidad.

FAUSTINO

¿Y qué más se dice de nosotros?

TRINIDAD

¡Qué sé yo! ¡Si fuera á decirles! Ayer mismo doña Amalia decía á todo el que quería oirla que eran ustedes unos brujos.

FAUSTINO

¡Calla, mujer! Buhos, buhos es lo que dijo; como nos llaman siempre, y eso no es nada malo.

TRINIDAD

Pues no suena á bueno.

FAUSTINO

Bromas de doña Amalia. Ella en cambio es una gentil alondra. ¿No le parece á usted, don Manuel?

MANUEL

¿Alondra? No sé; pero una buena pájara, seguramente.

TRINIDAD

¿Pájara ha dicho usted? Y de mucha cuenta.

FAUSTINO

Vaya, vaya; decimos que dicen, y nosotros también decimos. Allá cada cual en su casa. Doña Amalia es una buena señora... Un poco habladora, algo entrometida...

TRINIDAD

¿Algo? Cuando pase á más, avise usted si le parece. Á las ocho de la mañana ya se habían entrado la madre y la hija por la huerta, y hasta la cocina se metieron á oliscarlo todo y á gulusmeármelo todo; venían por un molinillo prestado, y con el molinillo se llevaron la chocolatera y un papel de manzanilla, y otro de clavo, y medio limón, y no dejaron puchero sin asomar las narices, y la niña se puso á comisquear almendras tostadas y de la lechuga que estaba en remojo; hasta de los cañamones y del alpiste de los pájaros; así está ella con esa cara de acelga cocida...

FAUSTINO

No, ¡pobrecilla! Luisita es muy linda y muy cariñosa.

TRINIDAD

Si, más prudente y más callada que la madre ya es... Porque doña Amalia tanto habla, que ni ella misma se entiende. Cuando empieza á contar cosas de cuando estuvo en las islas Filipinas, que está mucho más lejos que las Américas, según dice, y dice que ha ido y ha vuelto dos veces, y cuenta una de grandezas que no acaba, y dice que si allí tenía criados para todo, hasta para darle aire cuando tenía calor... ¿Y cuando habla de su marido? Que tan pronto era militar, y dice que no paraba nunca á su lado, como dice que estaba muy enfermo y que ella no se separaba de junto á él ni de día ni de noche, que no se compagina lo uno con lo otro... Y tan pronto dice que ojalá y le viviera y no se vería como se ve ahora, como dice que ojalá y se hubiera muerto dos años antes de lo que se murió, que de ahí viene toda la ruina de su casa, que tampoco se compagina lo uno con lo otro. Y tanto dice, que no se puede atar dos cuartos de cominos con todo lo que dice.

FAUSTINO

¡Mujer! Si es que estuvo casada dos veces, una con un militar y otra con un empleado... Tú sí que no te enteras...

TRINIDAD

Demasiado me entero; más de lo que ella quisiera; que la de don Policarpo tiene una hermana en Madrid que conoce á esta doña Amalia y sabe lo que es y lo que no es... Y de eso de los

maridos ríase usted, don Faustino, que quisiera yo ver la partida de matrimonio y la fe de viuda, y quisiera yo...

FAUSTINO

Y quisiera yo que te fueras á la cocina, y quisiera yo que almorzáramos, y quisiera yo que no charlaras tanto. Eso es...

TRINIDAD

No, si á usted no siendo cosas del otro mundo no le importa nada. Pues sepa usted que la gente ya murmura de que doña Amalia venga aquí tanto y entre y salga como Pedro por su casa, y...

FAUSTINO

Bueno, bueno; dejémonos de historias, que no hay paciencia para oirte. Vengo aquí para estar tranquilo, para trabajar con sosiego, y nos vienes tú con chismorreos de comadres... Ea, se acabó, se acabó he dicho; á la cocina, á tu obligación..., y que no lo pague el almuerzo.

TRINIDAD

No, si hasta que no les vea á ustedes sentados á la mesa no me pongo á hacer nada... Conque ustedes verán.

FAUSTINO

Mira, Trinidad, que eres inaguantable.

TRINIDAD

Sí, que á usted le aguanta cualquiera y á don Manolito también.

MANUEL

¿Á mí? ¡Pues si yo nunca digo nada!

TRINIDAD

No, usted no dice nada, pero tiene usted un modo de callar, que yo entiendo. Mire usted, prefiero al señorito, que grita por todo y dice todo lo que le parece.

MANUEL

¿Pero oye usted, don Faustino?

FAUSTINO

No haga usted caso.

MANUEL

¿De qué le sirve á uno ser prudente?

TRINIDAD

¿Hablaba usted de mi pleito?... Ya están ahí otra vez la madre y la hija.

AMALIA

(Dentro.) ¡Trinidad! ¡Trinidad!

TRINIDAD

¡Digo, en la cocina otra vez!

AMALIA

(Dentro.) ¡Trinidad! ¡Trinidad!

FAUSTINO

Doña Amalia, Luisita... Pasen ustedes... Vengan ustedes acá... Y tú á la cocina, y di á esas señoras que pasen.

TRINIDAD

No es menester. Ya vienen... Y qué recompuestas y qué... ¡El demonio, el demonio! *(Vase Trinidad por la segunda izquierda.)*

ESCENA III

DON FAUSTINO, DON MANUEL, AMALIA y LUISA por la segunda izquierda.

FAUSTINO

Adelante, adelante. ¡Doña Amalia, Luisita!...

AMALIA

Que no queremos incomodar, que si están ustedes en sus estudios nos vamos...; que con nosotras no gaste usted cumplidos, don Faustino de mi alma, que nosotras ya hemos tomado esta casa como nuestra, y usted dirá que es abusar, pero abusamos en la confianza de que tiene usted libertad para no recibirnos ó para echarnos cuando molestemos; ¡no faltaba más!... Á todo esto, ¿cómo están ustedes desde anoche?

FAUSTINO

Para servirla siempre, mi señora doña Amalia.

AMALIA

¡Ay, por Dios! Ni señora, ni doña; ya se lo tengo dicho. Amalia, Amalia nada más. Mire usted, es una aprensión, pero me enoja que me digan doña. ¿Y usted, don Manolito? ¡Ay, usted perdo-

ne! Á usted le digo siempre don, y es usted un muchacho.

MANUEL

Señora...

AMALIA

Pero es que no lo parece usted, perdone usted que se lo diga; es como don Faustino, que se empeña en representar más años de los que tiene, porque usted es joven todavía; se conoce á pesar de todo. Es que los hombres de estudios tienen ustedes la coquetería de envejecerse; yo creo que se arrancan ustedes el pelo y se pintan ustedes canas; creen ustedes que así están más respetables.

FAUSTINO

¡Ay, no, amiga mía! Yo soy viejo de verdad, muy viejo.

AMALIA

¡Calle usted, por Dios! Si yo fuera algo de usted, en cuatro días le ponía como nuevo; cuestión de sastre. Y á don Manolito, no se diga. Á todo esto no nos han dicho ustedes si incomodamos. Al pasar por la cocina hemos visto que no han almorzado ustedes todavía; por nosotras no lo retrasen. Almuercen ustedes, que aquí nos quedamos escogiendo unos cuantos libros.

FAUSTINO

Ya nos avisará Trinidad cuando esté dispuesto. Si quieren ustedes acompañarnos...

AMALIA

Si nos levantamos de la mesa... ¡Y cómo hemos comido! Aquí comemos á la española, y nos prueba muy bien, como todo lo que sea variación. ¡Es que en Madrid hemos llevado una temporada con los disgustos de mis pleitos!... ¡No quiera usted saber lo que son pleitos, y para una mujer sola que no tiene quien la aconseje ni de quien fiarse! ¡Ay, qué curia, don Faustino de mi alma, qué curia! Si no ando lista me la juegan en primera instancia, ¡vaya si me la juegan! Gracias á que yo no me duermo, y todo lo que haya que hacer yo lo hago; hay días que á las ocho de la mañana me pongo mi mantito de viuda pobre, como yo digo, tomo mi cochecito por horas, y donde yo no me meta no se mete nadie; que á los Ministerios, que á las Salesas, que al Registro... ¡No sé cómo tengo yo cara de las muchas vergüenzas que tengo pasadas por tantos sitios!... ¿Dónde has dejado esos libros, Luisita?

LUISA

Aquí, mamá; ahora los pondré en su sitio.

MANUEL

No se moleste usted, señorita.

LUISA

No, si me acuerdo muy bien de donde estaba cada uno.

AMALIA

Ya ve usted que á nosotras se nos pueden dejar libros; los devolvemos.

FAUSTINO

Señora, era lo mismo. Los pocos libros de entretenimiento que hay aquí están á disposición de ustedes.

AMALIA

Sí, que son poco entretenidos. Yo no he podido acabar ninguno. Pero no sabe una qué hacerse por las noches; es lo único que echo de menos aquí... el teatro, porque las tertulias de pueblo me horripilan, y no es porque estén ustedes presentes, pero aquí las únicas personas tratables son ustedes; pero, ¡claro está!, ustedes hacen su vida, se recogen temprano... Y además, que la conversación de ustedes es muy agradable para nosotras, porque á mí siempre me ha gustado tratar con personas que puedan enseñarme algo, y con personas como ustedes siempre se aprende; pero nosotras, ¿de qué les vamos á hablar á ustedes que les importe?... Cuatro tonterías sin substancia.

FAUSTINO

No, señora.

AMALIA

Bien, que siempre no va una á hablar de cosas serias, y las tonterías son las que le ayudan á una á pasar la vida. Nadie tiene tantas cosas tristes en qué pensar como yo, y hago por no acordarme, y el día que estoy afligida con cualquier tontería me tiene usted que ya me estoy riendo como si fuera la mujer más feliz de este mundo... Y gracias á mi carácter no estoy ya enterrada...

LUISA

¿Ve usted cómo he sabido colocarlos?... Y éstos arriba.

MANUEL

Pero, señorita, va usted á molestarse...

LUISA

No, no; si quiero dejarlos en su sitio; ¡no faltaba más!...

MANUEL

Que puede usted caerse...

LUISA

No me caigo, no señor. Sujete usted un poco. Muchísimas gracias.

AMALIA

Pero Luisita, Luisita, ¡por Dios, no te caigas!

LUISA

Que no me caigo, mamá; ¡ni que fuera boba!

AMALIA

Y mira don Manolito, debajo de la escalera, como San Alejo. Algo se pesca, ¿verdad? Pero Luisita, Luisita, y dices que no eres boba, y no reparas que don Manolito te está viendo todo lo que quiere...

MANUEL

¡Señora! ¿Yo...? Le juro á usted que ni por lo más remoto...

LUISA

¡Qué cosas dices, mamá! Por Dios, no haga usted caso.

MANUEL

Crea usted que yo deploro que su mamá de usted haya supuesto...

AMALIA

No se sofoque usted; si porque sea usted sabio no deja usted de ser hombre, como los demás... Y ¿á qué están ustedes en cuanto una se descuida?...

FAUSTINO

Yo me atrevería á poner las manos en el fuego porque en don Manolito no hubo la menor intención.

LUISA

Si es mamá, que dice unas cosas...

FAUSTINO

Son bromas, ya se sabe.

MANUEL

Son bromas muy pesadas; yo soy incapaz, y si se interpreta así una fineza...

AMALIA

¡Ay, el casto José! ¡Está usted más azarado que la niña!

LUISA

¡Mamá!

AMALIA

Si le enterrarán á usted con palma... Pues para un hombre no es ningún mérito. Los hombres tienen que haberla corrido, y de correrla, correrla pronto. ¿No tengo razón, don Faustino?... Vamos á ver, en confianza: usted mismo, que ahora se pasa la vida en este pueblo, sin más aliciente que sus libros y sus cachivaches, sin tratarse más que con don Manolito y con Trinidad, tan metido en sí y con esa cara de santo que da gana de pedirle á usted como á los santos... ¿á que de joven ha tenido usted sus historias?... ¡Vaya! Tiene usted unos ojillos que todavía le relucen; usted debe haber sido muy enamorado, don Faustino.

FAUSTINO

No crea usted... Ya ve usted, cuando no me he casado...

AMALIA

¡Ay! Eso no dice nada. Eso es el sino: boda y mortaja, del cielo baja. Y que á lo mejor, el cariño va por una parte y el matrimonio por otra; hablo por experiencia: cuando le entra á uno el enamoramiento de veras, casi siempre es de un imposible ó de algo que no le conviene á uno por ningún estilo, y todos son obstáculos... ¡Ay! Yo, como he tenido siempre más corazón que cabeza, podría escribir un libro de esto. Por eso digo que el casarse no significa nada, y quién sabe si usted no se habrá casado por eso mismo; porque se haya usted enamorado de un imposible.

FAUSTINO

¿Imposible? No. Yo nunca he tenido tiempo para enamorarme. Allá de estudiante tuve una novia. ¡Pobrecilla! Muy buena; me copiaba en limpio los apuntes; estudiaba conmigo; sabía más de Química que yo entonces...

AMALIA

¡Vayos unos amores! ¿Y en qué paró todo?

FAUSTINO

En que la pobrecilla estaba muy delicada y se murió.

AMALIA

¿De tanta Química?

FAUSTINO

Yo lo sentí, lo sentí mucho. Con aquélla sí me hubiera casado. Después, la verdad, no he encontrado nada, no he buscado tampoco... Y aquí me tiene usted...

AMALIA

No, ahí se está usted; yo no le tengo.

FAUSTINO

¡Qué buen humor!

AMALIA

Lo digo porque aquí ya se murmura de que yo venga á su casa de usted con tanta frecuencia.

LUISA

Mamá...

FAUSTINO

¡Qué pueblos éstos!

AMALIA

Siempre los tuve horror. Ya ve usted, el padre de ésta, mi primer marido, que era de aquí, compró esta casita cuando volvimos de Filipinas, con la ilusión de que pasaríamos aquí los veranos; pero como el pobre no tuvo día bueno desde que volvimos á la Península, aunque siempre estaba con el pío de venir aquí, yo ni pensarlo; meterse en un pueblo donde no hay recursos para nada, con un enfermo de peligro... Y cuando él se murió, yo ni volver á pensar en la casa; no la vendí porque en seguida empezaron los pleitos y no podía disponer de nada; hasta ahora que ya no me queda más que uno y lo tengo ganado en primera instancia. Como Luisita había pasado tan mal invierno con la tarea de sus estudios y todos los médicos me decían lo mismo: «Al campo, al campo», entonces me acordé de la dichosa casa... y aquí me tiene usted, digo, aquí me estoy, porque va usted á devolverme la pulla y me estaría muy bien devuelta.

FAUSTINO

¿Y dice usted que Luisita estudiaba?

AMALIA

¡Ya lo creo! La Música y el Canto. Tiene una voz preciosa; empezó la carrera del teatro y empezó muy bien; pero cogió un catarrito, se le apoderó una debilidad, y tuvo que dejarlo; pero

al año que viene, Dios mediante, volverá á ganar lo perdido; ya tiene firmada escritura en cuanto queramos.

FAUSTINO

¡Pobre Luisita! Yo no sabía...

AMALIA

Yo, bien sabe Dios que me he opuesto con todas mis fuerzas; pero todos los amigos me decían lo mismo, que era un crimen no poner á esta niña en el teatro, que no había derecho á privarla de lo que pueda llegar á ser el día de mañana, y como las cosas han venido tan mal y nadie sabe lo que le cuesta á una sostener una posición y una casa con decencia y dando que decir lo menos posible, pues hice el sacrificio, y los mejores maestros y un viaje á París para que viera artistas y educación de todo, porque las cosas hacerlas bien ó no hacerlas... Usted figúrese lo que me habrá costado todo esto, y sosteniendo dos pleitos durante quince años, y usted dirá si yo habré pasado lo mío, y usted dirá si yo habré sido una mujer dispuesta cuando he podido hacer frente á todo y salir adelante con mi hija; que los días amargos que yo he pasado no se los deseo ni á los tíos de ésta, que son mis mayores enemigos y los que nos han puesto á mí y á esta pobre criatura á dos dedos de la perdición, por ser unos sinvergüenzas y unos bandidos, que esa es la palabra; y si una no tuviera creencias y no estuviera segura de que hay un cielo y hay un infierno, era para haber hecho un disparate todos

los días..., y usted perdone, que en hablando de esto ya estoy trastornada y no sé lo que digo.

FAUSTINO

¡Si habrá usted pasado!... Y su pobre hija...

AMALIA

¡Ay, mi hija, no! Que ella le dirá á usted si me ha visto nunca llorar delante de ella ni desesperarme; al contrario, siempre cara de risa, que para que ella no pasara nada lo he pasado yo todo... ¡Eso sí que no! Hija de mi alma, que no he tenido más verdad en este mundo... ¿No es verdad, hija mía?

LUISA

¡Mamá!

FAUSTINO

Se ve que es muy buena.

AMALIA

Demasiado buena; que no es para este mundo, como yo le digo; que la gente buena estamos de más en este mundo...

ESCENA IV

DICHOS y TRINIDAD por la segunda izquierda.

TRINIDAD

¿Ustedes saben la hora que es? Piensan ustedes almorzar?

FAUSTINO

Sí, sí; vamos... Como dijiste...

TRINIDAD

Para que vean ustedes si es posible ponerse á hacer nada hasta que no les ve una á ustedes sentados á la mesa, y aun así, que á lo mejor se levantan ustedes y vuelven ustedes á enredarse con los librotes...

FAUSTINO

¡No calles, no calles!

AMALIA

Trinidad tiene razón; así no hay arreglo de casa posible.

TRINIDAD

Dígalo usted, señora.

AMALIA

Y gracias á que tiene usted una alhaja con esta Trinidad.

FAUSTINO

¿Oyes, Trinidad? Ponte hueca; una alhaja...

AMALIA

¡Ay, ya lo creo! Dígamelo usted á mí, que tengo que aguantar á aquellas tarascas de Madrid. Antes de venir al pueblo he mudado ocho; en cuanto llegaba la hora de venir, ninguna quería acompañarnos: unas, que la familia; otras, que los novios; otras, que... vaya usted á saber... Por

fin, me he traído una calamidad que no sirve de nada; un mostrenco, como yo le digo, que el día que no queremos quedarnos sin comer tengo yo que meterme en la cocina. Por cierto, Trinidad, que tiene usted que decirme cómo hace el guisadito de pobre, como yo le digo; al pasar antes por la cocina me dió el olorcillo, y era riquísimo... Trinidad es de lo que no se estila; no hay más que ver esa cocina, con las baldosas que se mira una la cara, y todo tan limpio... ¡Esto no, porque aquí no dejarán ustedes que se dé un escobazo, como todos los hombres! Pues, sí, Trinidad, tiene usted que enseñarme más de cuatro cosas, porque su cocina de usted huele siempre á gloria, abre el apetito.

TRINIDAD

Muchísimas gracias, señora. Cuando usted quiera, ya sabe la señora; yo pasaré por su casa... Todo lo que usted quiera...

MANUEL

(Bajo á don Faustino.) Esta doña Amalia... ya domesticó á Trinidad...

FAUSTINO

La adulación lo vence todo. Si el animal más bravo entendiese nuestro lenguaje, sólo con decirle: «¡Qué bonito eres, animal, pero qué bonito!», ya estaba domesticado. *(Alto.)* Vengan ustedes al comedor.

AMALIA

No, no; almuercen ustedes tranquilos; nosotras buscaremos unos cuantos libros y nos vamos en

seguida, que en casa también faltan quehaceres; que nos hemos venido con lo puesto y queremos arreglarnos cuatro trapos antes de que se eche el calor encima. Vayan ustedes, vayan ustedes.

FAUSTINO

Pues con su permiso. *(Vase por la primera izquierda.)*

MANUEL

Señora, señorita..., con su permiso...

LUISA

¿Dónde me dijo usted que encontraría esos libros?...

MANUEL

En aquel estante, señorita. *(Vase por la primera izquierda.)*

ESCENA V

AMALIA y LUISITA

AMALIA

Si todos los libros de ustedes son tan antiguos que no se entienden... Y luego, hija, con unas palabrotas...; luego dicen de lo que ahora se escribe...

LUISA

¡Ay, mamá! *¡Robinsón,* aquí está *Robinsón!* ¡Las ganas que yo tenía de leer *Robinsón!*

AMALIA

Eso está también en zarzuela... Robinsón en su isla... sí, eso debe ser bonito.

LUISA

¡Ay, *Bertoldo!* ¡Mira, aquí está *Bertoldo!*... ¡Las ganas que yo tenía de leer *Bertoldo!* No haberlo visto antes.

AMALIA

¿*Bertoldo?* Eso es del tiempo de Mari-Castaña. Á mi abuela Dolores le oía yo contar de Bertoldo, Bertoldino, Marcolfa y Cacaseno unos disparates muy graciosos.

LUISA

¡Ay! *¡Las Mil y una noches!*

AMALIA

También tengo una idea. Pero no me gusta, nada de eso me gusta. Á mí, para leer y en el teatro, me gustan las cosas muy sentidas, tristes, ¡qué sé yo!, parece que le consuelan á una más de lo suyo... Yo no soy como otras personas que no les gusta más que las cosas de mucha risa.

LUISA

Pues no veo nada más. Porque estas son cosas de estudio.

AMALIA

(Acercándose á la primera izquierda.) ¿Hay apetito?

FAUSTINO

(Dentro.) Regular; el estómago anda regularcillo.

AMALIA

Con esa vida que llevan ustedes... Nunca salen ustedes á dar un paseíto por el campo, tan hermoso como está.

FAUSTINO

¿Pero de veras no quiere usted tomar nada? Venga usted, venga usted acá... Un poquito de flan que tenemos de postre.

AMALIA

¡Ay, mire usted, eso sí, porque soy muy golosa!... ¿para qué voy á negarlo? Pero cuando ustedes acaben... ¿Qué miras ahí, Luisita, con tanto afán?

LUISA

Mira...

AMALIA

¡Uy! Quita, quita... Nunca he podido ver eso... todo lo que tenemos por dentro. ¡Qué horror! ¡Si tiene uno más maquinaria que un reloj! ¡Así cómo es posible que todo ande bien ni que tenga uno día bueno!

LUISA

Este es el corazón, ¿verdad?

AMALIA

¡Ay, sí; el corazón!... ¡Qué cosa más fea! ¡Y pensar que de ahí le provienen á una todas las des-

gracias!... ¡Cuánta madeja de cosas y cuánto enredijo! Deja ya eso, criatura.

ESCENA VI

DICHAS y TRINIDAD por la segunda izquierda. Después DON FAUSTINO y DON MANUEL por la primera izquierda.

TRINIDAD

¡Señora! Doña Amalia...

AMALIA

¿Qué ocurre?

TRINIDAD

La muchacha de usted que trae este parte que ha llegado ahora mismo.

AMALIA

¡Ay, traiga usted, traiga usted! Muchas gracias... Ya estoy sobresaltada; como nunca espera una nada bueno... *(Don Faustino y don Manuel salen.)*

FAUSTINO

¿Qué es? ¿Qué sucede? ¿Le ocurre á usted algo desagradable?

AMALIA

¡Ay, por Dios! No dejen ustedes de almorzar...; lo que molesta una...

FAUSTINO

No, señora; es que nos interesa...

MANUEL

Sí, nos interesa...

AMALIA

Voy á ver, voy á ver. ¡El Dulce Nombre...!

LUISA

¿Qué es, mamá?

FAUSTINO

¿Qué es, señora?

AMALIA

¡Si más desgraciada que yo no la hay en el mundo! ¡Si yo no puedo tener hora tranquila en ninguna parte!

LUISA

¿Pero qué?

FAUSTINO

¿Qué sucede?

AMALIA

¿Qué hora es?

MANUEL

Las dos y media.

AMALIA

Nada; que en el tren de las tres me voy á Madrid.

LUISA

¡Mamá!

FAUSTINO

¿Es alguna noticia de algún pleito?

AMALIA

No, es mucho peor; no quiera usted saberlo... ¡Cosas de la vida! No quiero perder tiempo; así mismo me voy.

LUISA

Nos vamos... Pero...

AMALIA

No, tú no; voy yo sola. Esta noche estoy de vuelta en el tren de las nueve.

LUISA

¡Mamá!

AMALIA

No te aflijas, si se arreglará todo; ¡vaya si se arreglará!... Ya sabes lo que es... No te apures... Si no trata una nada más que con gentuza... Pero, por Dios, almuercen ustedes; no me hagan ustedes caso.

FAUSTINO

Yo quisiera poder servir á usted...

MANUEL

Le acompañaremos á usted á la estación.

AMALIA

No, por Dios, de ningún modo; me acompañará la chica.

LUISA

Y yo, y yo, mamá.

AMALIA

No, tú no; tú te quedas aquí hasta que yo vuelva, y ustedes perdonen.

FAUSTINO

¡No faltaba más!

LUISA

Yo quiero ir contigo.

AMALIA

Que no, que no, que es una tontería, que no me haces falta. Hasta la noche, hija mía; no estés apurada; yo lo arreglo todo, ¡vaya si lo arreglo! Hasta luego, don Faustino, y usted perdone; y usted también, don Manolito; les he dado á ustedes el almuerzo; no, si es que ni yo vivo tranquila, ni puedo dejar tranquilo á nadie. Ustedes perdonen; adiós, hija mía.

LUISA

¿Vendrás esta noche?

AMALIA

¡Ya lo creo!... en el tren de las nueve. Pero no salgas á la estación, que las noches todavía están frías y el tren siempre llega con retraso, y la estación de aquí es imposible. Que no me llores, que no me seas tonta.

FAUSTINO

Siento mucho el disgusto...

MANUEL

Siento mucho...

AMALIA

No se molesten ustedes. Sigan ustedes almorzando, que voy volada con el trastorno que les he causado, que no sirve una más que para molestar. Hasta luego..., hasta luego... Adiós, hija mía; que no me llores..., que no me llores.

ESCENA VII

DICHOS menos DOÑA AMALIA

FAUSTINO

¿Estás triste, Luisita? ¿Es cosa grave el disgusto de tu mamá?

LUISA

Sí, señor; sí.

FAUSTINO

Yo no he querido ser indiscreto insistiendo en saber la causa... Si hubiera estado en mi mano evitarlo...

LUISA

No, señor; no... Pero no dejen ustedes de almorzar...

FAUSTINO

Si casi habíamos terminado... Y ya se nos pasó el apetito. ¿Verdad? Calle, á don Manuel, no. *(Viendo que don Manuel ha vuelto á entrar en el comedor.)*

LUISA

Usted perdone... Vaya usted también.

FAUSTINO

No; yo no quiero más que el café. ¡Trinidad!

TRINIDAD

(Dentro.) ¿Qué, señor?

FAUSTINO

Tráeme aquí el café y unas galletas. Vamos, Luisita, no te aflijas así.

LUISA

Si usted no sabe, don Faustino; estaba yo tan contenta de verme aquí todo el verano tranquilas las dos, mi madre y yo, en nuestra casita, que no vale nada, pero á mí me parece un palacio. Es nuestra..., estábamos solas...

FAUSTINO

Y ahora... ¿Es que...?

LUISA

Ahora, lo estoy viendo, tendremos que volver á Madrid... ¡Dichoso Madrid! ¡Le tengo un odio!

TRINIDAD

(Entrando con el café.) El café, señor... ¿Pero no acaba usted de almorzar?

FAUSTINO

No tengo más gana. Déjalo ahí.

TRINIDAD

¡Válgame Dios! ¿Está usted llorando, señorita? ¿Han tenido ustedes alguna desgracia?

LUISA

Sí, un disgusto... Una mala noticia...

TRINIDAD

¿Y su mamá de usted?

LUISA

Se ha ido á Madrid. Vuelve esta noche.

TRINIDAD

¡Válgame Dios! ¿Algún enfermo en la familia?

LUISA

No.

TRINIDAD

¿Les han robado á ustedes la casa? Las casas de Madrid no se pueden dejar solas... ¿Ó ha habido fuego?

LUISA

No..., no...

FAUSTINO

Mira, luego te lo contaremos todo... Déjanos ahora.

TRINIDAD

Bueno, bueno... Si una cosa es que una sienta la pena de la señorita, y otra cosa que me importe... Si no hubiera preguntado nada, hubiera usted dicho que era una bestia sin sentido; como vi que la señorita lloraba, pues me pareció que debía decirle algo... Pero con usted no se acierta nunca.

FAUSTINO

Sí, mujer, sí. Callando acertarás siempre. *(Vase Trinidad por la segunda izquierda.)* Y vamos á ver. ¿Por qué tienes ese odio á Madrid y por qué sentirías tener que volver ahora?

LUISA

¡Ay, don Faustino!

FAUSTINO

Mira que me da mucha pena verte llorar así. ¿Hay amores por medio? ¿Amores contrariados?

LUISA

¿Amores? ¿Amores yo? No, don Faustino; son cosas muy tristes; de siempre, de toda la vida... Apuros de mi casa..., el carácter de mi madre... Mi madre es muy buena; pero tiene un modo de ser...

FAUSTINO

Muy viva de genio, ¿verdad?

LUISA

Sí, señor, sí.

FAUSTINO

Y así... vamos, algo... poco previsora, ¿verdad?

LUISA

Sí, señor, sí.

FAUSTINO

Y luego, esos pleitos que ella cuenta... Los pleitos traen siempre disgustos y gastos...

LUISA

No lo sabe usted. Con mi orfandad no tenemos para vivir.

FAUSTINO

¿Tu orfandad? ¿No es viudedad de tu madre lo que tenéis?

LUISA

No, señor, no; es orfandad. Como mamá volvió á casarse...

FAUSTINO

Yo creí que tú eras hija de su segundo matrimonio.

LUISA

No, señor, no; del primero. Yo no conocí á mi padre.

FAUSTINO

¡Ah! ¿Á tu padrastro sí?

LUISA

Sí, señor, sí.

FAUSTINO

¿Entonces cuál fué el que se murió? ¡Qué disparates digo! Si tu mamá se casó después, claro que el primero que murió fué tu padre. Perdona, hija; pero es que tu mamá tiene un modo de contar las cosas... Yo sabía que de sus maridos, uno había muerto y el otro había desaparecido de la noche á la mañana.

LUISA

El que yo conocía.

FAUSTINO

¿Tu padrastro?

LUISA

Sí... Es decir... sí, mi padrastro.

FAUSTINO

¡Pobre Luisita! También se embrollan las historias en tu cabeza. Es que hay historias complicadas, ¿verdad?

LUISA

Sí, señor, sí.

FAUSTINO

Que son las más tristes. Y cuando á los padres les cuesta trabajo contar una historia, ¿qué trabajo no les costará á los hijos? ¿No es verdad, hija mía? Vamos, dime tus penas; si yo soy viejo y sé de la vida... Estos libros también hablan de la vida. Nada me asusta, y lo comprendo... Y hay cosas tan fáciles de comprender... Figúrate que yo empiezo por estar seguro de que nadie tiene la culpa de nada. Todo es como es porque no puede ser de otro modo. Nos llamamos buenos ó malos porque con algún nombre hay que distinguir los aspectos de las cosas; como hay que distinguir de colores, y ya ves, todos los colores son una misma cosa: luz, la luz de ese sol que está allá arriba... Pues cuando sepamos lo que está allá, mucho más arriba que ese sol, podremos hablar con fundamento de bondades ó de maldades. Y perdona, que no quiero yo ahora explicarte mi amable filosofía; lo que yo quiero darte á entender es que puedes decírmelo todo, todo lo que te aflige, lo que sientas.

LUISA

Es usted muy bueno, don Faustino.

FAUSTINO

Sí, soy de ese color. Conque dime, dímelo todo, como á un abuelito. ¿No te parece? ¡Pobre Luisita! Me parece que hay muchas penas en ese corazón, que no se han confiado nunca, ni á tu misma madre. ¿Verdad? Porque acaso tu misma madre es algo de esas penas. ¿Digo bien? Ya ves que me anticipo á tus confianzas.

LUISA

No sabe usted lo que me anima y lo que me consuela con sus palabras. Pensar que usted se interesa por mí de este modo...

FAUSTINO

¡Ya lo creo! Y dime, dime, ¿son apuros de dinero los de tu casa? ¿No contáis más que con esa orfandad, que será una miseria? Y tú, ¿piensas dedicarte al teatro?

LUISA

Ya ve usted, si sirviera..., si creyera yo que servía...; pero verá usted. El año pasado íbamos á una reunión, en casa de una señora, ella decía que era marquesa, la gente decía que no; una reunión cursi, ya ve usted; yo iba á disgusto, pero mi madre dice que hay que vivir con la gente cuando se necesita á todo el mundo... Allí canté yo una noche una romancita que había yo aprendido de oirla en el teatro, sin pretensiones; pero estaba allí un profesor de Canto, y empezó á decir á mi madre que yo tenía una voz precio-

sa, un porvenir en el teatro, que debía estudiar..., que él me enseñaría.

FAUSTINO

¡Claro! ¿El profesor á qué estaba?

LUISA

Mi madre ya soñaba con verme cantando óperas, ganando un dineral... Yo también lo creía; estudiaba con mucho afán y con mucha ilusión. Dimos reuniones en casa para que me oyeran; todo el mundo me aplaudía, hablaron de mi los periódicos; canté en el teatro, en una sociedad de aficionados; se nos presentó un señor que dijo que era empresario, y me ofreció... ¡qué sé yo!... un gran sueldo, y me dijo que no había oído nada igual; venía á casa todos los días.

FAUSTINO

¡Ya!...

LUISA

Pero la contrata no parecía nunca; unas veces era para Madrid, otras para provincias; pensaba tomar varios teatros; en casa seguían las reuniones; á todo esto, figúrese usted, deudas, apuros, y mi madre tan ilusionada y yo también; pero una noche de reunión, había yo cantado, me habían aplaudido todos, estaba yo más contenta que nunca. Iba yo á entrar en el gabinete, y oí que hablaban el empresario y unos muchachos amigos suyos que él había llevado; no sé qué idea me dió de quedarme detrás de la cortina á escu-

charlos, y se burlaban de mí y de mi madre, y de mi voz y de nuestras ilusiones, y de todo... No sé qué me pasó; me caí desmayada, redonda; no quise decirle nada á mamá... ¡con su carácter!... Estuve enferma, dejé las lecciones, en nuestra casa los apuros siempre... Mi madre pensó en volver á casarse con un señor amigo que venía á casa. Yo lo veía con disgusto, pero mi madre decía que no había otro remedio, que se casaba, que se casaba... pero no se casaba... Y un día se presentó una señora con una niña; era la mujer de aquel hombre; nos insultó á mi madre y á mí; fué un escándalo; yo no oía nada; sólo veía á la niña que lloraba, lloraba como yo... Me hubiera abrazado á ella; ella tampoco tenía culpa de nada y éramos las dos las que llorábamos, porque los demás..., gritos, voces, insultos... ¡Qué vergüenza!

FAUSTINO

¡Vamos, hija mía!

LUISA

Cuando los médicos dijeron á mi madre que debía traerme al campo, ¡qué alegría tan grande! Y vinimos; nunca había yo estado tan contenta. Pero, ya lo ve usted, no tenemos recursos; si no volvemos á Madrid, embargarán los muebles de nuestra casa, la casita de aquí, todo, todo... Mi madre esperaba hoy dinero, pero la condición es que volvamos á Madrid... Y Madrid, Madrid ya ve usted lo que es, es la vergüenza y es tener que ser mala sin querer serlo, don Faustino de mi alma, sin querer serlo.

FAUSTINO

¡Sin querer serlo! No, eso es lo que no debe ser, no lo pienses; si pensamos que hemos de ser vencidos antes de luchar, lucharemos con menos fuerza. No es bueno salir al encuentro de nuestro destino, aunque haya de llegar inevitable. Nada confío en el poder de eso que llaman voluntad, pero confío mucho en la imaginación. Imaginando una vida distinta de la que nos rodea y se nos impone, ¡quién sabe!, quizás podremos llegar á vivir esa otra vida. Sólo la imaginación es creadora. Imagina que tu vida no es como es; imagina lo más absurdo, lo más irrealizable; que puedes ser una gran artista, que la suerte puede cambiar de un modo inesperado; que un príncipe vendrá á ofrecerte su mano y su corazón, como en los cuentos de hadas... Todos los sueños, todas las ilusiones, lo que más nos aleje de la realidad... ¿Que es imposible, que es difícil? No lo creas. Mira: una vez, para estudios míos hice una ascensión en globo y llevaba conmigo una porción de instrumentos y de aparatos, necesario todo para mis estudios; pero sopló un mal viento; me vi en peligro de caer más pronto y peor de lo que yo quería; arrojé cuanto lastre llevaba; no era bastante, el globo descendía siempre... Entonçes, ¡qué remedio! allá fueron mis preciosos instrumentos, toda la carga; yo volví á subir y pude salvarme... ¡Qué excelente lección!... Sobre nuestra vida pesan afectos, consideraciones, preocupaciones que nos parecen carga preciosa de la que no podemos prescindir en ningún caso; pero si llega el peligro, si es

preciso salvarse, ya lo sabes, hay que considerarlo todo como lastre, y no vacilar en arrojarlo todo; verás cómo asciendes, verás cómo te salvas.

LUISA

¡Ay, don Faustino!... ¿Qué quiere usted decirme?

FAUSTINO

Perdóname. Ya sé que no es así como debo hablarte; no, no son éstas las palabras que yo quisiera encontrar para darte ánimos y para consolarte. Te parezco un viejo pedante, ¿no es eso?

LUISA

No, don Faustino... Sus palabras de usted yo las comprendo, sé lo que usted me dice; pero ya ve usted, esa carga de mi vida yo no puedo dejarla... es mi madre; que no es mala, no lo es... Yo no quisiera que usted creyese que yo me quejaba de mi madre; sería una infamia... Mi madre quiere lo mejor para mí; se sacrifica por mí; yo lo veo: yo soy la que quisiera evitarlo... Yo trabajaría de cualquier modo; nada me avergüenza; á servir me pondría yo muy contenta, á trabajar de cualquier modo, en cualquier esfera... Pero á mi madre ni la puedo hablar de esto; quiere conservar nuestra posición; mi madre cree que tenemos una posición, sueña todavía con un matrimonio para mí. ¡Qué sé yo lo que sueña!

FAUSTINO

¿Por qué no? Puedes casarte...

LUISA

Sé lo bastante para comprender que no es posible; pretendientes, sí; ¿pero un marido?... El que llega con esa intención se desvía pronto; los demás... No, yo no puedo pensar en casarme... Si lo veo, don Faustino, lo veo; en nuestra casa se habrá concluído todo; y cuando mi madre diga como siempre: «Hay que vivir, hija mía, hay que vivir...», ¿qué voy yo á decirla? ¡Hay que morirse?... No; ella no me lo ha dicho nunca.

FAUSTINO

Es verdad, tu madre no es mala.

LUISA

No, no lo es; pero yo quisiera que se resignara á aceptar otra posición para mí; la más humilde, cualquiera. Yo sería tan feliz en este pueblo, aquí las dos, tranquilas; con nada lo pasaríamos. ¿Qué podría yo hacer, don Faustino?... Aconséjeme usted. ¿En qué podria yo ganar esa miseria que nos bastaría para vivir aquí las dos solas?

FAUSTINO

Sí, sí; lo pensaremos; pero no te acobardes, no desconfíes. ¿Quién sabe? Un marido es lo mejor. No es tan difícil... Puedes encontrar un hombre inteligente, un hombre digno, capaz de comprender lo que vales... ¡Qué idea!... ¿Qué te parece don Manolito?

LUISA

¡Don Manolito!

FAUSTINO

Sí; tiene una posición independiente. Es joven, es un alma de Dios. Estoy seguro de que no se ha enamorado nunca.

LUISA

Don Faustino, no piense usted en eso.

FAUSTINO

¿Por qué no? Ya veremos, ya veremos. ¡Don Manolito, don Manolito! ¿Se ha dormido usted? ¿Qué hace usted ahí?

ESCENA VIII

DICHOS y DON MANOLITO

LUISA

¡Don Faustino, por Dios!

FAUSTINO

¿Se había usted quedado dormido?

MANUEL

No, señor. Me pareció que hablaban ustedes de asuntos particulares; no quise ser indiscreto, y me quedé en el corredor.

FAUSTINO

Sí, hablábamos... Luisita me hablaba de los disgustos de su casa, de su pobre madre... Esos pleitos... ¡Pobre Luisita!... Tan guapa, ¿verdad que es muy guapa?

LUISA

¡Don Faustino!

FAUSTINO

Pero venga usted acá, hombre de Dios; explíquese usted... ¿Por qué ha de ser usted tan descuidado?

MANUEL

¡Don Faustino! Usted me dice...

FAUSTINO

Sí, hombre, sí; usted es joven todavía. No hay que dar al saber ese aspecto desagradable. Yo á su edad de usted me componía, me acicalaba. Venga usted acá. ¿Y por qué no ha de quitarse usted nunca los lentes, si usted ve todavía!

MANUEL

Pero don Faustino...

FAUSTINO

Nada, nada... Y arréglese usted ese pelo... ¿Por qué ha de lucir usted esa calva prematura, que puede disimular todavía?... ¡Trinidad! ¡Trinidad! ¿Dónde estás? ¡Trinidad!

TRINIDAD

(Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Señor!

FAUSTINO

Trae acá un cepillo y un peine.

TRINIDAD

¿Eh?

FAUSTINO

Un cepillo y un peine, mujer, ¿no has oído?

TRINIDAD

¿Adónde andarán ahora el cepillo y el peine?... Voy, voy... *(Vase por la primera izquierda.)*

FAUSTINO

¿No es verdad, Luisita, que don Manolito debe cuidarse?... Son treinta y cinco años la mejor edad... Á los treinta y cinco años, yo me rizaba el pelo y llevaba siempre las botas como un espejo, y unas corbatas... Tenía yo siempre cinco ó seis corbatas muy bonitas.

TRINIDAD

(Saliendo con el cepillo y el peine por la primera izquierda.) Aquí tiene usted.

FAUSTINO

Vamos, don Manolito...

TRINIDAD

¿Pero qué les ha dado á ustedes?...

FAUSTINO

Cualquiera que te oiga, creerá que no nos cepillamos nunca, ni nos peinamos... Como si yo no tuviera siempre un frasco de agua de Colonia.

TRINIDAD

Sí, señor, siempre lleno.

FAUSTINO

Como esto de estar siempre á obscuras...

TRINIDAD

Ese es mi tema...

FAUSTINO

Corre esa cortina... *(Trinidad corre la cortina, y se da más luz á la escena.)* Así... ¡Luz!... ¡Aire!... ¡Qué alegría!... ¡Qué rico olor!... ¡Qué hermoso tiempo!

MANUEL

Á mi me ofende tanta luz, ¿qué quiere usted que le diga?

FAUSTINO

¿Sí?... Pues hoy va usted á quedarse ciego, porque hoy no se trabaja. Luisita es nuestra huésped, y debemos hacerle los honores. No es cosa de tenerla aquí encerrada. Nos vamos á dar un paseo por el campo.

LUISA

No, por mí...

FAUSTINO

No; si es por mi, por nosotros, que buena falta nos hace... Trinidad, tráenos los sombreros.

TRINIDAD

¿Y el quitasol?

FAUSTINO

No; no quiero quitasol. *(Vase Trinidad por la primera izquierda.)* Que nos queme el sol, que nos tueste. Vamos, don Manolito, Luisita... Al aire, al campo... ¿Qué diría tu madre si nos viera?... ¡Los buhos, como ella dice, salen á la luz!...

LUISA

Cosas de mamá, no se ofenda usted.

FAUSTINO

¿Ofenderme? Si dice bien.

TRINIDAD

(Entrando con los sombreros.) Aquí tienen ustedes...

FAUSTINO

En marcha. La juventud delante... Yo detrás con el perro, que ahora le soltaré al salir... *(Á Trinidad.)* Trinidad, mientras volvemos, puedes barrer aquí; límpialo bien todo...

TRINIDAD

¡Eh? ¿Qué dice usted?...

FAUSTINO

¿No has oído?

TRINIDAD

Está bien, señor. *(Viéndolos marchar.)* ¡El demonio! ¡El demonio.... *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DON MANUEL y TRINIDAD

TRINIDAD

¿No está aquí don Faustino?

MANUEL

No, señora Trinidad, no está aquí; ya lo ve usted.

TRINIDAD

¿Le deja á usted solo?

MANUEL

Sí, señora Trinidad; ya lo ve usted.

TRINIDAD

¿Y no está en casa?

MANUEL

Eso ya no puedo decirlo.

TRINIDAD

Ni en el jardín, ni en la huerta... ¿Y no sabe usted dónde está?

MANUEL

¡Qué sé yo!

TRINIDAD

Pues yo sí lo sé... ¿Dónde ha de estar?... En casa de esas... señoras. ¡Ay, qué señoras, y á qué habrán venido al pueblo! Es que mismamente han trastornado el juicio á don Faustino. Mire usted, á él que no le importaba nada de nadie, y estuvo siempre mejor enterado de las estrellas del cielo que de la gente que anda por el mundo... Y ahora... tan interesado por los asuntos de esas señoras: que si el pleito, que si venden la casa, que si llegó alguien de Madrid á verlas, que si la niña está triste, que si la madre está alegre. ¡Ay, Dios me perdone, pero esa lagartona de doña Amalia ha engatusado á este pobre señor, y á la vejez viruelas. Si es claro; si es lo que les tiene que suceder á ustedes; están ustedes aquí metidos haciendo vida de ermitaños mismamente sin saber ni querer saber del mundo ni de nada; llega el demonio á tentarles á ustedes, como á los santos, en figura de mujerota; y, claro está, como ustedes no conocen al demonio ni á las mujeres, se figuran ustedes que es cosa buena, y es el demonio que les tienta á ustedes y se los lleva á ustedes por donde quiere... Sí, bueno está ser bueno y santo, y vivir recogido; pero no que se deje uno engañar del primero que llega con buena cara y mejores palabras, y eso es lo que le pasa á don Faustino. En Madrid y en el pueblo nunca quiso trato con nadie. En Madrid, no le digo á usted más, si encontraba á una se-

ñora de la vecindad en la escalera, ni los buenos días, que luego las criadas me lo decían á mí, que las señoras estaban muy enfadadas y con razón, porque, sin despreciar, eran todas señoras muy decentes en la vecindad. Aquí, ya lo ve usted, también hay señores muy decentes, y personas muy principales y muy tratables; pues ni una visita de cumplimiento, ni el saludo en la calle, y de pronto, una que llega con más historia que la Historia de España, y el buen señor, que es otro señor, y se vuelve fino, y vayan visitas, y vayan obsequios, y vaya... lo que venga, que Dios sabe lo que vendrá... ¡El demonio, el demonio!... ¿Y usted qué dice?

MANUEL

Digo que, dada la admirable locuacidad de usted, es imposible medir el tiempo por la duración de sus discursos; pero de medir por la cantidad de palabras, debe ser más de una hora lo que me ha quitado usted de trabajar para decirme cosas que no me importan. ¿Se entera usted, señora Trinidad?

TRINIDAD

Así, clarito. No, si á ustedes en no siendo cosas de la Luna ó del Sol, ó si dijo algún señor de Francia ó de Alemania... Pues si á los que queremos á don Faustino no nos importan estas cosas...

MANUEL

Como yo no veo que haya mal para don Faustino en nada de eso...

TRINIDAD

No, si usted le ayudará á caer en la trampa, y después será usted el primero en reirse...

MANUEL

¡Señora Trinidad, que no hay paciencia que valga!

TRINIDAD

¡Y se llama usted amigo del señor, y dice usted que es para usted como un padre mismamente!... Y usted dejaría que su padre se dejara engatusar por una bribona.

MANUEL

Señora, deje usted en paz á mi padre, y á mí también, por de contado.

TRINIDAD

No, si por mí...

ESCENA II

DICHOS y DON FAUSTINO con un tarro de dulce.

FAUSTINO

¿Qué es eso? ¿Qué haces tú aquí?

MANUEL

Nada. Me ayuda á trabajar.

FAUSTINO

Si tuvieras de doctora lo que tienes de bachillera.

TRINIDAD

No, si ya es sabido, si la única mujer que habla soy yo; las demás lo preciso, y punto en boca. ¿Qué trae usted ahí?

FAUSTINO

Un tarro de dulce. Déjalo en el comedor.

TRINIDAD

¿Dulce? De monjas, ¿verdad? Dios sabe si tendrá alguna brujería el dulce. Yo que usted no lo probaba.

FAUSTINO

¡No digas desatinos! ¡Eres insoportable!

TRINIDAD

Sí, señor, sí: mal me quieren mis comadres porque digo las verdades. Si todos miraran por usted como yo, y vieran venir las cosas como yo las veo... Pues mire usted, desde ahora se lo digo... El día en que eso suceda...

FAUSTINO

¿Pero qué ha de suceder, empecatada?

TRINIDAD

Lo que yo tengo visto. Y si esa señora viene á esta casa de señora... ó de lo que sea, ó usted se va á la suya de marido... ó de lo que sea..., sépalo usted, por una puerta entra ella y por otra sale la hija de mi madre.

FAUSTINO

¿Pero ha visto usted cosa igual?

TRINIDAD

Que donde ganarme un pedazo de pan no ha de faltarme, y en último caso, si por vieja no me quieren en ninguna parte, me iré á un asilo de Caridad, que ya se lo tengo dicho á las hermanitas que en Madrid van á pedir á casa todos los meses, y ellas también me lo tienen dicho, que además del dinero que usted las da, yo les doy una peseta mía y les guardo el pan duro y las puntas de cigarro de usted y las cerillas sin cabeza, que esas santas de Dios todo lo aprovechan y todo lo agradecen...

FAUSTINO

¡Pero hay paciencia para oirte!... ¡Enmudece, ó no respondo de mi sobrehumana paciencia!

TRINIDAD

Sí, señor, sí; ya estoy muda, pero usted ya me ha oído y ya lo sabe usted; y como lo digo lo hago, ella por una puerta y yo por la otra, y por la ventana si no hubiera puerta... Ya lo sabe usted... *(Vase por la primera izquierda.)*

ESCENA III

DON FAUSTINO y DON MANUEL

FAUSTINO

¿Usted ha visto?

MANUEL

El caso de Trinidad es verdaderamente alarmante; es una locura, un delirio de persecución.

FAUSTINO

Estas criadas antiguas, en cuanto creen amenazado su predominio... Veinte años lleva á mi servicio... ¡Pobre Trinidad! En medio de todo, hay que agradecerle su interés, aunque sea exagerado.

MANUEL

Nada, que se figura que doña Amalia y usted están en relaciones, que se casan ustedes, ó qué sé yo...

FAUSTINO

¡Qué disparate! Doña Amalia... ¡Buena está doña Amalia! Ya vió usted, se fué á Madrid para volver en el tren de la noche y tardó en regresar cuatro días... Y su hija aquí sola...

MANUEL

Con nosotros.

FAUSTINO

Con nosotros, ya ve usted, con nosotros. Esa confianza nos honraría si doña Amalia fuera capaz de comprender que la merecemos; pero en ella no es confianza, es abandono. Eso sí, de Madrid volvió muy contenta; se conoce que arregló sus asuntos; se trajo una porción de perifollos nuevos, un carro de trastos, hasta un piano.

MANUEL

Al que Luisita sabe dar expresión; hay sentimiento, hay gusto, delicadeza...

FAUSTINO

Sí, Luisita, sí. *(Pausa.)* Ahí tiene usted, Luisita es quien me interesa mucho.

MANUEL

¡Don Faustino!

FAUSTINO

¡No piense usted locuras! Me interesa con un afecto protector, paternal, si usted quiere; naturalísimo en los que hemos llegado á cierta edad sin grandes afectos. Y en mí, créalo usted, así como la necesidad del afecto conyugal no ha existido nunca, el de la paternidad, sí; la he sentido siempre. Yo no rehuí nunca el matrimonio por temor á los hijos, á los cuidados y responsabilidades que traen consigo; al contrario, mi ideal hubiera sido constituir una familia sin el intermedio imprescindible del matrimonio. Los hijos sin la esposa... Eso es.

MANUEL

Pues no era tan difícil, don Faustino.

FAUSTINO

No, entiéndame usted: cuando digo esposa, lo digo en su sentido más amplio, la mujer. Y cualesquiera que sean nuestras creencias, la madre de nuestros hijos es siempre la esposa, una mujer unida para siempre á nuestra vida. Esto no es de moral religiosa, ni siquiera social; es, digámoslo así, de moral instintiva... Y eso es lo que temí precisamente. Una mujer no es para los que tenemos algún ideal, algún entusiasmo fuera de las

cosas materiales de la vida. Las mujeres, usted lo sabe, son poco idealistas; su espíritu es conservador, defensivo, y por lo tanto rutinario. Todo avance y todo vuelo les asusta. Es la que dice siempre al hombre, esposo ó hijo: —No te arriesgues, no te atrevas, atiende á tu provecho ante todo; si eres artista, haz arte de mercado; si eres hombre de ciencia, que tu ciencia sea lucrativa; si eres político, conténtate con ser ministro y mira por nosotros, que somos la familia, lo próximo, lo allegado; no mires por los demás, que son la humanidad. — Y usted lo sabe, usted lo siente como yo. ¿Qué valdría el paso del hombre por la tierra si sólo plantara el árbol de que ha de coger fruto; si sólo edificara la casa en que ha de pasar su corta vida; si sólo escribiera el libro que han de comprar sus contemporáneos? Mal planta, mal edifica y peor piensa el que no ve en cada retoño una floresta perenne; en cada piedra, el edificio de una ciudad grandiosa; en cada pensamiento, un mundo transformado, y todo para una humanidad futura.

MANUEL

Sí, don Faustino, tiene usted razón. El matrimonio no es para nosotros. ¡Si usted supiera en qué momento han venido á recordármelo las calurosas palabras de usted!... Esa, esa es la verdad. Nosotros no debemos pensar en casarnos.

FAUSTINO

¿Eh? ¿La verdad? ¿Qué dice usted?... ¿Que mis palabras en este momento...? ¡Si usted supiera

que las palabras que yo traía en la cabeza eran todo lo contrario de lo que acabo de decirle!... ¡Si usted supiera...! ¡Pícara manía discursera y razonadora! Tanto cree uno que vale lo que uno piensa, que acaba por sobreponerlo á lo que se siente y hasta á lo que se quiere. Mire usted, don Manolito, cada día me convenzo más; el estudio entontece. La humanidad caminaría más segura y más resuelta, como ejército combatiente, sin tantos libros, que son como la polvareda que levanta al andar la humanidad y la oculta y la estorba el camino. Acción, acción... la acción es todo... Hemos malogrado nuestra vida, don Manolito... ¿Intelectuales nosotros?... ¿Sabios nosotros?... Majaderos, estúpidos, desvanecidos...

MANUEL

¡Don Faustino, me espanta usted! ¿Qué le ocurre?

FAUSTINO

Que estoy indignado conmigo mismo y con usted; sí, señor, con usted, por haberme sacrificado su juventud, su porvenir...

MANUEL

¿Yo? Si yo me considero muy feliz, si yo no tengo más aspiraciones, ni más...

FAUSTINO

¡Calle usted, calle usted! Para usted es tiempo todavía... ¡La vida, la juventud!... Asómese usted, asómese usted á esa ventana.

MANUEL

No se canse usted, don Faustino; ya sabe usted que á mí el campo, como elemento poético, no me dice nada. Arbolito más ó menos; montaña más alta ó más baja; arroyo ó riachuelo que serpentean, me parece siempre lo mismo.

FAUSTINO

No estoy conforme, don Manolito; no estoy conforme. Nuestro espíritu está viciado por el estudio; no vemos nada á derechas; somos unos grandísimos tontos, créame usted, unos grandísimos tontos.

MANUEL

¿Y qué le hemos de hacer, don Faustino? Usted, creyente en la universal armonía, debe usted creer conmigo que así conviene, porque de todo ha de haber en el mundo, y á nosotros nos tocó en suerte ese papel.

FAUSTINO

No sea usted fatalista. Yo creo, yo creo... Yo no sé lo que creo; empiezo á no creer en nada. Escuche usted, don Manolito. ¿Usted no se ha enamorado nunca?

MANUEL

¿Enamorado, don Faustino? ¿De quién había yo de enamorarme?

FAUSTINO

Sí, es verdad; con la vida que usted ha llevado... como no hubiera sido de Trinidad.

MANUEL

¿Es que le han dicho á usted...? ¿Es que usted sospecha...?

FAUSTINO

¿Qué han de decirme?... ¿qué he de sospechar?... Lo contrario es lo que me hubiera costado trabajo creer. Pues hay que enamorarse, don Manolito; hay que amar... ¿Por qué no se enamora usted de Luisita?

MANUEL

¿Yo? Don Faustino...

FAUSTINO

Sería una solución para usted... y para ella... Solución y felicidad. ¡Pobre criatura! Al lado de su madre no habrá defensa para ella, y ella lo conoce, lo ve... y lucha; pero ella sola, ¿qué puede? Créame usted, don Manolito, sería una buena obra salvar á esa criatura; una buena obra que hallaría su recompensa en sí misma, porque, ó mucho me engaño, ó Luisita es la mujer ideal para un hombre como usted.

MANUEL

¿Y si yo le dijera á usted que también había pensado en ello?

FAUSTINO

¡Bravo!

MANUEL

Sí, señor; ya ve usted, yo estoy solo en el mundo; los únicos días de tranquilidad para mí son

estos que paso con usted en el pueblo; usted se queja del genio de Trinidad; á mí me parece un ángel, acostumbrado á mi patrona y á sus criadas... En invierno, durante el curso, rodando por casas de huéspedes, tengo que soportar á una gente...; no, no es para mi carácter. Sí, señor; yo necesito una familia. ¿Pero dónde iba yo á buscarla? Una mujer, la que yo necesito, no se encuentra en las bibliotecas ni en los laboratorios; ni de mi casa al Instituto, ni del Instituto á su casa de usted, que es todo lo que yo ando por Madrid ordinariamente.

FAUSTINO

¡Claro que no! Había de ser la casualidad, la Providencia. Seamos creyentes, don Manolito; hay Providencia.

MANUEL

Por mi...

FAUSTINO

Y la Providencia nos ha deparado á Luisita.

MANUEL

Sí, sí; á ella, sí; pero su madre... ¿Cree usted también que es cosa de la Providencia?

FAUSTINO

¿Quién lo duda? «De una buena suegra me libre Dios, que de la mala me libraré yo...» El peligro sería si Luisita estuviera de acuerdo con su madre; pero cuando ella es la primera en desear la separación... Si usted la hubiera oído... hasta en ponerse á servir pensaba la pobre... Nada, nada,

don Manolito, hoy mismo habla usted con la muchacha; yo hablo con la madre, impongo mis condiciones severísimas: alejamiento, comunicación de tarde en tarde; en fin, eso corre de mi cuenta; de la de usted lo demás; hable usted sin empacho, sin...

MANUEL

¿Hablar? ¡No me diga usted eso! ¿Hablar? ¡No sabré qué decir!...

FAUSTINO

Pues una carta no me parece bien habiendo bastante confianza entre ustedes y viéndose á todas horas.

MANUEL

Es que una carta también tiene sus dificultades. ¿Qué dice usted en una carta?

FAUSTINO

No, qué dice usted. ¡Caramba, don Manolito, que es usted muy para poco! Yo no he sido ningún Don Juan, pero si llegaba el caso, para decir un chicoleo á tiempo no me faltaba gracia. ¡Chist! *(Se oye la voz de doña Amalia y Luisita.)* La madre y la hija; yo preparo el terreno y me llevo á la madre con cualquier pretexto, ó usted se lleva á la muchacha, como usted quiera... Pero usted, por su parte... Vamos, no se atortole usted.

MANUEL

No le dé usted vueltas, don Faustino. Si pienso en lo que debo decir, no diré cosa con cosa; ya saldrá, ya saldrá; todo es el momento...

FAUSTINO

Sí, es verdad; el momento. Adelante, adelante, encantadoras amigas.

ESCENA IV

DICHOS; DOÑA AMALIA y LUISA por la primera izquierda, con sus labores.

AMALIA

Muy buenos días. Ante todo, ¿no molestaremos? Porque si están ustedes trabajando, nos salimos al jardín y allí nos sentamos con nuestra labor.

FAUSTINO

Ustedes no molestan nunca.

AMALIA

Sí, señor, sí; ¿no hemos de molestar? Hemos tomado esta casa como nuestra; pero si es que verá usted: aquellas cuatro paredes se nos caen encima; las dos solas todo el día, porque aquí no puede uno tratarse con nadie; las dos ó tres visitas que teníamos, yo no sé por qué, de la noche á la mañana, no nos saludan; algún chisme de pueblo. ¡Ay, qué pueblos! Á mí que me den corte ó cortijo, es decir, corte, corte; los cortijos para sacarles la renta y comérsela en casa muy descansada. ¡Ay, don Faustino de mi alma! ¡Cuándo veré yo arreglados mis asuntos y podré vivir donde me convenga, que será en Madrid, que es el único sitio en que se vive á gusto y con liber-

tad, digan lo que quieran! Mire usted que yo he viajado y he vivido en muchas partes; pues no le dé usted vueltas, el trato tan franco y tan sencillo y la libertad que tiene usted en Madrid, en ninguna parte.

LUISA

Pues yo estoy aquí muy á gusto.

FAUSTINO

Sí, ¿verdad? Tú no echas de menos la libertad de Madrid.

AMALIA

Es que esta hija mía, cuanto más arrinconada y más metida en sí, mejor se encuentra; ¡pues están los tiempos para que nadie se arrincone! Aquello de «El buen paño en el arca se vende», era de cuando no había más tiendas que las de la calle de Postas, como yo digo; ahora se necesita mucho escaparate y mucha luz eléctrica.

FAUSTINO

Y mucha trastienda.

AMALIA

¡Sí, pues á buena parte con Luisita! ¡Si ésta tiene el don de espantar á los hombres, como yo la digo!

FAUSTINO

¿Es verdad, Luisita? No lo creo. ¿No será ella la que se espante?

LUISA

Ya puede usted decirlo. ¡Si mamá supiera!...

AMALIA

Es que á ti siempre te parece que todos vienen con mala intención... Claro está que no habiendo mucho dinero por medio, ningún hombre se acerca á una mujer con idea de casarse; pero ahí está la habilidad y el trasteo, como yo digo: en hacerles comprender que no hay más remedio que pasar por el matrimonio.

LUISA

Pues yo no tengo esa habilidad, ni la tendré nunca.

AMALIA

Ya lo sé, ya está visto. ¡Pues como no esperemos á un príncipe encantado...!

FAUSTINO

Luisita sabe muy bien que no hay príncipes encantados, y es inútil esperarlos; pero á un hombre de bien que sepa estimarla en lo que vale; á un hombre, cómo diré yo...

AMALIA

Á cualquiera que se le diga que mientras esta chiquilla se está sin un mal novio donde usted la ve, porque lo que se llama novio esta es la hora que no ha tenido ninguno, yo, con mis años y sin humor para nada, si hubiera querido, hubiera podido casarme más de siete veces.

FAUSTINO

¡Doña Amalia! ¡Por Dios, más de siete veces! Yo creo que con una si era de verdad...

AMALIA

Claro está que una hubiera sido la verdadera; quiero decir más de siete probabilidades... También está usted hoy de broma; más vale así, porque yo en cambio estoy tristísima para variar; si yo al despertarme todos los días sólo pienso: ¿qué disgusto será el de hoy, Dios mío de mi alma? Y dando gracias á Dios, si no es más que uno.

FAUSTINO

¿Pues qué le ocurre á usted hoy?

AMALIA

Si va usted á ver, nada. Ustedes se reirán de seguro, y cualquiera á quien se lo diga; es que yo soy así; tengo un corazón que para todo llega, como yo digo, y lo mismo se interesa por las personas que por los animales.

FAUSTINO

¿Tiene usted enferma á la criada?

AMALIA

¡Ay, qué gracioso!... ¡Calle usted, por Dios! ¡Vaya, que este don Faustino!... ¡quién lo dirá al pronto que tiene tan buenas salidas! No es la criada, no, señor; más valía, que de ella será la culpa.

FAUSTINO

Pues entonces...

AMALIA

Es el loro, usted le conoce, un animalito que hace diez años que está en mi casa, y que tiene

más conocimiento que una persona, y me quiere más que muchas personas, y charla lo más retegracioso de este mundo; cosa que oiga dos veces... Como que es un sofoco, porque á lo mejor dice unas cosas que pensarán que uno se las enseña.

FAUSTINO

¿Y el pobre está malito?

AMALIA

Sí, señor, muy malito; no levanta cabeza desde ayer tarde. Para mí que la bribona de la criada le ha dado perejil por no tener el trabajo de cuidarle.

FAUSTINO

¡El perejil de los Borgias!

AMALIA

No se burle, que cuando una lleva tantos desengaños con las personas, es cuando una sabe apreciar á estos animalitos.

FAUSTINO

Si no me burlo. Ya ve usted, como que ahora mismo voy á visitar al paciente, y si hay contraveneno...

AMALIA

¿De veras? ¡Ay, si me lo salvara usted, don Faustino de mi alma!... ¿Por qué no? Usted es un sabio, y de todo entiende. ¡Ay, vaya usted, vaya usted!

FAUSTINO

Espere usted, llevaré el botiquín... Don Manuel, alcánceme usted esa cajita... ya sabe usted... *(Don Manolito saca una cajita de caoba que habrá en la estantería donde están los aparatos.)* Yo creo que le salvaremos; de loros entiendo mucho, porque un año entero nos dedicamos á estudios especiales sobre los loros, y entre don Manolito y yo envenenamos unos cuarenta.

AMALIA

¡Ay qué maldad tan grande! No me lo diga usted, que les aborrezco.

FAUSTINO

Gracias á eso, ahora podemos salvar á este de usted, que es un loro superior, un *superloro*, que bien vale las cuarenta vidas de sus semejantes sacrificadas. Cuando usted quiera.

AMALIA

Vamos, Luisita...

FAUSTINO

Deje usted á Luisita. Don Manolito es de confianza.

LUISA

No; voy, voy...

FAUSTINO

Que no, que no; que usted nos estorba... Diga usted á Luisita que se quede.

AMALIA

Quédate, niña. *(Bajo á don Faustino.)* ¿Qué combinación se trae usted?

FAUSTINO

Déjeme usted á mí, déjeme usted á mí.

AMALIA

¡Ah! ¿Es que...? ¡Ay, don Faustino, si viera usted que estos hombres tan encogidos no me dicen nada!...

FAUSTINO

Si no es á usted á quien han de decirle, señora...

AMALIA

¡Ay! Déjeme usted, que yo también tengo mis ilusiones de madre, y este don Manolito, qué quiere usted que le diga, no es mi tipo; vaya, que no es mi tipo. *(Vase con don Faustino por la primera izquierda.)*

ESCENA V

LUISA y DON MANUEL

MANUEL

¿No se sienta usted?

LUISA

No, señor; yo con mi afición: los libros. Me gustaría leerlos todos... Debe ser tan bonito saber de todo...

MANUEL

¿Cree usted...?

LUISA

Zoo... Zoología... ¿Aquí es donde están todos los bichos que hay en el mundo? Es muy curioso; unos tan grandes, como las ballenas, y otros tan chiquititos, tan chiquititos. ¡Cuidado que hay animales en el mundo!

MANUEL

Sí, sí los hay; sin contar al hombre, que es el rey de todos ellos, según dicen, ni á la mujer, que es la reina, seguramente.

LUISA

¿Reina, dice usted? ¡Pobrecitas mujeres! El último mono; eso sí que es siempre la mujer en el mundo... Astronomía... Esto sí que me gusta. Las horas muertas me paso en estas noches de verano mirando á las estrellas... No hay nada que dé tanto que pensar; mire usted que si todas las estrellas son mundos, como dicen, y en todos vive gente como nosotros, ó diferente de nosotros, que será más raro... ¡Ay, y eso quién lo sabe! ¿Don Faustino, qué dice?

MANUEL

¡Qué ha de decir!

LUISA

Mire usted una cosa que yo no acabo de creer aunque lo digan todos los libros.

MANUEL

¿Qué?

LUISA

Que el mundo dé vueltas. Á mí me parece que no es posible que no se sienta nada, porque en cualquier sitio que esté usted y se mueva un poco, ya lo nota usted, y si el mundo estuviera como un tío vivo, dando vueltas y vueltas, ¿no íbamos á notarlo? ¿Á usted qué le parece?

MANUEL

Que yo tampoco estoy muy seguro. ¿Pero de veras le interesa á usted todo eso, Luisita?

LUISA

¿Por qué no? Yo, en teniendo tranquilidad en mi casa y un libro que leer, ya estoy contenta. Yo no echo de menos paseos ni teatros. Le aseguro á usted que si mi mamá se conformara con vivir aquí...

MANUEL

¿De veras? De modo que usted sería dichosa...

LUISA

Con no tener que pensar en volver al teatro, con no ver á mi madre preocupada siempre con inquietudes, con disgustos. ¡Pícaro dinero! Con tanto como le sobra á mucha gente, que á pesar de eso se aburre y es muy desgraciada, y yo... yo qué feliz sería... con nada, con muy poco. No me importaría ganarlo yo misma. ¿Pero quiere usted decirme á qué gana una mujer honradamente lo bastante para vivir?... El teatro, sí; cuando se tiene condiciones, cuando se vale; pero no las

tengo, aunque mamá lo crea... Y ser una medianía, y para mal contratarse y mal vivir tener que andar á cada paso con las recomendaciones y las influencias... y... No, no... Y luego los periódicos y el público que paga para distraerse, y lo mismo se ríe cuando se suelta un gallo, que cuando uno se equivoca ó cuando se presenta uno con un trajecito de su gusto... ¡Qué sabe el público lo que todo aquello representa!...

MANUEL

Es verdad. Y que para su carácter de usted, yo creo que la vida del teatro...

LUISA

Un martirio, un verdadero martirio; las pocas veces que me he presentado al público, créalo usted, me costaba una enfermedad.

MANUEL

Usted no ha nacido para esa vida; usted ha nacido para tener una casita, un hogar modesto y tranquilo; para ser la compañera de un hombre modesto y tranquilo, un hombre sin ambiciones, un hombre de estudios tal vez, que se considerara el más dichoso de la tierra con tener á usted así, muy cerca de su mesa de trabajo, y encontrar su mirada de usted al levantar la vista de sus libros, y en esa mirada hallar el mayor estímulo y el mejor premio á todos sus afanes.

LUISA

¡Don Manuel!

MANUEL

Y si usted se interesaba también por sus estudios, ¡qué hermosa intimidad la de dos almas que se unen en el amor á la ciencia, á la verdad... Antes me hablaba usted de su afición á contemplar los astros en estas hermosas noches de verano... ¿Usted no ha contemplado nunca el cielo con un telescopio?¡

LUISA

No, señor; no...

MANUEL

¡Qué placer contemplar juntos esa inmensidad de mundos esparcidos por el infinito, aprender sus nombres, esos nombres tan poéticos que recuerdan la edad en que cada uno de esos astros representaba un dios protector de los mortales. Y ya en la tierra, los paseos por el campo ó por cultivados jardines, penetrar juntos en el misterio de las flores, que aman y se unen como nosotros, y unas veces son ellas mismas las que se buscan, y otras veces el viento es mensajero de sus amores, y otras veces los alados insectos... ¡Ah!, la Naturaleza está llena de encantos; es un libro abierto de continuo y á nadie mejor descubre sus secretos que á los corazones enamorados, como aquel libro de amor que leyeron Francesca y Paolo.

LUISA

¿Quiénes eran Francesca y Paolo?

MANUEL

Dos enamorados que leían juntos.

LUISA

¿Y qué les sucedió?

MANUEL

Se condenaron.

LUISA

¡Qué horror! ¿Por qué?

MANUEL

Fueron condenados á besarse eternamente.

LUISA

Menos mal.

MANUEL

Porque su amor no era como Dios manda. Ella estaba casada con un hermano del galán, y el marido los mató á los dos...

LUISA

¿Pero de verdad ha sucedido, ó es una novela?

MANUEL

Sí, sí; sucedió, efectivamente, en el siglo trece ó catorce en Italia.

LUISA

¿Sabe usted que antiguamente pasaban más cosas que ahora?

MANUEL

Poco más ó menos.

LUISA

¿Tiene usted aquí esa historia?

MANUEL

Aquí no; pero yo la buscaré, y la leeremos juntos si usted quiere.

LUISA

¡Ay, juntos no, no sea que nos condenemos!

MANUEL

¿Nosotros, por qué? Nosotros podemos leerla como Dios manda.

LUISA

Don Manuel, que eso es decir mucho.

MANUEL

Yo creí que no había dicho nada.

LUISA

¿Cómo que no? Si está usted desconocido.

MANUEL

¿De veras? Usted comprende..., usted comprende que yo, que desde que la vi á usted, desde antes de verla...

LUISA

¡Jesús! Desde antes; no exagere usted...; ponga usted desde ayer, desde ahora...

MANUEL

Nó, no, porque yo la esperaba á usted; la prueba es que no he querido á ninguna mujer, que

ni siquiera he mirado á ninguna, porque la esperaba á usted siempre...

LUISA

Pues mire usted, ha sido una casualidad el haberme encontrado.

MANUEL

Casualidad, no; la Providencia; diga usted que ha sido la Providencia...

LUISA

En figura de don Faustino. Sí, don Faustino es quien le ha hecho pensar en mí; usted ni se había fijado; sea usted franco.

MANUEL

No, no; don Faustino le dirá á usted si desde el primer momento no sentí por usted gran simpatía; simpatía que...

LUISA

Simpatía, sí; ¿por qué no? Pues atengámonos á la simpatía. ¿No le parece á usted demasiado pronto para pensar en algo más serio? Yo le soy á usted franca: aun no puedo sentir por usted más que esa simpatía; usted, usted aun no ha podido darse cuenta de si es usted ó es don Faustino el que habla por usted; don Faustino, que es muy bueno conmigo..., ó si le parezco á usted bien, ¡qué sé yo! Acaso porque soy la primera mujer que ve usted de cerca. De todos modos, lo mismo usted que yo necesitamos conocernos

algo más para no engañarnos, ni el uno al otro, ni nosotros mismos.

MANUEL

Habla usted con tanto juicio, que por muy impaciente que sea mi corazón, ha de someterse á tan atinadas razones; pero entretanto...

LUISA

Entretanto yo estimo y agradezco su atención y su confianza; por lo mismo sentiría perderlas después cuando usted pensara como otros..., en que soy pobre, en que mi madre no puede separarse de mí cualquiera que sea mi suerte..., circunstancias todas que pueden modificar su modo de pensar ahora... Piense usted en todo eso más que en mí, y cuando usted haya pensado y esté usted seguro de quererme lo bastante...

MANUEL

Entonces...

LUISA

Entonces... Confieso que sería una ingratitud muy grande no corresponder á usted como se merece, porque es usted un hombre honrado y generoso.

MANUEL

¡Luisita! *(Se oyen risas de don Faustino y Amalia.)*

LUISA

Mi madre y don Faustino... No le digo á usted que disimulemos, porque los dos estarán de so-

bra enterados... ¿No digo? Riéndose vienen... Y nosotros casi lloramos...

MANUEL

Yo, sin casi... Es que estoy muy contento... Déjeme usted llorar...

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA AMALIA y DON FAUSTINO por la primera izquierda.

AMALIA

Sí, don Faustino, créalo usted, una locura; es para reirse...

FAUSTINO

¡Locura!... ¡Locura!...

AMALIA

Lo principal es que nos hemos reído sólo de pensarlo.

LUISA

Vienen ustedes muy alegres

AMALIA

Calla, hija; si este don Faustino... ¿Quién había de decirlo? Tiene un humor como un muchacho de veinte años, con más gracia y con más finura que los de ahora, que por lo general son unos sin... substancia, que si quieren estar graciosos no saben decir más que chulerías ó chistes del

teatro. Don Faustino, ya se ve que es de otra época en que había más educación.

LUISA

Esa alegría es señal de que *Riquiquí* está fuera de peligro.

AMALIA

¡Ay, no! En las últimas el pobrecito; no hay remedio; pero ya conoces mi carácter; estoy tan hecha á penas en este mundo... ¡Cómo ha de ser! Más hay de su casta que de la nuestra. ¡Animalito! Con la enfermedad tiene la mirada más inteligente; me miraba como si quisiera decirme algo. Don Faustino ha prometido disecármelo, ya que no puede hacer otra cosa.

FAUSTINO

Sí, señora; será una verdadera obra de arte; no le faltará más que hablar.

AMALIA

Y ustedes... ¿De qué han hablado ustedes en este rato?

MANUEL

¿Nosotros?...

LUISA

(Bajo á don Manolito.) ¿Lo ve usted? Lo saben...

FAUSTINO

Sí; ¿de qué han hablado ustedes?

LUISA

Pues de muchas cosas; de todo, ¿verdad? De libros..., de las flores, de las estrellas...

AMALIA

¡Jesús! ¡Qué superferolíticos!

FAUSTINO

¡De las estrellas! ¿Y qué dicen, qué dicen las estrellas?

LUISA

¡Vaya usted á saber, don Faustino!

AMALIA

¿Sabes que don Faustino ha tenido una idea? Para distraerme de la pena del loro, quiere que comamos aquí en familia.

FAUSTINO

Eso es; en la intimidad, como excelentes amigos... Y voy á prevenir á Trinidad... *(Vase por la primera izquierda.)*

MANUEL

Muy buena idea...

AMALIA

Pero ya le he dicho que nosotras contribuímos al banquete. De otro modo no acepto. Traeré una botella de champagne que hay en casa y una piña de América en conserva, y tú improvisarás algún dulce; un marqués de repente.

MANUEL

¿Qué es eso?

AMALIA

Un postre de dulce, criatura; se llama así porque se prepara en cinco minutos. Para un pronto de convidados es muy socorrido.

FAUSTINO

(Saliendo por la primera izquierda.) Ya le he dicho á Trinidad...

AMALIA

Anda, Luisita, ve á la cocina. Trinidad te dará lo que necesites...

FAUSTINO

¡No faltaba más!...

AMALIA

Yo me llego en un vuelo por esas cosillas... ¡Ah!, también me encargo del café; es mi especialidad... ¿Ve usted? Yo estoy en mis glorias con estas bromas... Si no fuera por estas expansiones...

FAUSTINO

¡Ya lo creo!... Entre personas simpáticas...

AMALIA

Y de educación, don Faustino, de educación, que es lo principal, que sepan dar á una expansión su verdadero alcance... Hasta ahora mismo... Luisita, á ver como te esmeras...

LUISA

¿Yo? ¡Pobre de mí!... *(Vase por la segunda izquierda, y Amalia por la primera izquierda.)*

ESCENA VII

DON FAUSTINO y DON MANUEL

FAUSTINO

¿Se atrevió usted?

MANUEL

¿Si me atreví? No lo hubiera creído, pero con ayuda de Francesca y de Paolo, y de las estrellas, y...

FAUSTINO

¡Don Manolito! ¿Está usted seguro de no haberse puesto en ridículo?

MANUEL

¡Yo qué sé, don Faustino!

FAUSTINO

Pero, en fin, Luisita, ¿qué le dijo á usted?

MANUEL

Ella sí que habló con discreción. Sin melindres y sin descoco, con seriedad, pero sin desabrimiento, me dijo: que aun no nos conocíamos lo bastante; que aun no había podido darse cuenta de mis sentimientos respecto á mí; que yo, por mi parte, también podía estar alucinado; que debíamos pensarlo... ¡Yo la escuchaba en éxtasis... Le confieso á usted que si me hubiera dicho que sí en redondo, quizás me hubiera parecido poco sincero ese sí, por lo prematuro.

FAUSTINO

¿Quién lo duda? Ya ve usted cómo Luisita es una excelente muchacha... Otra cualquiera en su situación, se hubiera precipitado en comprometerle á usted... Lo principal es casarse, y luego... Pero Luisita no; es un ángel...

MANUEL

¡Y cómo se interesa por cosas que de ordinario no suelen preocupar á las mujeres!... La Geografía, la Historia, la Astronomía...

FAUSTINO

Sí, sí; pero mire usted, eso es lo de menos: no pretenderá usted que Luisita colabore en sus trabajos, ni le substituya en la cátedra. Lo principal es que ha encontrado usted á la mujer de su casa, que tendrá usted un hogar... ¡Ay don Manolito! Si viera usted qué trastorno ha causado en mí todo esto... El cariño que esa criatura ha despertado en mí...

MANUEL

¿Y habló usted con doña Amalia? ¿Le indicó usted...?

FAUSTINO

Sí, sí... ¿Sabe usted que no debe juzgarse de ligero á la gente, ni por apariencias superficiales de carácter? ¿Sabe usted que al tratar de este asunto con doña Amalia, me ha parecido una mujer muy razonable, que conoce el mundo, que adora á su hija, que no le habrá dado tan malos ejemplos cuando la muchacha es buena y está bien

educada?... Yo no digo que en la historia de doña Amalia no haya algunos puntos obscuros...; pero lo que ella dice: una mujer en sus circuntancias, sola en el mundo, sin recursos, debiendo sostener una posición muy superior á sus medios, por pensar en su hija, en su porvenir... Créalo usted, don Manolito; hablando con ella seriamente y de cosas serias, doña Amalia no es una mujer sin juicio ni tan dislocada como la juzgamos en un principio... Yo creo que es demasiada severidad pretender separarla de su hija... Es más; yo creo...

MANUEL

¡Don Faustino! ¿Qué ha pensado usted?... Yo creo que ha ido usted más de prisa que yo...

FAUSTINO

¿Qué quiere usted decirme? ¿Sería una locura? Yo estoy solo, muy solo también, don Manolito. Á mi edad, ¿qué es ya posible para mí? Un matrimonio razonable... Y si yo á doña Amalia la ofreciera, no con una posición brillante, pero sí desahogada, la tranquilidad de su vejez, el porvenir de su hija asegurado, porque yo no tengo familia que me importe... ¿no cree usted que ella, en cambio, podía ser la mujer de mi casa?... Claro está que ya no somos dos chiquillos para ilusiones de amor...; pero el cariño á Luisita nos uniría como á un matrimonio viejo. Al poco tiempo había de parecernos que lo éramos efectivamente, que Luisita era hija nuestra, que hubo un tiempo en que nos amamos como dos jóvenes... Y... ¿Qué dice usted?... Dígame usted algo;

que pienso bien ó que disparato; dígame usted algo, don Manolito, porque ya estoy viendo que no es usted solo el que se casa.

MANUEL

¿Yo? ¿Yo qué puedo decir, don Faustino? Con los sentimientos no se razona. Además, la posibilidad de tener á usted por suegro, es una satisfacción tal para mí que... ¿Qué quiere usted que yo le diga? Yo no sé qué pensar ya de nada, ni de usted, ni de mí... Y ¿sabe usted que hace tres días que no trabajamos en el Diccionario?

FAUSTINO

Déjese usted de Diccionarios; bastantes Diccionarios tiene ya la humanidad para entretenerse.

ESCENA VIII

DICHOS; TRINIDAD por la segunda izquierda.

TRINIDAD

¡Don Faustino!... ¡Don Faustino!...

FAUSTINO

¡Adiós! ¿Qué traerá ésta? ¡Con qué cara vienes siempre! ¿Qué te ocurre?

TRINIDAD

Nada. ¿Qué le dije yo á usted esta mañana, qué le vengo á usted diciendo, don Faustino?

FAUSTINO

Cualquiera se acuerda de lo que tú hayas podido decirme, con tantas cosas como dices.

TRINIDAD

Pues ya sabe usted lo que dije, lo que digo ahora: esa señora por una puerta y yo por otra. ¿Se entera usted? Y la puerta por donde yo salgo es ésa, y ahora mismo...

FAUSTINO

¿Pero tú estás loca, ó qué es esto? ¿Qué significa...?

TRINIDAD

Significa lo que yo tenía muy visto; que le han embrujado á usted; que aquí ya no se hace más que lo que dispone esa señora, la señora...

FAUSTINO

¡Trinidad, Trinidad! No agotes mi paciencia, que la tienes bastante apurada...

TRINIDAD

No; si ahora es cuando va usted á estar bien cuidado; si ahora es cuando va á estar su casa que ni en la gloria. ¿Le parece á usted que la niña se me entre por la cocina, disponiendo como si estuviera en su casa? Porque sabe que lo está, porque sabe que á usted se le cae la baba con la madre y la hija. ¡El demonio! La risión de todo el mundo será usted, si señor; la risión, á sus años, con su respeto...

FAUSTINO

¡Trinidad! ¡Trinidad! ¡Esto se acabó! No eres tú la que se marcha; soy yo el que te despide, y ahora mismo, sin remisión; que yo no te oiga, sobre todo.

MANUEL

¡Pero Trinidad!...

TRINIDAD

Sí, usted tiene la culpa; usted que le alaba sus chocheces, porque son chocheces; y si usted le quisiera bien, se lo diría como yo se lo digo; pero este don Manuel, en no faltándole la sopa boba...

MANUEL

Señora Trinidad, que yo no me he metido con usted nunca para nada; respéteme usted...

FAUSTINO

Vete, vete ahora mismo.

TRINIDAD

¡Si ya sabía yo que acabaría usted por eso, por echarme de un puntillón, como á un perro! Para esto he estado sacrificada, mirando por esta casa y por este señor como no hubiera mirado por algo mío... Para esto he perdido yo la proporción de haberme ido á servir con una señora marquesa, que era ella sola y se murió el año pasado y se lo dejó todo á la criada, que fueron unos ocho mil reales, y las ropas, que valían otro

tanto, para verme en la calle como una ladrona como una...

FAUSTINO

¡Trinidad, mira que comprendo que puede matarse á una mujer!...

TRINIDAD

Vaya usted, vaya usted á registrarme el baúl, que puede que desconfíe usted de mí, y quiero que vea usted lo que yo me llevo de su casa...

MANUEL

Es un caso de locura. Ya se lo dije á usted.

FAUSTINO

¡Elige una puerta; pronto!

TRINIDAD

¡Si se tiene usted que acordar de mí, si se tiene usted que acordar! *(Vase por la segunda izquierda.)*

MANUEL

Es un caso de histerismo de lo más caracterizado...

FAUSTINO

Es el demonio que la lleve... ¿Lo ve usted, lo ve usted?... Esto le sucede á uno por estar en poder de criadas... Estas son las criadas de confianza; en cuanto creen que alguien puede mandarlas, ya se sublevan, le insultan á uno, quieren imponerse... ¡Oh, la familia, la familia!... Sin ella no es posible tener casa, ni confianza en nadie.

ESCENA IX

DICHOS; LUISA por la segunda izquierda con platos, cubiertos, mantel y servilletas. Luego: AMALIA por la primera izquierda con botellas y latas de conservas.

LUISA

¿Qué le sucede á Trinidad?

FAUSTINO

Nada, nada; que está loca.

AMALIA

Aquí estoy con las provisiones; he arramplado con todo lo que encontré... ¡Pero lo que son estos pueblos! En cuanto hay algo que fisgar parece que les avisan con campanillas. Nunca ve uno á nadie por las calles; pues hoy, ¡qué sé yo la gente que me he encontrado!... Mucha que otras veces ni me saludaba, pues hoy: «¿Qué tal, doña Amalia, se va de merienda, se va al campo?» Y á propósito, ¿qué le sucede á Trinidad?... Al llegar yo la he visto salir con un pisto... gritando ella sola...

FAUSTINO

Está loca. Esas criadas antiguas... La he despedido...

AMALIA

¡Despedido!... ¿Por qué?

LUISA

¿Se ha enfadado porque yo entré en la cocina? No creerán ustedes que yo la he tratado con malos modos.

FAUSTINO

¡Qué disparate! Es que siempre fué inaguantable... Sólo yo, con mi cachaza... y por necesidad...

AMALIA

¡Si es que está el servicio!...

FAUSTINO

Lo que no sabemos es cómo nos habrá dejado la comida.

AMALIA

Por eso no hay que apurarse... Nosotras lo arreglaremos todo. Vamos, Luisita... Y ustedes también hagan algo. Saquen ustedes la mesa al jardín, porque comeremos en el jardín, en un día tan hermoso... Y usted, don Manolito, ponga usted en el pozo estas botellas, que se refresquen.

MANUEL

¿Pero usted quiere que nos emborrachemos?

AMALIA

Calle usted; si es que me he encontrado todo eso que ni me acordaba; son regalos de mis tiempos... Vamos, muévanse ustedes.

FAUSTINO

Ayúdeme usted, don Manolito.

MANUEL

(Que sale de haber llevado las botellas por el foro.) Voy, voy...

AMALIA

Cuidado con romper nada.

LUISA

La comida está lista. Mi dulce debe estar muy bueno; lo tengo al horno. Voy á coger unas flores para adornar la mesa. *(Vase por el foro.)*

FAUSTINO

¡Pero esto va á ser una orgía romana!

AMALIA

Un día es un día...

FAUSTINO

¿Qué dice usted, don Manolito? Yo estoy muy contento... Ahora no dirá usted que somos unos buhos.

AMALIA

No, señor; son ustedes unas personas muy simpáticas y muy tratables... ¡Ay, que huele á quemado!... Vayan, vayan ustedes, que de la cocina yo me encargo. *(Vase segunda izquierda.)*

LUISA

(Que ha salido con las flores por el foro y cogiendo la mesa ayudada por don Manolito.) Don Manolito, sujete usted bien, que tiene usted muy poca fuerza.

FAUSTINO

¡Este don Manolito! Lleve usted los platos y déjeme usted á mí...

LUISA

¡Ay, que se le cae todo, que nos deja sin platos! *(Don Manuel deja caer los platos.)*

FAUSTINO

¡Cataplum!

AMALIA

(Saliendo por la segunda izquierda.) ¿Qué ha sido? ¿Qué pasa?

MANUEL

Nada, nada; ya lo ve usted.

FAUSTINO, AMALIA y LUISA

(Á un tiempo.) ¡Este don Manolito!

AMALIA

¡Pero don Manolito!

LUISA

¡Ay, qué don Manolito!

AMALIA

Si hoy nos vamos á reir; ya verán ustedes... Esto rejuvenece... Á mí me parece que me han quitado diez años de encima...

FAUSTINO

Y á mí, á mí me parece que he nacido ahora mismo... *(Todos rien y hablan á un tiempo muy animados.) (Telón.)*

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

La misma decoración que en los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AMALIA y LUISA

AMALIA

Aun no han venido; ya lo decía yo; el tren llega aquí siempre con retraso. No tardarán, sin embargo. Hoy ya se siente fresco, y dentro de unos días frío; el invierno ya; otro invierno triste.

LUISA

Los árboles van perdiendo la hoja.

AMALIA

Sí; en cuanto empiece el frío, será morirse de tristeza. Y don Faustino y don Manolito, que se irán á Madrid en cuanto empiece el curso, y nos quedaremos solitas.

LUISA

¡Cómo ha de ser!

AMALIA

¡Ay, Dios mío de mi alma, qué vida! ¡Qué vida!

LUISA

¿Qué noticias has tenido hoy de Madrid? No han debido ser buenas.

AMALIA

¿Cuándo hay algo bueno para mí? Lo que es que no quiero pensar; estoy ya tan abrumada y tan desesperanzada de todo, que me dejo en manos de Dios, y sea lo que Dios quiera. Si me pusiera á pensar, me volvería loca.

LUISA

¿Qué sucede ahora, mamá?

AMALIA

Lo de siempre: apuros... fatigas... Si nos estamos aquí, ¿como se vive? Aquí no hay recursos... Si volvemos á Madrid... Tampoco quedan allí muchos recursos...

LUISA

Don Manolito ya sabes que está deseando casarse en cuanto yo quiera.

AMALIA

Sí, sí; ya lo sé; ¡pero si tú no le quieres!... Yo lo veo. ¡Si sabré yo cómo se quiere cuando se quiere! Lo que hay es que don Manolito es un infeliz y don Faustino es un santo y se interesa por él y por ti y no hay modo de decir que no en redondo... Y que, la verdad, como están los tiempos, no hay que pensar en mejor partido. Demasiado lo sabes.

LUISA

¡Claro que no!...

AMALIA

Es preciso resignarse; pero es muy triste resignarse cuando se empieza á vivir... Que me resigne yo, bueno está, y aun no me resigno; y tratándose de ti, me resigno menos... Y tú no quieres á don Manolito, digas lo que digas.

LUISA

No; yo digo la verdad. Como yo creo que debe quererse, no le quiero... Y si vieras, me da mucha rabia conmigo, porque si él me quiere y es tan bueno, tan bueno... ¿qué más puedo pedir? ¿Por qué no quererle? Créelo, me hace pensar muchas veces en que no debo ser buena, porque no hay motivo para no querer á un hombre tan bueno, tan bueno, que me dan ganas de llorar cuando le veo tan ilusionado en mi cariño y siento que no le quiero del mismo modo... y vamos á ver... ¿por qué no le quiero? ¿Por qué?

AMALIA

¿Quieres que te lo diga? Porque es muy feo y muy raro, hija mía; y no hay que darle vueltas: el amor entra por los ojos, y á persona que á primera vista no nos dice nada, es ya imposible que se la quiera nunca con amor; podrá llegarse á quererla con el tiempo como á un buen amigo..., como á una persona de la familia; pero el verdadero cariño, ó es un escopetazo, ó no es nada; y don Manolito, santo de Dios, un escope-

tazo sí es; pero de salir corriendo y dando gritos. Muchas veces, cuando habla contigo, le estoy mirando; y como el pobre es tan cariñoso y tan angelón, yo no hago más que buscarle algún perfil ó alguna luz para ver si me hace otro efecto, y nada; cuando más amartelado está, más feo se pone; es que es un joven con aire de viejo, y hace tan triste y tan raro... Don Faustino, con sus años y sin presumir, tiene otro porte, de señor mayor; pero con su aire y su gracia...

LUISA

Oye, mamá: después de aquel día del almuerzo, ¿don Faustino no ha vuelto á decirte nada?

AMALIA

Nada; ¿de qué?... ¡Ah!... No, ya lo has visto... Aquello fué una broma del día; por reirnos, pero nada más... Ya suponía yo... Nunca creí que fuera en serio; y si lo hubiera sido en aquel momento, después habrá pensado, como se piensa siempre... ¡Y que á la edad de don Faustino casarse!... ¿Es que á ti, que nunca quieres oirme hablar de casamiento, no te hubiera disgustado que don Faustino...?

LUISA

No, al contrario; es tan bueno para mí, para nosotras... Á ése sí que le quiero sin esfuerzo... Viviría siempre con él, como una hija.

AMALIA

Y esa es su ilusión; pero casándote con don Manolito, que es un hijo también para él... Tú verás...

LUISA

¡Don Manolito! Si yo le quiero también; pero como tú dices: como querría á un hermano ó á un buen amigo de toda la vida... Cuando me habla de otras cosas..., de sus estudios..., de sus libros..., me estaría oyéndole siempre; pero cuando se cree en el caso de ponerse tierno y me habla de su cariño...

AMALIA

Cuando se pone más feo, lo que yo te digo.

LUISA

No... es que... ¡qué sé yo!... Me haría reir si no me hiciera casi llorar, porque dice unas boberías... Parece mentira, un hombre que sabe tanto y que habla tan bien de otras cosas...

AMALIA

De lo que sabe.

LUISA

Y soy franca, mamá. Me da miedo casarme así, sin quererle como debía... Pero si no hay otro medio...

AMALIA

¡Calla, calla! Aunque no lo hubiera... ¿Sacrificarte yo?... Ahora, que en algo hay que pensar... Don Martín ha vuelto á escribirme que si piensas volver al teatro.

LUISA

¡El teatro! ¿Qué dice?

AMALIA

Sueldo, el de siempre; de trabajo, muchas promesas y muchas esperanzas; pero ya sabes...

LUISA

Sí, ya sé...

AMALIA

No te pongas triste... Todo es si tú quieres, lo que tú quieras... Por mí, ya sabes, nos defenderemos como podamos.

LUISA

Sí, me defenderás; ya lo sé... Pero á ti, pobre madre mía, ¿quién te defenderá?

AMALIA

Por mí no te preocupes. Ya sé lo que son penas... Creo que están ahí...

ESCENA II

DICHAS, DON FAUSTINO y DON MANOLITO por la segunda izquierda, con caja de dulces.

AMALIA

¡Hola, hola! Bien venidos. ¿Qué tal el viaje?

FAUSTINO

Como siempre. ¿Qué tal por aquí?

AMALIA

También como siempre.

MANUEL

Luisita, permítame usted que la ofrezca...

LUISA

¿Dulces?

MANUEL

De Madrid... Sé que la gustan á usted.

LUISA

Muchísimas gracias...

AMALIA

Siempre tan amable... ¿Y han terminado ustedes sus exámenes?

FAUSTINO

Sí, ayer fué el último día... Ahora tenemos descanso hasta el primero de octubre, y después á Madrid... ¡Bastante lo siento!

AMALIA

Y nosotras figúrese usted.

FAUSTINO

¿Pero ustedes no vienen ahora á Madrid?

MANUEL

¿Cómo es eso? ¿Que no vienen ustedes?

AMALIA

Sí, sí; pero no tan pronto, no podemos saber todavía... Precisamente hoy me han escrito, y para mí todas son dificultades.

MANUEL

Permítame usted, Amalia; yo creí que habíamos convenido en algo; don Faustino le había dicho á usted...

AMALIA

Sí, sí; pero hay que esperar todavía, hay que esperar.

MANUEL

Luisita, ¿qué quiere decir su mamá?

LUISA

Ella le hablará á usted, mejor dicho, don Faustino.

MANUEL

Me asusta usted.

LUISA

No, no se asuste usted. Cuénteme, cuénteme; ¿qué hay por Madrid?

MANUEL

Para mí nada; mi obligación y nada más.

FAUSTINO

Eso sí, puedo asegurarte que no ha cometido ninguna infidelidad; él bien hubiera querido, pero estaba yo para vigilarle.

MANUEL

¡Don Faustino! ¡Que lo van á creer!

AMALIA

No, no se apure usted, don Manolito; no lo creemos.

FAUSTINO

Eso es; cobra buena fama... Pues no hay que fiarse; este don Manolito es terrible. El otro día, yendo juntos, se le enredó un botón en los flecos de un pañuelo, y no sabe usted, no sabe usted...; si no es por mí no se ha desenredado todavía.

MANUEL

¡Don Faustino!

FAUSTINO

¿La del mantón?... Guapísima... Que les diga á ustedes, que les diga á ustedes...

MANUEL

Si yo no la miré siquiera; lo que pasé fué un sofoco, con no sé cuántas desvergüenzas que me dijo en plena calle de la Montera.

AMALIA

Eso sí lo creemos.

LUISA

¿No ha ido usted al teatro en Madrid ninguna noche?

MANUEL

No; ¿yo al teatro?

FAUSTINO

Fuimos una noche á un cinematógrafo... ¿Sabe usted que me agrada cómo se van aficionando las clases populares á ese espectáculo tan científico y tan culto, y donde á lo menos no aprenden groserías con que enriquecer su vocabulario?

AMALIA

Es que se pasa el rato por poco dinero. Nosotros íbamos mucho á uno que está al lado de casa de unas amigas que daban reuniones, y se bailaba aprovechando el órgano del cinematógrafo...; se abría un balcón y se oía perfectamente...; algunas noches bajamos toda la tertulia; á las muchachas que tenían novio les divertía mucho; las mamás, embobadas con las vistas, no se enteraban de nada.

LUISA

Mamá... ¡qué cosas dices!

AMALIA

Lo digo porque este santo varón de don Faustino cree que toda la afición al cinematógrafo es por lo culto y por lo científico, como él dice; que no estuviera tan obscuro, y vería usted la concurrencia: chiquillos y algunas almas de Dios, como usted y como don Manolito.

FAUSTINO

¡Puede que tenga usted razón!

AMALIA

¡Ay, don Faustino! Con la costumbre de mirarlo todo por el telescopio y por el microscopio, luego con la vista natural no acierta usted á ver nada.

FAUSTINO

Bastante lo siento; pero ya es tarde, ya es tarde... Menos mal si todavía logro rodearme de afectos tranquilos; si, aunque sea prestado, tengo al fin mi hogar, el de un discípulo, que bien puedo llamar amado, y el de Luisita, á quien quiero tanto como si la hubiera conocido toda mi vida, como si fuera hija mía... Créalo usted... Ya lo ve usted, hablando de esto me emociono de veras... y esto sí que se ve á simple vista, sin microscopio y sin telescopio.

AMALIA

Ya lo sé, don Faustino; ya lo veo. ¿Y cómo agradecérselo? Encontrar una persona como usted en el mundo le compensa á una de tanta pillería y de tanta sinvergüencería como ha conocido una. Pero tenemos mucho que hablar, don Faustino.

FAUSTINO

¿Nosotros?

AMALIA

Y Luisita también. Los tres. De muchas cosas. Usted es muy bueno para nosotras, y sin contar con usted no queremos dar un paso.

FAUSTINO

Y don Manolito, ¿no quiere usted que asista á la conferencia?... Próxima la fecha... Porque yo creo que no debe demorarse.

AMALIA

No, don Manolito, no; ya sabrá usted.

FAUSTINO

Como usted quiera. Cuando usted quiera. Echaremos á don Manolito con cualquier pretexto, ó sin pretexto.

AMALIA

No, no; tiempo hay.

MANUEL

¿Los exámenes dice usted? ¡Ay, Luisita, si mis alumnos la conocieran á usted, esté usted segura de que vendrían á darle una serenata. Gracias á usted ha sido cosa de aprobarlos á todos. Cupido y no Minerva les ha salvado.

LUISA

¿De qué es diosa Minerva, don Manolito?

MANUEL

De la sabiduría; Cupido de...

LUISA

Cupido ya lo sé, del amor... ¿Quién no lo sabe? Pues no le pese á usted, don Manolito; los muchacho estarán tan contentos, y más que los mu-

chachos sus pobres madres, y si pensaran ustedes en ellas no sacarían mal á ninguno.

MANUEL

Yo pienso en todo; pero pienso también en la pobre España, madre también, que se encuentra todos los años con una porción de sabios oficiales que no saben nada... Pero no me ha contestado usted á mi pregunta. ¿Por qué cambió usted de conversación?

LUISA

¿Á su pregunta? ¡Ah! ¿Si me gusta el barrio de Pozas para vivir?

MANUEL

Eso es: he visto allí unos cuartos monísimos, y para nosotros...

LUISA

¿Para nosotros?... ¿Ya piensa usted en eso?

MANUEL

¿Ya, dice usted? Mi idea siempre fué para las vacaciones de Navidad. ¿Por qué le parece á usted pronto? Don Faustino piensa lo mismo que yo. También ha visto el cuarto; él la dirá á usted si es bonito y alegre: el interior, con vistas á un jardín precioso; mi despacho, todo lleno de sol, y como mi despacho será nuestra habitación, yo trabajaré, y usted, cerca de mí, lee ó cose ó me habla; ya sabe usted que yo trabajo aunque hablen á mi lado, y si es usted la que habla, su voz de usted es como una música muy dulce. Pero

noto que mis palabras la ponen á usted seria, triste, y no es de ahora; yo quisiera engañarme, pero yo creo que usted no me quiere; es más, que le soy á usted odioso...

LUISA

¿Odioso? ¡Eso sí que no!

MANUEL

Bueno, odioso es demasiado. ¿Por qué ha de odiarme usted?... Pero quererme...

LUISA

Le quiero á usted más de lo que usted se figura; si no le quisiera á usted bien, no me vería usted triste.

MANUEL

¿Entonces...?

LUISA

Entonces... déjeme usted hablar con don Faustino...; yo sola no puedo resolver nada... Déjeme usted hablar con él, se lo suplico.

MANUEL

Sin súplica. Ahora mismo. Don Faustino, con su permiso y el de estas señoras... Dejo á ustedes... Ya sabe usted que traje un encargo.

FAUSTINO

¿Un encargo? ¡Ah!... Vaya usted, vaya usted.

MANUEL

(Á Luisita.) No sé por qué me presumo que van ustedes á sentenciarme... ¡Ay, Luisita; usted que

se interesa por la suerte de mis alumnos, no me suspenda usted!

LUISA

¡Ay, don Manolito!... Todos aguardamos alguna sentencia, y la de usted no será la más triste. *(Vase don Manolito por la segunda izquierda.)*

ESCENA III

DICHOS menos DON MANUEL

FAUSTINO

Conque vamos á ver. ¿Qué quieren ustedes decirme?

AMALIA

Don Faustino, usted es muy bueno para nosotras. Usted se ha interesado por Luisita, y Luisita no quiere dar un paso sin contar con usted.

FAUSTINO

¿Pues qué paso piensa dar Luisita? Yo creí que ya faltaban muy pocos pasos.

AMALIA

¡Ay, no, señor! Lo que yo siento es que parezca que se ha dado alguno, porque Luisita no quiere engañarle á usted ni á nadie. Don Manolito parece que da como cosa hecha el matrimonio, y usted también lo cree. ¿No es eso?

FAUSTINO

Sí, lo creía; pero ya veo que acaso... usted dirá...

AMALIA

Yo, aunque por broma me haya reído alguna vez de don Manolito, en el fondo es una persona estimabilísima..., hombre de bien, de educación; comprendo que para mí y para mi hija sería la tranquilidad, porque la vida se presenta muy negra, don Faustino, muy negra; pero Luisita... ella se lo dirá á usted...; dice que no le quiere lo bastante; es decir, le quiere, pero no como se debe querer á una persona con quien va uno á unirse para toda la vida, y eso es muy grave, don Faustino, muy grave; porque el matrimonio no es para un día ni dos.

FAUSTINO

¿Que no quieres á don Manolito? ¿Es verdad, Luisita?

AMALIA

Vamos, hija mía, habla tú, que puede creer don Faustino que soy yo quien te quita la voluntad, y en este asunto, aunque supiera que era para su desgracia, no haría yo nunca violencia á mi hija. Mire usted: para mí todo lo que se haga por cariño tiene disculpa, aunque sea una atrocidad; por eso mismo tampoco quiero que mi hija se sacrifique por nada, aunque supiera que las dos nos moríamos de hambre en un rincón.

FAUSTINO

Pero, de veras, ¿no quieres á don Manolito?

LUISA

No le quiero bastante. No soy capaz de mentir. Acaso después le quisiera, pero ahora no; ahora

sería engañarle. Yo le agradezco á usted mucho su buena intención, porque usted creía que para mí, para mi madre también, era la tranquilidad, la vida asegurada; pero aunque todo se me presente muy triste en la vida, nada me parece tan triste como aceptarlo todo de un cariño al que no se puede corresponder sin engaño.

FAUSTINO

Si es así, si tú no le quieres, si no puedes quererle... Pero entonces es que hay por medio otro amor... En Madrid, ¿no es eso? Algún joven, algún apuesto galán.

AMALIA

Eso sí que no.

LUISA

No, don Faustino; se lo juro á usted, nada de eso.

FAUSTINO

Entonces, la verdad, no comprendo que no quieras á don Manolito, un ángel de Dios. ¿Qué motivos hay?

AMALIA

¡Ay, don Faustino! Tenemos la de siempre, que usted no sabe de estas cosas del corazón. ¿Qué motivo?... Ninguno. ¿Usted ha visto nunca que esto de querer ó no querer tenga motivos? Cualquier cosa y nada. Pues no habrá usted visto mujeres locas por hombres que no tiene el demonio por donde desecharlos, y viceversa, hombres por mujeres, y la gente que dice: ¿Pero de qué se

habrá enamorado esa mujer, ó viceversa, ese hombre? Si por bondad y por santidad se quisiera, todas las mujeres acabaríamos en monjas; porque bueno, bueno no hay más que Aquel que todo lo puede, porque hasta los santos pecaban siete veces al día... Mire usted: don Manolito, creo que ni cinco, y si no llegan á canonizarle será por falta de influencias; pero por eso no se enamora nadie. Es que ustedes, los hombres, que tanto se fijan en el físico de las mujeres, creen ustedes, no sé por qué, que nosotras no debemos fijarnos, y para ustedes con ser hombres de bien, ya lo tienen ustedes todo, y llaman ustedes loca á la mujer que no aprecia las cualidades morales de un hombre, y luego ustedes se enamoran de cualquier pelindrusca sólo por el palmito; pues hombres y mujeres somos de la misma pasta y queremos lo mismo, y por lo mismo... Y si no, dígame usted: si mi hija hubiera sido algún esperpento, seguramente don Manolito no hace ningún aprecio de ella, así hubiera sido tan buena y tan santa como la primera. Viva usted en el mundo, don Faustino, viva usted en el mundo, y usted perdone; pero es que me da coraje que sabiendo usted tanto de todo, de la vida no sepa usted nada.

LUISA

¡Mamá, mamá, qué cosas dices!

FAUSTINO

No, no; si dice bien, si tiene razón... Cuando no se quiere es por algo, y si tú no le quieres...

LUISA

No, no; usted es el que dice bien; á un hombre tan bueno, tan generoso; el único que no me ha insultado al ofrecerme su cariño, ¿por qué no he de quererle? Es que no soy buena, don Faustino, y no merezco que usted se interese por mí.

AMALIA

Pero, hija mía, no llores.

FAUSTINO

No, Luisita; eso no.

LUISA

Sí, señor, sí; ya veo que habré perdido toda su estimación.

FAUSTINO

No, hija mía; ¿por qué? Al contrario.

AMALIA

¡Claro está que al contrario! Don Faustino comprenderá tu lealtad y tu delicadeza, porque otra en tu lugar, por lo pronto se casaría, y si acababas por querer á tu marido, bueno estaba... y si no... como muchas...Más fácil de engañar que don Manolito, no habías de encontrar otro.

LUISA

Mamá, no hables así.

FAUSTINO

No, si dice bien; si yo la escucho como á un oráculo; si tu mamá debía tener cátedra de estas

cosas del mundo... y yo sería el primero en matricularme.

AMALIA

Y perdía usted el curso.

FAUSTINO

De modo que todos mis proyectos fracasados... y la situación de ustedes...

AMALIA

Insostenible, don Faustino; yo no tengo secretos para usted; insostenible.

FAUSTINO

Pues en algo hay que pensar.

LUISA

No, no hay que pensar en nada; yo volveré al teatro, trabajaré mucho; tendré constancia y paciencia, y llegaré á ser algo; otras más torpes que yo han llegado; ya verán ustedes.

FAUSTINO

No, Luisita, el teatro no es para tí; no puede ser. Pensemos, veamos... Yo ya no podría vivir tranquilo si te dejara abandonada á tu suerte, y quiero hacer cuanto esté en mi mano.

LUISA

Es usted muy bueno, y aun me estima usted.

FAUSTINO

Sí, hija mía; pero no hay que llorar; las lágrimas no remedian nada. Vamos á ver, doña Ama-

lia: yo estoy solo como usted ve; muy solo; necesito á mi lado personas de mi confianza... ¿Por qué no han de ser ustedes esas personas?

AMALIA

¿Á su lado de usted, don Faustino, en su casa? ¿En qué concepto?...

FAUSTINO

En concepto de personas de mi confianza; en concepto de unas personas que viven conmigo... Mi edad, mi carácter, creo que sean una garantía para todos.

AMALIA

Sí; para usted y para nosotras...; pero ¿y el mundo, don Faustino, y el mundo? Sabe usted que por menos ya nos han criticado, y si ahora nos viesen en su casa de usted... ¡No quiero pensarlo!

FAUSTINO

Pero, doña Amalia, ¿usted se preocupa de lo que el mundo pueda decir?

AMALIA

Sí, señor, que me preocupo; más de lo que usted se figura, y ya sabe usted que no soy hipócrita...; pero el mundo es así: esto en que no habría nada de malo, esto en que nada tendríamos que reprocharnos, le escandalizaría más que otra cosa, y no quiero pensar en lo que se diría.

FAUSTINO

¡Se diría, se diría! ¿Quién? ¿El mundo, dice usted? ¿Qué mundo? Cuatro vecinas, dos porteras... media docena de relaciones que para nada le sirven á uno y para nada las necesita... ¿Ese es el mundo?

AMALIA

Ese es el mundo en que uno vive, don Faustino; en el que uno se mueve, el que le da y le quita á uno, y aunque sea pequeño, como usted dice, para el caso como si fuera todo el sistema planetario... Usted es un hombre, y para usted ese paso, claro está, no podía significar tanto; pero para mi hija y para mí...

FAUSTINO

Pues supongamos que no son ustedes las que viven en mi casa, sino yo el que vive en casa de ustedes... ¿Qué tendría eso de particular? Todos los días se ve á señoras en las circunstancias de ustedes que ceden una habitación de su casa á un caballero..., y si el caballero es de edad como yo y es una persona respetable, como usted dice...

AMALIA

Sí, sí; todo eso estaría muy bien... si hubiera sido siempre..., si no le hubiéramos á usted conocido antes, si fuera usted una persona cualquiera para nosotros y para la gente que nos conoce... Pero ahora, créalo usted, nadie pensaría en nada bueno... Y si fuera sólo de mí, no me importaría; pero mi hija... Me ha costado mucho defender á

mi hija...; usted lo sabe, porque para ella soñaba yo... ¡qué sé yo lo que soñaba! ¡Ahora ya veo que será tan desgraciada como su madre... porque yo no puedo más... don Faustino de mi alma... no puedo más!

FAUSTINO

Diga usted lo que quiera, es la mejor solución para todos, y por mi parte, que diga el mundo lo que quiera.

AMALIA

No se las dé usted de despreocupado, porque usted mismo pensó en algún momento otra solución, y usted me dirá por qué no ha vuelto á pensar en ella si no es por el mundo, porque temió usted el ridículo, por lo menos...

FAUSTINO

¡Amalia!...

AMALIA

No es que le recuerde á usted nada; no es que me queje; yo fuí la primera en comprender que debía ser así, que en cuanto usted lo pensara en serio, pensaría usted en el mundo como yo pienso ahora, porque hágase usted cargo, don Faustino: si casándonos era usted el que se exponía, no casándonos soy yo la que se expone, y ya le digo á usted, no soy sola, es mi hija, por la que usted se interesa tanto y yo se lo agradezco con toda mi alma; mi hija, por quien estoy segura que pensó usted en esa solución, como ahora piensa usted en ésta..., porque yo sola ya sé que no merezco ese interés, y por eso no le hablo á usted

de mí... Ya sé que de mí le han hablado á usted; de modo que usted ahora extraña que yo repare tanto en murmuraciones... Pero ya le digo á usted, no es por mí...; yo sola en el mundo, ya me tendría usted en su casa; no como usted dice, de criada; en lugar de Trinidad, y tan contenta, con tal de vivir tranquila... Usted no sabe, don Faustino, lo que esta posición nuestra (porque á esto se le llama posición) tiene de angustiosa y de difícil; usted no sabe lo que cuesta el haberse puesto una vez una falda de seda, un sombrero, y lo que yo hubiera dado en este bregar de la vida por haber sido una pobre artesana, que lo mismo hubiera podido ir á lavarme la ropa al río que echarme á la calle á pedir una limosna por amor de Dios, con mi hija, en lugar de irnos á un teatro muy puestas de sombrero, sin haber cenado y sin saber si almorzaríamos al día siguiente...

FAUSTINO

Bien está... Yo no veía nada malo en esa solución... Seríamos una familia, mejor que una familia...

AMALIA

Una familia que no es familia... La gente no acepta esas situaciones falsas, don Faustino; ese paso sería para nosotras lo que hasta ahora no ha sido á pesar de todo: la caída definitiva...; todo el mundo creería que le explotábamos á usted... y para unos sería yo, y para otros sería mi hija... En protecciones desinteresadas no cree nadie... ¡Hay tan poca gente capaz de dispensarlas!...

FAUSTINO

Es que ésta no sería desinteresada; yo necesito quien se cuide de mí, de mi casa...; ya es un interés y una explicación, si es que en el mundo sin un interés no se explica nada... Ó confiesen ustedes que mi proposición no les conviene por otras razones, qué acaso la tranquilidad que yo les ofrezco sea demasiada tranquilidad.

AMALIA

No diga usted eso... Si es que, puede usted creerlo..., ve usted que mi hija no acepta á don Manolito; ve usted que no aceptamos ahora su ofrecimiento..., dirá usted, y con razón, que nada nos conviene y que no tenemos derecho á quejarnos, porque en nuestra situación todo debe aceptarse... Por eso, lo mejor es que no nos haga usted caso, que nos perdone usted tanta molestia..., y que no piense usted mal de nosotras... por todo esto...

FAUSTINO

No; si pensara mal de ustedes, también pensaría mal de mí. Todos somos cobardes; yo al ofrecer, al aceptar ustedes...; á todos nos falta el mismo valor para decir lo que debe decirse. Cuando en conciencia está uno seguro de hacer bien..., ¿qué importa lo demás?

AMALIA

Pues si usted, que tiene una posición en el mundo; usted, que es un hombre, un sabio y santo, no lo dice usted..., ¿cómo quiere usted que

lo digan dos pobres mujeres acobardadas por todo..., por ser mujeres y por ser pobres?...

LUISA

No, yo no me acobardo..., y yo lo digo... Nuestra conciencia está tranquila; es el bien para todos. ¿Qué importa lo demás? Don Faustino, yo acepto lo que usted nos ofrece, yo me entrego á su protección generosa, para que usted me ampare y me defienda como á una hija, y una hija tendrá usted en mí siempre..., y no pensemos en matrimonios de conveniencia para defendernos de murmuraciones...; si yo me casara con don Manolito sin quererle como marido; si usted se casara con mi madre sin quererse ustedes, de ese modo, ¿no sería engañarnos á nosotros mismos, sujetándonos á una mentira que sería el principio de hacernos desgraciados?... No; la verdad es que necesitamos unos de otros; nosotras, pobres y sin amparo de nadie; mi madre luchando por defenderme, yo expuesta á sucumbir por defender á mi madre; ustedes solos también sin un afecto, sin un cariño. ¿Por qué no hemos de unirnos y defendernos todos? Vejez y juventud; pobreza y bienestar; experiencia de la vida y saber de los libros... Y para todos será la alegría y será la verdad y será el bien... Y lo demás, ¿qué importa? ¿No es verdad, padre mío? ¿Á ver si hay nada que nos una mejor que este cariño honrado?

FAUSTINO

Sí, hija mía, hija de mi alma... En toda mi vida de estudios no hallé una verdad como esta ver-

dad de tu cariño que hallo en mi corazón. ¿Qué dice usted?

AMALIA

¿Qué he de decir yo? Era por ella, y ella le ha llamado á usted padre... ¿Y cómo no quererle á usted, don Faustino? Déjeme usted que le abrace..., aunque lo viera todo el mundo... Y déjeme usted, que he llorado tanto de pena y de rabia, y de vergüenza y de tanto malo, que este llanto de ahora es una alegría muy grande.

FAUSTINO

(Llamándole.) ¡Don Manolito..., don Manolito!

AMALIA

¿Qué dirá ese pobre?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON MANOLITO, por la primera izquierda.

FAUSTINO

Venga usted acá.

MANUEL

Todos llorando... ¿Me han suspendido ustedes?

FAUSTINO

Don Manolito..., mi discípulo, mi hijo intelectual... Hemos trabajado toda nuestra vida por la verdad; todo lo hemos sacrificado á su estudio... Hay que abrazarse á ella cueste lo que cueste...

Hay que mirarse por dentro y por fuera..., y comprobar que el amor no es para nosotros; es mucha su luz para estas aves nocturnas. ¡Tristes buhos!

MANUEL

No me diga usted más... Luisita no me quiere... Todo este tiempo me he estado mirando al espejo...

FAUSTINO

Entonces se abrazó usted á la verdad. Quererle, sí, le quiere á usted como se nos puede querer... ¿Amarle...? ¡Amar, palabra de poesía, de juventud, que no es para nosotros!

MANUEL

Si, no podía ser... ¡Cómo se habrá usted reído de mí!

LUISA

¿Yo de usted? Reirme de usted... Si es usted tan bueno...

MANUEL

¡Soy bueno!

FAUSTINO

Luisita le quiere á usted como á un hermano... Esos son nuestros cariños... amigos... hermanos...

LUISA

¡Padre!

FAUSTINO

Privilegio de la vejez.

AMALIA

No... de la bondad.

FAUSTINO

Eso sí. ¡Bondad!... Esa es nuestra palabra...; y cuando la bondad abre de par en par nuestro corazón, tarde ó temprano se entra por él el cariño, como vimos muchas veces al terminar una velada de estudios y al apagarse nuestra lámpara, ya consumida, entrar por esa ventana la luz alegre del amanecer.

TELÓN

ABUELA Y NIETA

DIÁLOGO ESCRITO
PARA EL BENEFICIO DE DOÑA BALBINA VALVERDE

Estrenado en el Teatro Lara el 21 de febrero de 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA MARQUESA	SRA. VALVERDE.
MARÍA LUISA.....	SRTA. DOMUS.

La acción en Madrid; época actual. Derecha é izquierda del actor.

ABUELA Y NIETA

ACTO ÚNICO

Gabinete elegante en casa de la Marquesa. Es de día.

ESCENA ÚNICA

LA MARQUESA sentada en un sofá á la izquierda, leyendo un periódico, y MARÍA LUISA, que sale por la primera derecha.

MARÍA

¡Abuela, abuelita!

MARQUESA

¡María Luisa! ¡Hija mía! ¡Monísima! ¿Cómo estás? ¿Vienes sola?

MARÍA

No, con la Miss.

MARQUESA

¿Por qué no pasa?

MARÍA

Me dejó en la puerta. Iba... no me acuerdo adónde; creo que á tomar el te con otras inglesas amigas. Yo vengo á pasar toda la tarde contigo.

MARQUESA

¡Jesús! ¡Qué milagro! Te acuerdas tan poco de la pobre abuela..., tan solita aquí siempre...

MARÍA

No digas que sola; siempre tienes tertulia; muy aburrida, eso sí; abusas de tus contemporáneos. ¿Siguen viniendo las de Sobrado?

MARQUESA

No, ¡pobrecillas! La pequeña está muy delicada.

MARÍA

¿La pequeña es la que tiene siglo y medio?

MARQUESA

¡No te burles! ¿Qué dirás de mí entonces? Pues mira; son muy cariñosas y siempre me preguntan por ti.

MARÍA

Y yo por ellas; no digas.

MARQUESA

Sí, pero tú me preguntas con mala intención.

MARÍA

No; una de ellas es más simpática que la otra.

MARQUESA

¿Cuál?

MARÍA

La que está delicada.

MARQUESA

¡Pícara! ¿Y tus papás y el bribón de tu hermano? Á todos hace tiempo que no los veo; todos huyen de mí.

MARÍA

Papá, como siempre; con la política. ¡También nos proporciona unas tertulias muy divertidas! ¡Qué latas!

MARQUESA

¡No digas eso!

MARÍA

¿Qué?

MARQUESA

Eso... No quiero repetirlo. Eso de latas... ¡Qué lenguaje! ¡Se habla hoy de un modo en sociedad!... Y lo aprendéis en el teatro. Hace unas noches fuí por casualidad á ver una piececita de esas de ahora. ¡Qué dicharachos! Yo no entendí nada... Golferancia... Ninchi... Me da tres patás... Aquellas comedias de Bretón y de Eguílaz, tan cultas, tan finas...

MARÍA

¡Y aquel Capellanes!

MARQUESA

Las señoras no íbamos nunca. Y ahora van á todas partes; y las muchachas, que es peor.

MARÍA

No digas; las muchachas tenemos sábados blancos.

MARQUESA

Sí, y los demás días, de todos colores. ¿Y tu mamá? Sólo sé de ella como del Gobierno; por los periódicos.

MARÍA

Mamá, muy disgustada porque no han hecho nada á papá en estas últimas crisis. Cada vez que había crisis, mamá una rabieta.

MARQUESA

Pues habréis pasado una temporada...

MARÍA

Por fortuna, ahora dicen que va para largo. Viviremos tranquilos mientras papá esté en la oposición. Mi hermano Polito dice que Maura dura siempre más que un chaleco de invierno.

MARQUESA

No sé lo que le durarán los chalecos á tu hermano... Pero yo me alegraré... Ésta es gente de orden; con los liberales está una siempre sobresaltada... Tu hermano, como siempre... Sin pensar en casarse.

MARÍA

No puede.

MARQUESA

¿Por qué?

MARÍA

Da la casualidad de que todas las que le gustan están ya casadas.

MARQUESA

No hables así; me desagrada mucho. Las muchachas solteras no hablan de esas cosas... Figuran que no las saben. Pero la verdad es que tu hermano... ¿Quién es la de ahora?

MARÍA

No me preguntes. Figuro que no lo sé... Lo mismo le pasa al marido.

MARQUESA

Yo no sé cómo vuestro padre se lo consiente... Él no fué así nunca; verdad es que le educaron de otra manera... Tu abuelo no permitió nunca á sus hijos esas libertades... Y mi padre... ¡Jesús! Nosotros nos educamos como en un convento. Yo, hasta que me casé, no me puse un vestido que costara más de veinte duros... Cuando os casáis ya estáis hastiadas de todo, hasta de vuestro marido; con esos noviazgos tan pegajosos que ahora se estilan... Y tú, ¿sigues tonteando con Pepito Moncada? Dicen que es formalito; menos mal...; pero no me fío...

MARÍA

Muy formalito; una monada. Por eso hace dos horas que acabo de mandarle á paseo.

MARQUESA

¿Eh? ¡Ah!... Por eso has venido. Ya me chocaba. Esta tarde no hay novio. ¿Y por qué ha sido el disgusto, una tontería, ó cosa seria?

MARÍA

Pues... porque es un golfo...

MARQUESA

¡María Luisa! ¡No digas palabrotas! Se dice un tronera, una bala perdida, un disipado...

MARÍA

Disipado me parece más fino. Pues bien: es un disipado.

MARQUESA

Ya decía yo; como todos los jóvones del día.

MARÍA

Figúrate que anoche le vieron en uno de esos teatros sicalípticos con unos amigos y toda la noche estuvo hablando con unas gol... con unas *cocottes* que había en el palco de al lado...

MARQUESA

¡María Luisa!

MARÍA

Pues eso no se puede decir de modo más fino. Naturalmente, hoy por la mañana ya lo sabía yo; vino á contármelo Conchita Santonja, que tiene la misma profesora de tangos que la *Chirris*...

MARQUESA

¡Jesús! ¡Qué cosas se oyen! ¿Quién es la *Chirris*?

MARÍA

Una de las discípulas que estaba en el teatro...

MARQUESA

¿Y Conchita tiene la misma profesora, y de tango?

MARÍA

Lo está aprendiendo para una función de sociedad. En seguidita que me enteré le puse una carta...

MARQUESA

Quisiera yo ver esa carta.

MARÍA

Pues vas á verla ahora mismo, porque me la ha devuelto con todas las que tenía mías... Yo misma fuí á su casa á recogerlas en cuanto salí...

MARQUESA

¡Tú! ¡Tú á su casa! Éramos primos hermanos tu abuelo y yo, y desde el momento en que fuimos novios yo no volví á poner los pies en su casa hasta después de casada... Y él, él no comió en casa hasta el día en que me pidió su padre. Pero ahora...

MARÍA

No, yo no entré á verle. Me dijeron que estaba acostado. Entró la Miss y ella le pidió las cartas... Aquí están... ¿Quieres oir la de hoy?

MARQUESA

Sí, quiero oirla... Aunque ya no me queda más que oir.

MARÍA

«Aunque eres un golfo sin vergüenza, y con no volver á mirarte á la cara es bastante, te escribo para decírtelo; y si quieres saber más, pregúntaselo á la *Chirris*, y á la Paca *la Tonta*, y á los guardias que quisieron llevaros á la prevención á las tantas, y á...»

MARQUESA

No sigas, no sigas... Ni en presidio se escriben cartas así... ¡Tú! ¡Mi nieta! ¿Y para escribir esas cosas aprendéis esa letra de moda que parecen las cartas planas de palotes?... Y él te habrá contestado por el estilo.

MARÍA

No me ha contestado.

MARQUESA

Menos mal; es una prueba de buen gusto.

MARÍA

Pero no le vale... Tiene que oirme, y donde haya más gente.

MARQUESA

No desatines. Una señorita no se da por enterada ni por sentida de esas cosas. Se hace saber por una persona respetable que su conducta ha sido incorrecta, se da todo por terminado, y bas-

ta... ¡Rebajarse de esa manera, ponerse al nivel de esas mujeres...! ¿Y dices que os habéis devuelto las cartas?

MARÍA

Sí.

MARQUESA

¡Tendrá que ver esa correspondencia!... Por la muestra...

MARÍA

No creas que siempre le he escrito para insultarle.

MARQUESA

¡Hubiera estado bueno!

MARÍA

Hay cartas muy poéticas..., hay de todo... Muchas en inglés.

MARQUESA

Sí, en inglés ó en caló... ¡Buena mezcla!

MARÍA

Mira la primera... No... Ésta también es fuerte... Ésta del papel heliotropo... ¡Hay días en que amanece una cursi del todo!... *(Leyendo.)* «Queridísimo Pepe: No había vuelto á acordarme de que quedamos anoche en ser novios: tu carta de hoy me lo recuerda. Por lo visto, va de veras. Yo creí que era efecto del Champagne, porque la curda era regularcilla... ¿De modo que estás chaladito por mí, y quieres que te diga si estoy dis-

puesta á chiflarme también? Pues te diré que me haces mucha gracia por lo desahogado, y que puede ser que me dé por quererte, aunque no sea más que por hacer rabiar á Pilar, que está muy enamorada de ti y te pone en todas partes de vuelta y media para que ninguna te quiera... Además, será una obra de caridad evitar que ella te atrape, porque la pobre es tonta de caerse; da la casualidad que de trece hermanos es la única que ha salido á su padre.»

MARQUESA

¡Basta, basta!... ¡Estoy trastornada! ¿Cómo habían de acabar unos amores que empiezan de esa manera? ¿Es esa la carta de una joven que siente despertar un cariño en su corazón?...

MARÍA

¡Si á mí no se me despertaba nada! Le contesté por broma, y le dije que sí lo mismo.

MARQUESA

Y por broma hubieras seguido... ¿Tú crees que puede jugarse con esas cosas? La reputación y el decoro de una mujer son algo muy serio. Con el cariño no puede jugarse así; llega un día en que se quiere de verdad, y entonces es el cuento del pastor y del lobo... Espera... *(Levantándose.)* Quiero que compares, quiero que veas... *(Abriendo un secrétaire.)* Son recuerdos tristes... ¡Qué sé yo el tiempo que hace que no abrí este mueble... Hoy se abre por ti...

MARÍA

¡Ah! Tus recuerdos, tus secretitos... Abuela... Porque también tendrás tus secretitos...

MARQUESA

No, hija mía; el que fué dueño de mi corazón, fué dueño siempre de esta llave. Y ahí están todos mis secretos y toda la historia de mi corazón... Muy poco interesante, porque de las mujeres honradas puede decirse, como de los pueblos felices, que no tienen historia...

MARÍA

¡Qué ordenado todo! No se parece á mi *secrétaire.* Allí hay de todo, y todo revuelto.

MARQUESA

Pues haces mal. En nuestro *secrétaire,* como en nuestro corazón, debe estar todo muy ordenado; no deben estar confundidos ni revueltos de cualquier modo los recuerdos inestimables de nuestros padres, de nuestro esposo, de nuestros hijos, con las bagatelas que nada dicen al corazón. ¿Lo ves? Aquí, recuerdos de familia... Aquí, las cartas de tu pobre abuelo...; todas..., todas..., y las mías también... Verás..., verás...; la primera que le escribí de novio... Compara..., compara... *(Leyendo.)* «Estimado primo Ramón: Sabedora de que nuestros padres son muy gustosos en nuestras relaciones, te escribo hoy para contestar á tu atenta y grata... del mes pasado...»

MARÍA

¡Qué placidez!

MARQUESA

«La conformidad de nuestros padres y el agrado con que toda nuestra familia acoge nuestro mutuo cariño me animan á manifestarte mis verdaderos sentimientos. Puedes estar seguro de que mi corazón te corresponde con tan verdadero afecto como el que me manifiestas; y si, como espero, continúas siendo digno de poseerlo, siempre será tuyo el de tu... hasta ahora estimada prima y de hoy más muy amada...» ¿Qué te parece?

MARÍA

Un trozo escogido. Si á mí me escribieran así, no sabría quién me escribía.

MARQUESA

¿Por qué?

MARÍA

¡Qué sé yo! Di lo que quieras, abuelita; esa carta lleva miriñaque, como vosotras entonces... Yo escribiré como escribo...; pero hay nervios, hay vida... Hay algo en mis cartas que soy yo...

MARQUESA

Ahí está el mal, que seas tú, y que seas así.

MARÍA

Yo no creo que seamos de otra manera... Será distinto... eso, el modo de escribir..., el miriñaque, el polisón... Eso es lo que cambia... Pero en el fondo estoy segura de que erais como nosotras, de que tú eras como yo...

MARQUESA

¡Dios me libre!

MARÍA

Vaya, abuelita. Yo no reniego de mis antepasados; ¿vas tú á renegar de tus descendientes? ¿Querrás decirme que no has escrito más cartas que cartas como ésa en tu vida? Tú te casaste por conveniencias de familia...

MARQUESA

No es verdad... Me casé muy enamorada, y la prueba es que fuí muy feliz en mi matrimonio.

MARÍA

Eso prueba que no te casaste enamorada... Cuando uno se enamora de verdad, no puede ser feliz...

MARQUESA

¡Tú qué sabes!... Eso lo dicen las novelas.

MARÍA

No; lo dice la realidad, la vida... En primer lugar, cuando se enamora uno de verdad, siempre es de algo imposible.

MARQUESA

¡Muchacha! ¿Pero tú te has enamorado así?...

MARÍA

¡Abuelita!... ¿No hay más cartas que las de mi abuelito en ese *secrétaire?*

MARQUESA

¡María Luisa!

MARÍA

¿Es todo historia en tus recuerdos? ¿No hay siquiera una novelita, el principio siquiera de una, esas novelas que no se desenlazan nunca en la vida, que dejan un «se continuará» en el corazón, así entre esperanza y recuerdo, entre dulzura y tristeza..., un nunca, nunca, que por ser tan nunca es para siempre?...

MARQUESA

Estoy asombrada... ¿Tú hablas así?... ¿Es que te burlas del romanticismo de los tiempos de tu pobre abuela?

MARÍA

¡El romanticismo! ¿Tú crees que ya no hay romanticismo?...

MARQUESA

Sí... es posible... El romanticismo tuvo una época, la mía, pero siempre tiene una edad..., la tuya... *(Buscando en el* secrétaire *una carta muy guardada.)* La edad en que se escriben estas cartas...

MARÍA

¡Ah! Pareció la novelita... ¿Lo ves?

MARQUESA

Menos que novela... Un sueño... ¡El amor imposible! Un oficial de Infantería... marchó á la gue-

rra, se despidió en esta carta... No he vuelto á saber de él... ¿Murió?... ¿Vive?... ¿Me olvidaría?... ¡Quién sabe!

MARÍA

Ese ¡quién sabe! es todo el encanto... Déjame leer esa carta.

MARQUESA

Sí... pero tú sola... No quiero volver á oirla... ¡Es muy triste!

MARÍA

(Lee para sí.) ¡Ah!... ¿Ves como en tus tiempos también se escribía con calor y con nervios? ¡Ja, ja, ja!

MARQUESA

¿Te ríes?

MARÍA

Si es que... ¡ay, abuelita!, si es que dice lo mismo, casi con las mismas palabras... que otra carta que yo guardo también; mi novelita... Era yo una chiquilla, acababan de ponerme de largo... Un estudiante de Medicina, un pobre estudiante... ¡Cómo me quería, cómo lo decía por lo menos!... Se enteraron en casa, papá quiso pegarle...

MARQUESA

Como mi padre al oficial...

MARÍA

Acabó aquel curso... Se marchó... Me escribió una carta... como ésta. No he vuelto á saber de él...

MARQUESA

No quieras saber nunca...

MARÍA

¡Tristes amores éstos!

MARQUESA

No. ¿Por qué? Son como los niños que mueren; no dejan más recuerdo triste que el de su muerte. Sólo son tristes, tristes, los recuerdos que son remordimientos. Los demás, aunque sean de tristezas, son siempre dulces como éstos...; los mejores recuerdos de la vida... ¡Ay!

MARÍA

¡Ay!... Ahora no dirás que no estoy seria...

MARQUESA

Sí; ahora nos entendemos.

MARÍA

Ahora somos de la misma edad.

MARQUESA

Y de la misma época. ¿No es eso? Pasan los años, cambian las modas..., cambia el lenguaje...

MARÍA

El corazón siempre es el mismo.

MARQUESA

Sí, siempre. *(Al público.)*

Si con la charla de abuela y nieta
entretenido pasaste el rato,

aunque nos falte la *sicalipsis*
y no bailemos machicha ó tango....
no seáis golfos...

MARÍA

Pero, abuelita,
¿qué estás diciendo?

MARQUESA

Me he contagiado.
Quise deciros, como en mis tiempos...
¡Público amable, danos tu aplauso!

TELÓN

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.—Precio: 3,50 pesetas.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Precio: 3,50 pesetas.

Teatro fantástico.—Precio: 3,50 pesetas.

Vilanos.—Precio: 3,50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Versos.—En Madrid y en varias casas (novela).

TEATRO

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or waht you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La Gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VII.—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (comedia en cinco actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VIII.—*Los favoritos* (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IX.—*Al natural* (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo X.—*Richelieu* (drama en cinco actos y nueve cuadros, original de Sir Bulwer Lytton), traducción.—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos), última producción del autor.—*No fumadores* (chascarrillo en acción en un acto y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XI.—*Rosas de otoño* (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XII.—*El susto de la Condesa* (diálogo).—*Cuento inmoral* (monólogo).—*La sobresalienta* (sainete lírico en un acto y tres cuadros), música de D. Ruperto Chapí. *Los malhechores del bien* (comedia en dos actos y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XIII.—*Las cigarras hormigas* (juguete cómico en tres actos).—*Más fuerte que el amor* (drama en cuatro actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XIV.—*Manón Lescaut* (historia de amor en siete cuadros).—*Los Buhos* (comedia en tres actos).—*Abuela y nieta* (diálogo).

EN PREPARACIÓN

La Princesa sin corazón.—El amor asusta.—La copa encantada.—Los ojos de los muertos.

La historia de Otelo.—La sonrisa de Gioconda.—El último minué.—Todos somos unos.—Los intereses creados.

Se acabó la impresión
de este tomo XIV, en el Establecimiento
tipográfico de los Sucesores
de Hernando, el día 17 de marzo
de 1908.

Stanford University Libraries
3 6105 013 370 916

Stanford University Library
Stanford, California

In order that others may use this book, please return it as soon as possible, but not later than the date due.

G.E. STECHERT & Co.